

NADIE NO OYE

NANDO LÓPEZ



Tras perder el partido más importante de su vida, un joven de diecisiete años aparece muerto a causa de una terrible paliza.

No hay testigos ni pruebas que señalen a los culpables, aunque los recientes enfrentamientos entre el Zayas y el Távora apuntan a que se trata de un nuevo episodio en la escalada de violencia entre ambos centros. Solo dos personas próximas a la víctima poseen las claves para desentrañar lo sucedido: Quique, uno de sus compañeros de clase y miembro de su mismo equipo de waterpolo; y Emma, una psicóloga contratada por el club para asesorar a sus jugadores adolescentes.

Ambos compartirán su visión de unos hechos sobre los que pesan demasiados miedos. Demasiados fantasmas. Demasiados silencios. Solo si se atreven a gritar de una vez cuanto callan podrán descubrir la verdad.

Fernando J. López



OceanofPDF.com

Nadie nos oye

OceanofPDF.com



Título original: *Nadie nos oye*
Fernando J. López, 2018



Vins

Revisión: 1.1
Fecha: 17/02/2020

OceanofPDF.com

*A mis sobrinos, Érika y Sergio,
que siempre suene libre
y valiente vuestra voz.*

OceanofPDF.com

*Y será preciso no olvidar la lección:
saber, a cada instante, que en el gesto
que hacemos hay un arma escondida,
saber que estamos vivos aún.
Y que la vida todavía es posible, por lo visto.*

Jaime Gil de Biedma
«Por lo visto», *Las personas del verbo*

OceanofPDF.com

10 de diciembre.
Las imágenes

OceanofPDF.com

Llevo tantos años inmersa en la violencia que cada vez me cuesta más creer que sea evitable. Intento no perder la fe en mi trabajo, aunque la realidad me lo ponga difícil y me obligue a enfrentarme a imágenes como la del cadáver que ha descubierto la policía esta madrugada y que, ahora mismo, soy incapaz de quitarme de la cabeza.

Cuando empecé a trabajar en este club deportivo, hace apenas tres meses, no podía imaginar que iba a acabar viviendo un horror así, aunque tampoco sería honesta si no admitiese que muy pronto intuí que podría suceder algo que, de alguna manera, acabase sobrepasándonos a todos. Quizá por eso Víctor acudió a mí, porque él, como presidente del Stark, sí tenía claves que no quiso transmitirme o que, a lo mejor, eran ideas tan vagas como mis propias intuiciones y solo necesitaba a alguien con quien compartir el infierno al que estábamos a punto de llegar. O quizá esto es solo mi modo de justificar cómo es posible que, en poco menos de tres años, me haya visto envuelta en dos crímenes donde los muertos eran gente que conocía demasiado bien.

Intento convencerme de que no tiene nada que ver conmigo, de que he cumplido con mi trabajo y nadie me debería pedir que haga más de lo que ya hago, pero mi autoexigencia siempre fue el peor de mis látigos, así que me golpeo con él hasta que dudo de si soy o no cómplice de esta nueva muerte.

Tenía solo diecisiete años... Me repito la cifra una y otra vez. En voz alta. Como si con ello pudiera desgastarla y robarle su gravedad. La escupo con rabia, intentando vaciar el número de su significado y olvidar que, en el horizonte de la víctima, aún estaba todo por hacer. Lo vivido no era más que una minúscula parte de lo que le restaba por vivir. Si no nos hubiésemos conocido, el dolor sería muy diferente. Se trataría de un malestar pasajero, como el que nos provocan todas esas víctimas anónimas

que aparecen en las noticias y con las que solo empatizamos durante el escaso tiempo que mantienen su protagonismo, justo hasta que otro nuevo suceso ocupa su lugar en los titulares. Pero aquí el dolor tiene rostro. Peor: tiene voz. Porque cuanto más miro esta imagen, con mayor claridad me parece escuchar sus palabras la última vez que hablamos aquí, en mi despacho. Solo unos días antes de que esta madrugada se rompiera todo y la llamada de la policía me hiciera dudar de nuevo de cuanto hago y hasta de cuanto creo.

Y creo, o quiero creer, que hablar ayuda. Que dialogar construye. Que el progreso es posible. Me repito mis tres mandamientos —los mismos que me llevaron a estudiar Psicología— como un mantra que, en este amanecer insoportablemente sórdido, no consigue calmarme. Porque solo puedo recrear en mi cabeza, en un bucle infinito, la imagen de un cadáver adolescente reventado a golpes que desdice todo aquello en lo que yo necesito confiar.

Suena mi móvil y, en la pantalla, aparece el nombre de Víctor.

No lo cojo.

El teléfono sigue sonando.

No voy a cogerlo.

Un par de tonos más.

Y cesa.

Al fin.

Lo siento, Víctor. Ahora mismo no puedo. Ahora necesito afrontar sola mis propios demonios para saber qué voy a decirle a la policía cuando hable con ellos. Ya me han dicho que quieren que nos reunamos lo antes posible para inundarnos de preguntas. Deben de estar también llenos de dudas. Tantas como nosotros, pero mucho menos personales.

De momento, solo sé que este domingo transcurrirá con dificultad, que tendremos que pensar cómo vamos a abordar esta semana cuando lleguemos mañana al club y debamos retomar los entrenamientos, que no nos resultará fácil reinstaurar la calma entre sus compañeros y que, en mi caso, cuando llegue la noche me será imposible conciliar el sueño. Cada vez que intente cerrar los ojos, veré su cuerpo. Construiré la escena con los datos precisos, escasos pero tristemente suficientes, que me ha facilitado la

inspectora.

Tirado en el suelo, recibiendo los golpes de quien sea que ha acabado con su vida. Todo ha ocurrido hace solo unas horas, en la madrugada del sábado 9 a este domingo 10 de diciembre, en medio de un puente donde los chicos del club se disponían a olvidar un partido nefasto —el peor y, a la vez, el más importante de la temporada— y a celebrar que habían terminado, por fin, los exámenes de la primera evaluación. Según la inspectora —juraría que me ha dicho que se llamaba Andrea—, fechas como esta favorecen episodios así a causa de un mayor consumo de alcohol o drogas. Me ha costado seguir su discurso al oír cómo se expresaba con esa frialdad y me he llegado a preguntar si tenía derecho a calificar este horror como «un episodio». El informe forense preliminar, por lo poco que me ha detallado, habla de lesiones occipitales, de un traumatismo cerebral severo que ha acabado siendo irreversible, de la posibilidad (no confirmada) de que hubiera más de un agresor, del uso de un objeto contundente que no ha sido hallado y, por último, también de ensañamiento con la víctima.

No disponen de testigos ni de pruebas físicas que señalen a los posibles autores del crimen. No había nadie en el parque y la gente del barrio niega haber visto o escuchado nada sospechoso. La policía tan solo posee la certeza de que fue una muerte cruel y dolorosa. «Puede que motivada por una estupidez», ha apostillado Andrea —sí, se llamaba Andrea—, y he sentido que me recorría un escalofrío al escuchar cómo asociaba la violencia con ese concepto de lo nimio. De lo intrascendente. Me provoca una desazón terrible relacionar la gravedad de la muerte con la insignificancia de lo cotidiano, seguramente porque ese mal banal y próximo es el más abundante y, tal vez, el más peligroso. Ese mal está tan cerca que ni siquiera somos conscientes de lo sencillo que resulta caer en él, cumplir sus normas y formar parte, voluntaria o involuntaria, de sus rituales.

Apenas han pasado seis horas desde el asesinato y solo dos desde la llamada. Me temo que voy a necesitar mucho tiempo para asumir los hechos. Pero no voy a conformarme con descender sumisa a este infierno que acaba de abrirse ante mí. Pienso adentrarme en él, sí, pero lo haré para encontrar la verdad por mucho que llegue a dolerme, porque solo si

miramos de frente a nuestros demonios, podemos conseguir que desaparezcan.

OceanofPDF.com

Primera parte

Los gritos

OceanofPDF.com

Ahora

OceanofPDF.com

1

—Puedes sernos de mucha ayuda, Emma.

—¿Estás seguro?

Esa pregunta fue mi única respuesta a su llamada en junio. No esperaba que fuera Víctor quien me ofreciese un trabajo dos años y medio después de haber abandonado el mío.

—Claro que estoy seguro. Te conozco bien.

En eso sí que tenía razón. Más de veinte años de amistad y confianzas, desde que no éramos más que dos adolescentes idealistas con ganas de cambiar el mundo hasta ahora, ya entrados en los cuarenta y con la única certeza de no haberlo cambiado.

—¿Qué se supone que tendría que hacer allí?

—Básicamente, asesorar a mis jugadores juveniles. Te encargarías de ayudarles a aliviar el estrés con el que conviven tanto durante el curso como, especialmente, en la época de competiciones.

—¿Hasta este curso no había nadie que se ocupara de eso?

—Esther, nuestra médica.

—¿Y entonces?

—Ella hace lo que puede, pero ni es su especialidad ni tampoco le sobra tiempo.

—¿Y por qué no habíais contratado a nadie?

—No se trata de un puesto habitual. Al menos, no en estas categorías... Y al club no le sobra el dinero. En el Stark sobrevivimos como podemos.

—¿Entonces? ¿Por qué crearlo precisamente ahora?

—Antes no eras tan desconfiada —se rio Víctor al otro lado del teléfono.

—Sí que lo era, pero a lo mejor tú no te dabas cuenta...

—Lo hemos creado porque este año los resultados han sido algo mediocres. Y sé que pueden ir mejor. Es más, Emma, necesitamos que vayan a mejor... Nuestra situación es delicada. Como puedes imaginar, no hay mucho dinero para el waterpolo y, menos aún, para un club como este... No nos estamos jugando un campeonato, sino la supervivencia del Stark.

Me costó acostumbrarme a escuchar ese nombre sin imaginarme a todo un ejército de nortños con el emblema del lobo luchando entre caminantes blancos y dragones por el Trono de Hierro, pero Víctor despejó mis dudas y me reveló que el nombre era muy anterior al fenómeno épico de George R. R. Martín y que, cuando llamaron así al club, solo buscaban una palabra que fuese sonora y fácil de memorizar. Por eso escogieron ese adjetivo del alemán, porque les gustaba tanto su fonética como su significado («fuerte»). ¿Qué cualidad mejor para un club de natación que pretendía erigirse en la nueva gran promesa del waterpolo nacional?

—Estarás bien con nosotros, Emma —intentaba convencerme Víctor—. Y lo harás aún mejor.

Dudé. Valoré mis opciones. Desde el primer momento, sentí el impulso de decirle que sí. Pero no sabía si al final se impondrían mis deseos o mi miedo.

—No es mi especialidad —me excusé.

—¿Y qué? Llevas años tratando temas mucho más complicados...

—No con adolescentes.

—Adolescentes, niños, adultos..., qué más da. Somos todos iguales.

—No, Víctor, no lo somos. ¿O ya lo has olvidado? No hace tanto que tuvimos dieciséis.

—¿Seguro que no? Porque siento que hubiera pasado una eternidad.

Fue una conversación muy larga. Estuvo algo más de una hora al otro lado del teléfono repitiéndome que sería capaz de hacerlo, hasta que agotó mi resistencia y, tras pensármelo durante unos días, le devolví la llamada y accedí. Quizá porque supo llegar hasta ese pequeño reducto de mi nostalgia, apelando a los días en que aún no habíamos cumplido los dieciocho y ambos vivíamos en Santander, junto a ese mar que Víctor tanto dice echar de menos desde que se mudó a Madrid. Los días en que los dos nos

saltábamos la última hora para hablar de cualquier cosa en el parque que había un poco más allá de nuestro instituto. O quizá solo accedí porque necesitaba una excusa para huir de mí misma y, de pronto, la idea de estrenar ciudad y trabajo era lo que más se aproximaba a esa ansiada fuga.

En cuanto le dije que sí, los dos decidimos que me incorporaría a principios de septiembre, justo con el inicio del nuevo curso, de modo que tuviera todo el verano para cerrar lo que pudiera quedarme pendiente en Santander. Tampoco había gran cosa que me atara allí, salvo unos padres con una salud de hierro que se alegraron de verme de nuevo activa, un hermano mayor feliz en su prolífica paternidad, y una relación de pareja que había empezado a languidecer al poco de iniciarse. Así que, a mediados de agosto, hablé con Sara —ambas sabíamos que aquello, más que una ruptura, era una liberación—, alquilé mi pequeño apartamento —ni siquiera nos habíamos decidido a compartir espacio—, hice las maletas y me vine aquí, con el deseo de ayudar a Víctor y la duda de si no sería él quien estaba intentando ayudarme a mí.

No me había alejado de casa durante tanto tiempo desde los años de la universidad, desde aquel Erasmus que Víctor y yo compartimos en Berlín —cómo no iba a acabar fundando un club con un nombre alemán— y que fue el principio de tantas cosas. De sus decisiones de futuro. De mi respuesta de presente. De averiguar quiénes éramos mientras disfrutábamos, sin más conciencia que la del ahora, de quienes estábamos siendo. Ya en el tren, me preguntaba si Víctor me habría ofrecido el trabajo alarmado por la pasividad en que me hallaba desde que mi vida se detuvo aquel febrero. El 3 de febrero de 2015. Una fecha que me acompañará siempre y con la que lucho para mantenerme a flote cuando las pesadillas y los remordimientos amenazan con volver a hundirme. Después de ese febrero vino la desolación, la parálisis, la incapacidad de hacer nada que no fuera compadecerme. Y sin Víctor, sin esa amistad con la que no han podido ni el tiempo ni la distancia, no sé cómo habría encontrado las fuerzas para levantarme de la cama.

Se supone que tú eres la psicóloga, me decía él, y yo le explicaba que no podemos sanar nuestras propias heridas, que el sistema tampoco nos da los medios ni los recursos para que alguien lo haga mientras nosotras

enfrentamos realidades que, a menudo, nos superan. Conté con él, con sus llamadas por Skype, con su presencia al otro lado de la pantalla y con algún que otro viaje sorpresa que lo traía desde su Madrid a nuestro Santander en alguno de los escasos fines de semana que las competiciones de sus chicos lo dejaban libre. Así que, cuando me ofreció este trabajo, sospeché que se acababa de inventar un puesto para mí, un lugar desde el que la acción me permitiese superar mi crisis.

—Por eso no podía funcionar lo nuestro —sentenció Sara cuando le dije que me venía a Madrid—. Porque, en realidad, jamás estuviste aquí conmigo.

No sé si tenía razón en su reproche, pero decidí alojarlo en ese rincón donde, de momento, voy a guardar todo lo que no resulte urgente. Todo lo que no tenga que ver con la muerte que nos comunicaron ayer y que ha acabado con la apariencia de normalidad de esta nueva etapa que inicié a finales de agosto.

—¿Qué te parece si celebramos el año nuevo juntos, Emma? —me propuso Víctor en cuanto supo que me había instalado en mi nuevo y pequeño apartamento en Malasaña.

—Me parece perfecto.

No era la primera vez que lo hacíamos. Ya en el instituto nos inventamos aquella tradición y cada 31 de agosto nos juntábamos para tomar unas cervezas y brindar por el año nuevo. Era algo que solo nos pertenecía a nosotros, un ritual que nunca quisimos compartir con nadie y que nacía de nuestra manía de contar el tiempo de septiembre a septiembre, incapaces de seguir ese criterio artificial y arbitrario que marcaba en enero el supuesto inicio. Mi vida se mide con precisión escolar desde que era una cría, porque mi año empieza a la vez que estreno cuadernos y agendas, justo en esos días en que aún no hemos perdido esa sensación de primera página, esa seguridad de que todo está por hacer que los demás meses querrán arrebatarnos.

Intenté preparar algo de cena para estrenar mi piso. Quemé dos opciones diferentes de menú y, tras recurrir a la comida a domicilio, me ocupé, eso sí, de elegir un buen vino con el que brindar con Víctor por un septiembre que preveía aún más excepcional que los anteriores.

—Por el nuevo año, Emma.

—Por el nuevo año.

Fue un brindis raro, porque mientras nos mirábamos a los ojos —sí, soy de las que piensa que da mala suerte no hacerlo— noté algo extraño en su mirada. Algo que no tenía que ver con la emoción de estar de nuevo juntos, ni con las ganas de trabajar en el mismo equipo. En su gesto había un halo de inquietud, una expresión que me recordó a las sombras que me he acostumbrado a identificar en mis pacientes tan pronto como entran en mi consulta. Esa niebla en la que ocultamos aquello que sabemos pero que no nos atrevemos a expresar, conscientes de que, en el mismo momento en que lo verbalicemos, nuestros monstruos se habrán hecho reales.

—¿Va todo bien, Víctor?

—Va... Y ahora, contigo por aquí, irá mucho mejor.

Los números, pensé, que siguen sin salir. Víctor me había contado que el club se financiaba gracias a dos fuentes básicas: los ingresos de las clases de natación que daban a las familias del barrio y las donaciones del patrocinador del equipo masculino de waterpolo, que dejaba unas cantidades exiguas —aunque imprescindibles— para la vida de la asociación. Tampoco los ingresos de las clases parecían estar asegurados. Habían llegado a un acuerdo con el ayuntamiento hacía más de cinco años, un trato por el que les cedían el uso del polideportivo a cambio de cuidar las instalaciones y les permitían dar esas clases como medio de autofinanciación.

—Todo escaso y todo insuficiente, Emma —se lamentaba Víctor, consciente de que si la suerte del Stark no cambiaba, era posible que acabase muriendo. Cansado de quejarse, intentó cambiar de tema y, con ello, confirmó mi sospecha: su mirada, esa noche, ocultaba algo—. ¿Sabes que a veces añoro mucho el mar?

—¿En serio? —fingí interesarme.

—Sí. Pero es lo que hay...

—Nunca fuiste alguien conformista, Víctor. Podrías empezar algo nuevo allí, cambiar de trabajo...

—Mi trabajo es lo de menos. Eso ya sé que puedo cambiarlo... Pero el club, no. Presidirlo no me da de comer, pero es lo más importante de todo lo

que hago.

—Me consuela saber que sigues siendo el mismo.

—No lo sé, Emma... El tiempo siempre lo cambia todo.

—Sabes que no es verdad. El tiempo solo cambia lo que nosotros dejamos que cambie.

Su única respuesta fue servirme un poco más de vino y buscar algo de música ochentera en el Spotify. Intentó callarme gracias a la nostalgia, aprovechándose de la complicidad del *Sweet Dreams* de Eurythmics, uno de nuestros temas favoritos de entonces. Puede que en nuestra singular cena de fin de año ya debiera de haber notado que algo no iba bien, pero necesitaba demasiado un cambio en mi vida como para centrarme en lo que no funcionaba. Al revés, decidí alejar cualquier indicio negativo para asumir con optimismo la etapa que se abría ante mí.

—Va a ser un gran año, Emma. Ya lo verás.

Víctor siempre ha sido el más vitalista de los dos. Desde los tiempos del Bachillerato, en que nos preguntábamos qué camino podíamos seguir para aportar algo trascendente (sí, nosotros decíamos *trascendente*) a la sociedad. No sé si éramos unos idealistas, unos arrogantes o, sencillamente, unos imbéciles, pero así fue como él acabó dedicándose a labores sociales y deportivas —dentro y fuera de su tiempo de ocio— y yo, a la psicología. De algún modo, ambos encaminamos nuestras trayectorias profesionales hacia ámbitos donde queríamos saber que lo que hacíamos significaba algo, pero la gravedad de ese significado es lo que ahora nos hace dudar de nuestra capacidad. Y hasta del porqué de lo que hacemos. Entre las facturas sin pagar de su club y las vidas sin arreglar de mi consulta se suman más fracasos que éxitos, aunque imagino que la vocación —o la cabezonería, no sé, ya ni siquiera las distingo— hace que los segundos se impongan a los primeros. Al menos, así era en mi caso, hasta ese maldito 3 de febrero.

De algún modo, intuyo que la misma losa del fracaso que me ha detenido a mí —maldito febrero y maldita culpa— amenaza ahora con detener a Víctor, cansado de darse de bruces con instituciones que no lo apoyan en su defensa del deporte de base.

—Este club es la única opción de muchos de estos chicos —me dice—. Son extraordinarios en lo suyo y por eso estudian en el Zayas, que es uno de

los pocos institutos que hay para deportistas de alto rendimiento. Pero si el club se cierra, la mayoría de mis chicos no tiene ni dinero ni medios para irse a uno privado. Tendrían que dejar lo único que les apasiona y lo que mejor saben hacer. Tú no sabes cómo son las cosas en este barrio...

Por eso me llamó, no porque quisiera salvarme de mí misma, sino porque creía que si me rescataba a mí, también se salvaría él. Somos víctimas de aquel idealismo de nuestros dieciséis, cuando íbamos a un instituto seguramente muy parecido al centro donde ahora estudian sus jugadores, aunque no fuera para deportistas ni yo tuviera cualidades para pertenecer a élite alguna. Víctor sí las tenía y llegó lejos en el waterpolo, hasta que una lesión se interpuso entre la persona que había soñado ser y la que realmente ha acabado siendo. De algún modo, es como si al entrar en los cuarenta, los dos hubiésemos empezado a sentir que la carga de lo que no hemos logrado amenaza con robarle el sentido a las elecciones que tomamos entonces, cuando teníamos quince, o dieciséis, y, a pesar de que pudimos escoger ser alguien diferente, decidimos construir las personas que hoy somos.

Esta noche de domingo, mientras intento asimilar todo lo vivido estos meses y me persigue la imagen de un cadáver reventado a golpes, solo me pregunto si aceptar este trabajo no fue más que otra mala elección que sumar a mi lista.

2

Hoy hace tres meses de mi primera reunión con Javi, una de las estrellas del equipo juvenil. Aquí está, entre mis notas: nuestro primer encuentro fue un lunes, exactamente igual que hoy. El 11 de septiembre.

Un día triste para hacer cualquier cosa, me temo, como tantas otras fechas que se han ido llenando de sangre y de desolación a lo largo de lo poco que llevamos de siglo. 11 de septiembre. 11 de marzo. 17 de agosto. Este último verano también murió de golpe. Se deshizo la misma tarde que Barcelona se abrió de dolor en una de sus calles más universales. Cuando me enteré de lo sucedido, estaba aún en Santander, buscando las palabras para romper con Sara civilizadamente y decidiendo qué me iba a traer a Madrid, qué dejaría en casa de mis padres y hasta qué acabaría vendiendo en eBay.

Lo recuerdo con la misma nitidez con la que sé dónde estaba el 11 de marzo. Dónde estaba el 11 de septiembre. Dónde estaba cada una de las fechas que han alimentado el miedo y el odio en lo poco que llevamos de milenio. También recuerdo que me prohibí consultar Twitter. O entrar en Facebook. Que me espantó comprobar que la violencia se había vuelto tan joven, que los ejecutores tenían apenas diecisiete, dieciocho, veintipocos años, que la fractura social que llevaba años agigantándose empezaba a dar sus primeros triunfos macabros en forma de carne de cañón. Verdugos susceptibles de ser yihadizados, neonazificados, radicalizados por cualquier discurso sangriento y totalitario. Y, frente a la violencia de la muerte, el estallido de la rabia verbal en las redes sociales. Por eso no me sorprenden los comentarios que escucho estos días en el club. Los exabruptos de quienes, incapaces de asimilar la muerte, desean las peores torturas a los culpables y que, sin más pruebas que su odio, ya han decidido ponerles

rostro. Y, peor aún, raza.

—Han sido los moritos del Távora —escucho que vocifera con desprecio alguien por los pasillos mientras otros tantos lo jalean.

No logro identificar su voz, pero sí la de la chica que le responde:

—Eres un gilipollas.

Está claro que la reacción de Vera no es un ejemplo de brillante argumentación, pero al menos sí que le sirve para manifestar que no comparte el comentario racista de sus compañeros. Hernán, el entrenador del equipo masculino, les pide que se dispersen y no hace comentario alguno ante lo sucedido. O bien porque no se ha enterado o bien porque, como en tantas otras ocasiones, prefiere no enterarse. No ver es siempre muchísimo más cómodo.

Por desgracia, el incidente de hoy no es un hecho aislado. Desde que llegué aquí se respira un ambiente hostil entre los dos institutos de la zona: el Távora, con mayoría de alumnado marroquí, y el Zayas, al que acuden casi todos nuestros jugadores y donde la diversidad cultural es mucho menor. «Consecuencias del bilingüismo», me explica Víctor, que está convencido de que ese ha sido uno de los mecanismos que se han usado en este barrio para convertir ciertos centros en guetos.

Saray, la responsable de comunicación del club, ya les ha pedido a los chicos que cuiden lo que escriben en sus redes sociales («Ahora estáis en el punto de mira de mucha gente», ha insistido), pero cuesta hacerles frenar su rabia, porque no es fácil ponerse a salvo de la violencia.

—Pasa. Ponte cómodo, anda.

Javi entra hoy abatido, escondiendo las manos en los bolsillos y visiblemente cansado. Él y el resto del equipo llevan desde ayer domingo respondiendo las preguntas de la policía que, de momento, sigue sin saber qué pudo ocurrir ni quién o quiénes fueron los autores de la paliza.

—¿Cómo estás?

Levanta la mirada y me contesta sin hablar. Encoge sus gigantescos hombros y chasquea la lengua en un gesto que puedo traducir de tantas formas como quiera. Estoy mal. Estoy destrozado. Estoy confundido. Estoy hecho una mierda. Cualquiera de ellas vale para expresar lo que siente Javi cuando recuerda que alguien de su particular universo, de ese mundo que

solo les pertenece a ellos, acaba de perder la vida hace solo día y medio.

—¿Quieres que hablemos?

Vuelve a encogerse de hombros y se esconde bajo la gorra que hoy ni siquiera le pido que se quite. En estos meses, ellos y yo hemos aprendido a trazar ciertas normas de convivencia en las sesiones. He tenido que decidir si les dejaba o no usar el móvil mientras hablaban conmigo, si me parecía normal que jugueteasen con la pantalla fingiendo no escucharme cuando yo trataba de aproximarme a ellos, hasta me he preguntado si me podía ganar su confianza ejerciendo mi autoridad o si era preciso jugar eternamente a la poli buena para que ellos quisieran abrirse a mí. He hablado con profesores, con padres, con orientadores, he consultado a psicólogas que trabajan con adolescentes desde hace años y solo he encontrado más dudas. Teorías sobre dónde y cómo nace la confianza que solo han conseguido desorientarme aún más de lo que ya lo estaba.

Como consuelo, ahora resulto algo menos patética que en mis primeras entrevistas, en las que parecía que no hubiera ejercido nunca esta profesión. «¿Y esta colgada es la que nos va a ayudar?», debieron de pensar.

—Siéntate, Javier.

—Me llamo Javi.

Eso fue lo primero que me dijo nada más cruzar la puerta de mi despacho el 11 de septiembre.

—Perfecto..., Javi.

Anoté su nombre en mi cuaderno exagerando el trazo para que pudiera apreciar que su petición era atendida y su opinión, tomada en cuenta.

—¿Y de qué quieres hablar, Javi?

—¿Contigo? De nada. —Y me ignoró ostensiblemente mientras respondía un *wasap* que acababa de hacer sonoro acto de presencia.

—¿Te importa quitarle el sonido?

Me miró desafiante. Alzó el teléfono y dirigiendo con arrogancia la pantalla hacia mí, le bajó el volumen.

—Gracias.

No respondió. Siguió tecleando sin siquiera mirarme. Víctor ya me había advertido que era uno de los jugadores a quienes había notado más cambiados durante gran parte de la temporada anterior: siempre había sido

un excelente jugador, buen compañero y muy responsable, pero de repente había comenzado a faltar a los entrenamientos con más frecuencia de la habitual y por razones que sonaban poco convincentes.

—Su madre lo firma todo. No hay falta que no esté justificada, pero... No sé. Habla con él a ver qué te cuenta. Necesitamos que se centre, si queremos que esta temporada nos vaya bien.

Mi adicción a los retos —o mi masoquismo, que lo mismo es más bien lo segundo— me llevaron a convocarlo el primero. Quería empezar a conocer a los miembros del club cuanto antes y me parecía mucho más útil comenzar por aquellos que habían manifestado alguna conducta anómala o, cuando menos, irregular durante el curso anterior.

—Pues de algo tendremos que hablar, Javi, ya que has venido.

—Porque me obligan.

—¿Quién te obliga?

—El *presi*.

—¿Tu entrenador también te ha pedido que vengas?

—Qué va.

—¿Hernán no te ha dicho nada?

—El míster pasa de gilipolleces.

—¿Esto te parece una gilipollez?

—Qué va. Que me obliguen a hablar con una extraña me parece de puta madre.

Aún recuerdo la mueca cínica con la que acabó aquella frase, toda una provocación con la que aspiraba a agotar mi paciencia cuando apenas llevábamos un par de minutos de sesión. Dejé que se tranquilizase, mientras él seguía exagerando los gestos y las reacciones con un histrionismo calculado.

—Si Víctor te ha pedido que hablemos, será porque cree que lo necesitas.

—Como todos.

—¿Todos?

—Todos creéis que sabéis lo que necesitamos. Pero no tenéis ni idea.

Javi seleccionó y masticó los dos plurales. No tenéis. No os necesitamos. Nosotros y vosotros: un antagonismo que alzaba una barrera

tan evidente como, para mí, inaccesible, porque acababa de quedar muy claro que mi edad me incluía automáticamente en el bando de los enemigos. El grupo de quienes nos obcecamos por encontrar respuestas cuando ellos solo desean hallar salidas. Puertas giratorias que los conduzcan desde la desazón actual hasta la tranquilidad futura: solo olvidar, solo superar lo que están atravesando, solo seguir corriendo sin tener que volver a mirar atrás. Me pregunto si ese afán de huida es hedonismo o supervivencia. Y si cuando maduramos lo perdemos o, tan solo, aprendemos a esconderlo mejor.

Este lunes de diciembre, sin embargo, Javi me impresiona mucho menos que en aquel primer encuentro. Su más de metro noventa parece apenas un metro setenta al verlo tan encorvado en la silla, hundido en una tristeza que se vuelve física, como si estuviera intentando esquivar el dolor ocultando su cuerpo en un contorsionismo imposible. Por supuesto, no lo consigue.

La primera vez que vi a esta inmensa torre de ojos verdes llegar a mi minúsculo despacho, me di cuenta de que acababa de entrar en territorio desconocido. Gorra calada —un trimestre juntos y sigue sin desprenderse de ella—, el pelo rizado y rojizo, a juego con las pecas que aniñan su rostro y contrastan con la rotundidad de su complexión física. Pronto me acostumbraría a esta última, tras conocer a los demás miembros de los dos equipos juveniles, el masculino y el femenino, formados por jugadores de entre diecisiete y dieciocho años y que eran, según me contó Víctor, donde necesitaba un mayor apoyo psicológico.

—El Bachillerato, los exámenes, la universidad... Todo suma —me explicó Víctor—. Y no a favor, precisamente. Tienen que digerir demasiadas cosas a la vez en una edad en la que la vida les exige definirse en muchos otros frentes. Y si a eso le añades los entrenamientos y las competiciones... Por eso te he pedido que vengas, porque necesito que alguien les eche un cable. Además, su categoría es la única que le interesa a nuestro patrocinador, así que...

Estupendo. Otra presión añadida: los miembros del equipo juvenil sabían que de su éxito o su fracaso dependía, en gran parte, la financiación y supervivencia del club.

—Aquí tienes la lista con los nombres con que me gustaría que

comenzases, Emma.

—¿Por qué solo hay chicos?

—El equipo femenino es menos conflictivo.

—¿Es que ha pasado algo concreto en el equipo masculino?

—No, solo hablo en general.

—No me gusta hablar en general, Víctor. Y de temas así, menos aún.

—Los resultados de las chicas son excelentes. No necesitan más soporte que el que ya tienen.

No me convenció su argumento, pero sí sentí una punzada de orgullo al reconocirme en esas chicas que sobresalían y que destacaban por su prematura responsabilidad. Acepté la generalización —con todos los prejuicios que ocultaba— porque, en ese momento, me convenía, o porque necesitaba facilitarme el trabajo, o porque ya me parecía más que suficiente comenzar con aquellos chicos que me había apuntado Víctor. Hoy, tres meses después, ya sé que fue un error. Que no tuve que morderme la lengua para que Víctor no pensara que me estaba pasando de suspicaz. Ni ellas eran tan perfectas ni ellos tan imperfectos. Ni unas estaban a salvo de sus demonios, ni ellos tan poseídos por los suyos. Lo único que realmente pasaba es que al patrocinador le importaban bien poco los resultados del equipo femenino y mucho los del masculino.

—¿Nosotras? —se rio Alicia, una de las jugadoras, cuando le pregunté por este tema en nuestro primer encuentro—. No saben ni que existimos. Bueno, sí lo saben, para jodernos.

—¿No estás exagerando?

—¿Te pongo un ejemplo?

Alicia se levantó, como si necesitara escenificar lo que estaba a punto de relatarme, y comenzó a dar vueltas por la habitación. Alta, delgada y fibrosa, con una larga melena negra que me hizo sentir, en un arrebató de momentánea frivolidad, un conato de envidia.

—El curso pasado se estropearon las duchas. Las del vestuario de los tíos, ¿vale? Vamos, que se podían usar, pero no salía agua caliente. Pues nada, ¿qué hicieron? Nos cambiaron a las tías para que ellos usaran nuestras duchas. «Eh, que no os vais a morir por un poco de agua fresca, no seáis cursis». Eso nos dijo Hernán.

—¿El entrenador de los chicos?

—Ese.

—¿Y el vuestro no dijo nada?

—¿Borja? —Alicia no puede contener una sonora carcajada—. Ese va a durar aquí menos que... Si casi tiene mi edad.

Estaba exagerando, pero es cierto que los veintitrés años de Borja parecen apenas diecisiete, con unos rasgos aniñados que permitirían confundirlo con un alumno de Bachillerato.

—Llegó nuevo el año pasado y no quería problemas, así que, cuando se lo contamos, nos ignoró.

—¿Quién se lo contó a Borja? ¿Tú?

—No, yo paso de movidas.

—¿Y entonces quién lo hizo?

—Vera. Pero ya le dije yo que aquello no iba a servir de nada.

—¿Por qué estabas tan segura?

—Porque soy muy lista. —Se volvió a reír—. Y porque Hernán, además del entrenador de los tíos, es el responsable de toda la sección de waterpolo, así que siempre se hace lo que él dice. Y punto.

Tuve que pedirle a Víctor un organigrama del club para no perderme entre los nombres que surgían en cada una de las conversaciones, sobre todo porque pronto descubrí que ninguno de sus compañeros —ni Borja, ni Saray, ni Esther, ni mucho menos Hernán— estaba especialmente interesado en cooperar conmigo.

—Claro que te ayudarán. Tú solo diles qué necesitas —me animaba Víctor.

—Cada vez que me acerco a ellos, me rehúyen. A veces tengo la impresión de que me ocultan algo.

—No te montes películas, Emma. Es tan simple como que no están habituados a tener una psicóloga por aquí —los defendió.

Y yo acepté su excusa con la misma docilidad con la que asentí demasiadas veces en mi primer mes en el Stark. La misma con la que escuché las balbuceantes explicaciones de Borja cuando le pregunté por qué había permitido el cambio de vestuarios que me había contado Alicia o con la que aguanté las explicaciones de Hernán, bastante más curtido a sus ya

casi veintinueve que su novato homólogo, sobre la importancia de cuidar al equipo que sustentaba económicamente el club.

—Sin estos chicos, el Stark se va a la mierda.

Intenté hacerle ver toda la bazofia machista que respiraba su afirmación, pero Hernán se limitó a cortarme —«Tengo prisa, lo siento»—, y a esquivarme concienzudamente en las siguientes semanas. Tampoco Víctor supo convencerme de por qué habían apoyado la idea de su entrenador y sentí que aquello abría una grieta que antes no había existido entre nosotros.

—¿Y tú presumes de ser un *aliado feminista*? —lo increpé, imitando la voz petulante y engolada con la que se hacía llamar así ya desde los años de universidad.

—Lo soy.

—Por eso dejaste que les quitaran a las chicas sus vestuarios.

—Por favor, no exageres. Si apenas llegó al mes... Son cosas de críos.

—No, Víctor, no te confundas. Son cosas de esta mierda de sociedad. Es diferente.

Me enfadé. Era la primera vez que me planteaba si el discurso social de quien había considerado siempre mi mejor amigo era real o tan solo un disfraz con el que se había sumado al club de lo políticamente correcto. Me decepcionó imaginármelo hablando con Alicia, con Vera, con cualquiera de las jugadoras del equipo y explicándoles que su vestuario tenía que quedar libre para las verdaderas estrellas del club. A fin de cuentas, ¿a quién le importaba que el equipo femenino fuera el primero de su clasificación? Por un instante deseé que fuese un dragón y no un lobo la insignia del club y hasta visualicé una llamada Targaryen cruzando el despacho de Víctor y obligándole a disculparse por no haber sabido estar a la altura de las circunstancias.

—Lo estás sacando de quicio, Emma.

Eso fue lo único que me dijo Esther cuando intenté buscar en ella una cierta forma de complicidad.

—Tienen diecisiete años. Lo exageran todo. Por naturaleza.

No me gustan esas afirmaciones. No me provoca ningún tipo de confianza la gente que se cree capaz de cuestionar el dolor o, peor aún, que lo clasifica. Como si las heridas tuvieran edad. Como si pudiéramos medir

cuánto nos rompe algo según el arco cronológico en que nos encontramos y no fueran igual de profundas las cicatrices que nos hacen los primeros desengaños que las de las siguientes decepciones. Puede que varíen las causas, que unas heridas nos alcancen muy pronto y otras mucho más tarde, pero el llanto y la ansiedad surgen del mismo sitio, de ese lugar donde todos somos, aunque no queramos admitirlo, profundamente vulnerables.

—No creas todo lo que te digan, Emma —me aconsejó Saray—. Haznos caso.

Ni Hernán. Ni Esther. Ni Saray. Ni mucho menos Borja. Pocos aliados parecía que fuera a tener en el Stark más allá de Víctor, así que me apresuré a perdonarle por no haber tomado partido por el bando adecuado en la guerra de las duchas y preferí olvidar el incidente antes que aislarme en mi primer mes en el club. «No ha sido más que un encontronazo», me dije, y me prometí estar alerta para evitar situaciones similares en el futuro. Lo que no podía imaginar es que el futuro se iba a volver tan oscuro como lo es ahora. Tanto como la mirada de Javi en este gélido lunes de diciembre.

—¿Cómo vas, Javi?

—No sé.

—¿No sabes?

—Voy... Pues eso... Como todos.

—Intenta describírmelo.

—Jodidos. ¿Te vale así?

—¿Y los interrogatorios cómo han ido?

—Y yo qué sé.

Monosílabos. Bisílabos. Algún trisílabo. El diálogo de hoy se ciñe a respuestas cortantes que dejan claro sus escasas ganas de comunicarse y que me obligan a mantenerme a una prudente distancia emocional, convencida de que, por lo que he visto de él estos meses, será mejor no forzar las confesiones si no quiere hacerme hoy partícipe de ellas. «Ya saldrán», me digo. Y lo harán cuando hayan vencido el cansancio de las citaciones policiales, cuando hayan cesado las preguntas, cuando la inspectora del caso se centre en analizar las evidencias y deje de recoger testimonios de adolescentes que todavía no han tenido ni tiempo ni distancia suficientes para procesar el horror.

—¿Había algún motivo que pueda explicar que...?

—No.

—¿Entonces piensas que fue alguien de fuera quien lo hizo?

—Claro.

—¿Uno solo?

—O muchos. Yo qué sé.

—¿Estás durmiendo algo, Javi?

—Poco.

—¿No descansas?

Niega con la cabeza y se cala aún más la gorra. Apenas puedo verle ya los ojos.

—¿Por eso estás faltando?

—¿Cuándo?

—Aquí dice...

Le enseño la copia del cuadrante de los entrenamientos de los últimos meses que me ha pasado Víctor y él corre a quitármelo. Por un momento, su reacción consigue amedrentarme y busco una cierta distancia física mientras Javi arruga el papel y lo hace pedazos.

—No he faltado a un puto partido en todo el trimestre, ¿te enteras?

—No estaba hablando de eso.

—¿Me has oído?

—Nadie te está acusando.

—¿Te enteras o no?

—Pero ¿por qué te pones así?

—Nunca es bastante...

—Cálmate, Javi, por favor.

—Siempre queréis más. Todos, joder. Siempre pidiendo más.

—Solo te he preguntado si te pasaba algo.

—¿Puedo irme?

Asiento. Él avanza con decisión y da un fuerte portazo antes de salir. Me pregunto qué he dicho o hecho que haya podido provocar una reacción así. Reviso mis palabras, incluso mis gestos y, más allá de ese horario con faltas que no han tenido sanción disciplinaria alguna, no encuentro nada que justifique su ira. Decido que necesito otra copia de ese documento y me

planteo revisar las fechas en una absurda labor detectivesca que cualquier persona sensata me aconsejaría no llevar a cabo. Puedo cotejar los días en que faltó y tratar de averiguar si guardan alguna relación con el crimen. O con hechos violentos que lo antecederan. O con cualquier circunstancia fuera de lo común que explique lo que sucedería la madrugada del 9 al 10 de diciembre. A fin de cuentas, la policía sigue sin tener claro que los autores de la paliza conocieran o no a su víctima. ¿Es razonable excluir como sospechosos a los miembros de su mismo club? ¿A la gente con la que compartía tantas horas en este recinto? Seguramente, no. Aunque, como me advierte Víctor cuando me entrega la copia del documento, esa tampoco es mi labor aquí.

—Dejemos que la policía haga su trabajo.

Y le doy la razón no porque piense que la tiene, sino para poder seguir avanzando en los hechos sin que su censura obstaculice mis progresos. No pienso dejar que aquel 3 de febrero de 2015 se repita. Hace ya más de dos años que me apartaron de algo en lo que, supuestamente, tampoco era necesaria mi presencia y que, al final, acabó con tres muertes. Tres cadáveres que pesan sobre mi conciencia y a los que no pienso sumar el de un cuerpo adolescente reventado a golpes y a cuya muerte nadie parece encontrar explicación.

3

Twitter. Ciento catorce seguidores y no más de doscientos tuits. Casi todo retuits de noticias deportivas y *likes* en memes o *gifs* humorísticos.

Instagram. Cerca de ochocientos seguidores —un número similar al total de alumnos de su instituto: todos parecen seguirse a todos— y apenas cincuenta fotografías, la mayoría de grupo, poco nítidas y tomadas en cumpleaños, competiciones o eventos colectivos donde resulta difícil identificar nada fuera de lo normal.

Sin Facebook, ni Snapchat, ni rastro de ninguna otra red social.

El perfil digital de la víctima no arroja demasiados datos sobre su vida, ni sobre quién o quiénes podrían hallarse tan cerca como para haber cometido el asesinato. Y el hallazgo de su móvil, que apareció ayer lunes, a media mañana, en el fondo de la piscina del club, solo añade nuevas preguntas a la investigación. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Vino solo? Y, si su cadáver apareció en un parque próximo a nuestras instalaciones, ¿fue porque la agresión ocurrió allí o porque movieron el cadáver desde aquí? De momento, no tenemos más datos, solo infinitas dudas.

—No saben mucho más... —me insiste Víctor, que hoy martes ha tenido que regresar a la comisaría—. O, si lo saben, no quieren compartirlo.

—Me gustaría hablar con ella.

—¿Con la inspectora?

—Sí. Parece una mujer competente.

—¿Te gusta?

—No seas básico, anda.

—Pero ¿qué ha sido de tu sentido del humor, Emma?

—¿Y de tu sentido común, Víctor? —Baja la cabeza y, a su modo, me da la razón—. Estamos hablando de algo muy grave...

—Hazlo si quieres, Emma. Habla con ella, pero dudo que Andrea te cuente mucho más.

—No pierdo nada intentándolo.

Víctor trata de mantener una prudente distancia emocional en todo momento, como si temiese que aproximarse demasiado a la tragedia pudiese quebrar su liderazgo o, cuando menos, hacerlo menos sólido. Cuando el domingo fuimos juntos a la comisaría, no formuló a la policía más preguntas que las estrictamente necesarias y tan pronto como se esbozó la posibilidad de que los agresores pudieran ser gente ajena al entorno de la víctima, él se aferró a ella. Un robo. Un ataque injustificado. Un encontronazo con gente del Távara, el instituto con el que habían tenido tantos problemas el curso pasado. O, en última instancia, una simple pelea con desconocidos, como tantas de las que han saltado a los titulares en los últimos meses. Todo lo que alejaba el crimen del Stark su presidente lo asumía en lo que se tarda en chasquear los dedos; Víctor digería con voracidad aquellas verdades a medias deseando acallar cualquier rumor que pusiese en riesgo la pervivencia del club.

—Esto es lo último, Emma, ¿no te das cuenta? Lo último que nos estaba haciendo falta.

Sé que Víctor no es tan egoísta, pero en cierto modo siento que si tuviera que elegir entre un asesinato sin resolver y la supervivencia de su club, elegiría, sin duda, la segunda. Y, la verdad, tampoco puedo culparle. Estos tres meses he ido conociendo a los chicos que entrenan aquí, y en sus historias he vislumbrado material suficiente para esas series en las que se exageran realidades cotidianas y que, en este caso, no precisarían de hipérbole narrativa alguna. Bastaría con un buen David Simon que, en vez de una nueva temporada de *The Wire*, quisiese contar la vida del barrio que define la historia de este club. Uno de esos rincones que respiran de la misma manera en todas las ciudades y de los que nadie habla hasta que algún suceso lo bastante morboso los saca del anonimato. Barrios de familias que no destacan ni por sus raíces ni por su desarraigo, donde los hijos comparten el dormitorio con los abuelos que, después del despido del padre, de la madre, o de los dos, son los que tiran adelante con la pensión que dividen con tanta dificultad como el espacio. Barrios donde a la primera

de cambio la realidad te grita que eres carne de cañón y donde hace mucho que no hay ni rastro del sueño de ser alguien distinto. Con ser, con seguir siendo, basta.

Por eso a Víctor el club le importa tanto. Porque, lejos de ser una máquina *acaparamedallas* es, en realidad, una suerte de espacio de reunión social que ha conseguido que la mayoría de sus integrantes superen mejor o peor la lacra del fracaso escolar hasta llegar a titular en una Secundaria que, a muchos de ellos, si no hubiera sido por esto, se les habría hecho invivible. Solo los alevines y los juveniles escapan, al menos en parte, de esa radiografía de barriada; son las dos promociones que cambiaron la fortuna del club y consiguieron el patrocinio que hoy los sostiene. Pero el equilibrio inestable en que sobrevive el Stark podría romperse si los agresores desconocidos resultaran no serlo.

—¿Te importa que hable con Andrea?

—Claro que no, Emma. Haz lo que quieras.

Víctor miente tan mal como hace años. Siempre que dice algo que no piensa tuerce ligeramente el labio y parpadea un par de veces más de lo normal. Intento acercarme, pasarle la mano por el hombro, hacerle saber que no voy a perjudicar al club, que seré cauta, pero él —escudándose en una llamada al móvil— se marcha antes de que yo pueda hacerlo.

—¿Sigues enamorada de él? —me preguntó mi madre cuando le dije que me venía a trabajar con Víctor.

—Por favor, mamá, no digas bobadas.

Mi madre, por mucho que se lo haya explicado, sigue empeñada en normativizarme contra viento y marea. Por suerte, mi padre se encarga de corregirla cada vez que ella retoma su ceremonia de ataque verbal por agotamiento.

En el instituto, Víctor y yo pasábamos tanto tiempo juntos que llegaron a pensar que estábamos liados. E igual años después, cuando hicimos juntos aquel Erasmus y nos tiramos un año en Berlín. Víctor sigue siendo el hombre atractivo de entonces. Incluso puede que ahora, con la ayuda del tiempo, lo sea un poco más. Melena larga, barba cuidada, cuerpo razonablemente trabajado y ojos intensamente marrones, nada que lo hiciese excepcional y, sin embargo, un conjunto que, a más de una

compañera de nuestros años universitarios, le resultaba muy apetecible. A veces hasta llegamos a competir por la misma chica y, lejos de enfadarnos, celebrábamos el éxito de quien hubiera conseguido conquistarla.

—Ya no hace falta que vayas a la comisaría. —Víctor entra de nuevo en mi despacho.

—¿Y eso?

Está pálido y me preocupa que alguien —¿Hernán?, ¿Esther?, ¿Saray? — le haya pedido que me amordace o, por lo menos, que rebaje mi voluntad investigadora.

—Viene ella de camino. Y, según me ha dicho, quiere hablar contigo.

—¿La inspectora?

—La misma.

—A lo mejor han averiguado algo...

—Emma...

—¿Sí?

Víctor busca las palabras. Las elige con cuidado para no ofenderme, pero necesita decirlas para hacerme consciente de la responsabilidad de cuanto podamos hablar con la policía.

—Intenta ser cauta. Recuerda que...

—Tranquilo, lo último que quiero es perjudicarte, Víctor.

—No se trata de no perjudicarme a mí —abre la puerta y señala las fotos de los equipos que están colgadas en las paredes del pasillo—, sino de no perjudicarlos a ellos.

Se marcha a su despacho y me deja sumida en un mar de dudas donde, por primera vez desde que supe del asesinato, no acabo de saber si quiero o no conocer la verdad. Identificar a los culpables de la agresión permitirá que haya justicia, sí, incluso evitará que quienes lo hicieran repitan —o eso necesitamos creer— una atrocidad igual, pero no le devolverá la vida a su víctima, no hará que el cadáver sane sus heridas, que su cuerpo reventado se levante del suelo y vuelva a una existencia que, desde esa madrugada, ya no le pertenece. «Tendremos justicia», me digo, y me pregunto si será igualmente justo que los hallazgos policiales puedan afectar a la rentabilidad del club, o a la revisión del acuerdo con el ayuntamiento, que parece proclive a remunicipalizar las instalaciones, o a la relación con un

patrocinador que podría huir si sospecha que su marca comercial va a verse asociada con algo turbio. De momento, nada de eso ha ocurrido, porque la opinión pública se ha dejado llevar por el amarillismo de los medios, que han combinado la sensiblería hacia la víctima —tenía solo diecisiete años, con toda la vida por hacer, con un futuro tan prometedor— y las generalizaciones sociológicas facilonas hacia los verdugos —estadísticas de violencia adolescente, casos de padres maltratados por sus hijos, palizas en discotecas o centros de ocio en los últimos meses—. Titulares y noticias que han tenido una doble y favorable consecuencia para el Stark: por un lado, la noción de la pérdida ha fomentado la empatía y la solidaridad con sus miembros; por otro, han destacado su labor social con respecto a esa adolescencia que tanto les preocupa, al menos, durante el efímero tiempo que abarcan las novedades periodísticas. Una respuesta inapropiada, una afirmación torpe o una revelación innecesaria podrían poner en riesgo todo eso y darle la vuelta a un marcador que, a pesar de seguir muy apretado, apunta victoria para el equipo local.

El secreto profesional me protege de meter la pata, me tranquilizo. Y pensar en eso consigue que afronte la inminente reunión mucho más relajada, consciente de que solo tengo que saber qué quiero y qué no quiero —o no puedo— decir. Porque estoy decidida a dar con la verdad, pero deseo hacerlo de modo que esa verdad no acabe arrasando con todo.

Apenas quince minutos después del aviso de Víctor, Andrea llama a mi puerta.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

—¿Necesitáis algo? —Se asoma Saray.

—No, gracias. Prefiero hablar con Emma a solas.

La responsable de comunicación se aleja con reticencia y noto su mirada de desconfianza hacia todo lo que yo pueda decir.

—Solo serán algunas preguntas, Emma. Había pensado hacerte venir a la comisaría, pero andaba por aquí y me pareció más práctico hablar ahora. ¿Te parece bien?

—Claro. Estoy deseando que se aclare todo... Esto es como vivir en una pesadilla.

Andrea se mueve con una seguridad que, desde la primera vez que la vi, me fascinó. Siempre me he sentido cautivada y, a la vez, algo intimidada ante la gente como ella, tan consciente de sus ventajas físicas. Andrea es más alta que yo, imponente en su cuerpo y elegante en sus facciones, muy rubia y con los ojos muy claros, como si hubiera escogido el atuendo de las mujeres fatales del cine negro para ocultar a la inspectora que vive en ella. Una década mayor que yo y, sin embargo, hay quien podría creerla mucho más joven. Seguramente, porque yo nunca he sido habitual en el gimnasio —tengo el récord de matrículas en septiembre y abandonos casi inmediatos— o porque sigo sintiéndome más cerca de lo que me gustaría de aquella chica menuda y poco agraciada que jamás llamaba la atención de nadie en clase.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —Anota Andrea.

—¿Víctor y yo? —Sonrío—. Desde el instituto.

—¿Y cómo te decidiste a venir a trabajar con él? Porque tú estabas ejerciendo en Santander, ¿verdad?

—Sí, aunque cuando Víctor me llamó no estaba trabajando en nada.

—¿Y eso?

—Un recorte de personal.

—¿Dónde trabajabas?

—¿Eso tiene alguna importancia?

—No mucha, la verdad.

Andrea sonrío y trata de infundirme confianza. Está claro que su pregunta no guarda relación con el crimen, pero sí noto que le interesa mi respuesta. No sé si teme que pueda estar encubriendo a alguien.

—No tienes por qué contármelo si no te apetece, Emma.

—Tranquila, no pasa nada. Trabajaba en un punto de violencia.

Por primera vez en mucho tiempo no necesito completar el sintagma explicando su significado. Andrea tiene experiencia policial de sobra como para saber que me refiero a uno de los centros donde se ofrece ayuda legal y psicológica a mujeres que han sido víctimas de maltrato.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Digamos que me hicieron dejarlo.

—¿Recortes? —repito mi anterior respuesta.

—Entre otras razones.

No entro en más detalles. No le explico cómo nos dijeron que era necesario prescindir de parte de las profesionales que estábamos trabajando allí. Como en tantos otros puntos de violencia homólogos, todas nosotras dependíamos de una empresa subcontratada por el ayuntamiento que nos pagaba poco y mal. Nadie me obligó a irme, es cierto, y podría aclararle eso a Andrea, porque mi pundonor se rebela cuando piensa que puedo quedar ante sus ojos como una incompetente, pero no lo hago para que no me pida que le hable de febrero. De Rebeca. Ni de Miguel. Así que no le digo que cuando se planteó el ERE que afectaba a los centros de casi diez comunidades diferentes, me presenté como voluntaria para salvar el trabajo de mi compañera, una asistente social que acababa de entrar y que suplía su inexperiencia con una fortaleza que a mí, tras tantas luchas, empezaba a faltarme. Podría hablarle de las veces que me di de bruces con el sistema, de las mujeres que se quejaban del trato policial, de los jueces y fiscales que ponían en duda sus palabras, de cuántas veces tuve que oír hablar de denuncias falsas mientras alguna de esas mujeres se derrumbaba de dolor y de miedo en mi despacho. Podría intentar que entendiera que la violencia estuvo a punto de romperme, porque a nadie se le ocurrió contratar a profesionales que cuidasen de nosotras, que nos supervisaran, que nos limpiaran de todo el veneno que tragábamos cada vez que abríamos las puertas de un nuevo infierno doméstico. Podría hacerlo, sí, pero entonces quizá Andrea subestimara mi valía. Y me sumaría al grupo de las débiles, de quienes se han rendido. Y yo nunca lo hice. Por eso quiero ayudar ahora. Porque no voy a dejar que la violencia siga haciéndose con mi realidad. Con el pequeño espacio del mundo que ocupo y en el que cada vez hay más sangre, más dolor y menos esperanza.

—¿Has notado o percibido algo fuera de lo común desde que sucedió el crimen?

—No, solo las reacciones esperables. Rabia, tristeza, impotencia... Puede que expresadas de forma muy virulenta a veces, pero eso tiene más que ver con la edad que con el crimen. La adolescencia es una edad vehemente por naturaleza. Están aprendiendo a convivir con sus emociones, así que no podemos pedirles reacciones medidas en una situación tan

extrema como esta.

—¿Y antes de que ocurriera?

—No vi nada excepcional.

—Ya... ¿Te puedo preguntar si has hablado recientemente con Vera?

—Sí.

—¿Crees que sabe algo más de lo que nos ha contado?

—¿Y por qué ella?

—Al parecer, se los veía mucho juntos. Hay quien dice que estaban saliendo.

—Hasta donde yo sé, solo eran buenos amigos.

—Bueno, Emma, a esas edades...

Andrea sonríe y da por hecho que entre ella y la víctima había una relación mucho más íntima, pero —siendo honesta— me cuesta imaginarla. Nunca hicieron alusión a ella y mi intuición me dice que, si hubiera existido, no se habrían molestado en ocultarlo.

—¿Y con los demás miembros del equipo has hablado también?

—Por supuesto. He intentado hablar con casi todos los de su categoría. Están muy afectados. Pero eso ya lo sabes. Tú misma los has interrogado... Les van a venir muy bien las vacaciones de Navidad.

—¿Y alguno ha dicho algo que se salga de lo común?

—Nada. Todos se enteraron a través del móvil y ninguno sabe qué estaba haciendo allí a esas horas...

—¿Y alguno te ha dicho algo de por qué se pasó esa noche por el club?

—No. El hallazgo del móvil nos ha desconcertado a todos...

—O no tanto...

—¿Qué quieres decir, Andrea?

—Al parecer, no era la primera vez que alguien del club se metía aquí de madrugada. Sabían que no había cámaras de seguridad y todos conocían los lugares por los que podían colarse. Hemos encontrado fotos y vídeos de algunos de los jugadores haciendo lo mismo en sus cuentas de Instagram.

—Algo sospechaba...

—¿Se lo comentaste a Víctor?

—No, creí que estaba sacando las cosas de quicio. Solo era una de esas ideas que a veces se cruzan por la cabeza.

—Pues acertaste. Parece ser que venir aquí de madrugada es casi como un ritual para algunos de ellos. Un lugar donde se cuelan con gente ajena y en el que acaban las noches del fin de semana, pero es algo de lo que nadie habla. Beben, fuman hierba... No todos, claro. Solo algunos. De momento, solo hemos confirmado un par de nombres. Si no llega a ser por esto, ni os habríais enterado de que eso estaba pasando.

—Algo así como su versión 2.0 de la cueva de *El club de los poetas muertos*.

—Pero más peligrosa. Porque aquí el 9 de diciembre no hubo una reunión para leer poesía, sino el inicio de una noche que iba a terminar con un asesinato.

Me siento agredida por su cortante réplica y decido que no voy a hablar mucho más con ella esta mañana. Andrea ha venido a mí con el único propósito de inquietarme y, de paso, acusarnos a todos por negligencia. Si lo hubierais sabido, si tuvieseis control de vuestras instalaciones, si esto no fuera un caos, el asesinato no habría sucedido. Ese es el silogismo que se desprende de sus acusaciones y lo que más me preocupa es la posibilidad de que puedan trascender a los medios. En caso de hacerlo, la concejalía tendría su excusa perfecta para cancelar el contrato con el club y el patrocinador no dudaría en retirarse al ver al equipo empantanado entre dudas e interrogantes que afectarían a la capacidad profesional y hasta a la propia integridad de sus miembros. Necesitamos que Andrea se sume a nuestra causa como una aliada, no como una enemiga, así que redirijo mi discurso y tiendo hacia ella un puente improvisado con el que espero, al menos, ganar tiempo.

—Si el asesino...

—Los asesinos —me corrige—. La hipótesis más probable es que fueran, al menos, dos personas.

—Está bien. Si los asesinos hubieran sido del club, debería haber algún antecedente que explicase ese estallido de violencia.

—Se han encontrado cantidades significativas de alcohol en la víctima. Quizá sus atacantes también estaban bajo los efectos de la bebida.

—Podría, sí, pero no creo que fuera una causa suficiente. Si realmente se conocían, ese ataque de violencia se tuvo que ir larvando durante más

tiempo. La saña con la que lo agredieron resulta difícil de explicar como algo espontáneo en un entorno como este. Los conozco y sé que no responden a ese patrón. Podrían haber llegado a otro tipo de enfrentamiento, pero algo tan horrible solo puede haber sido perpetrado por desconocidos o por conocidos con una historia previa.

—En ese caso, ¿crees que podrías ayudarnos a reconstruir ese relato anterior?

—No podéis pedirme que traicione el secreto profesional, Andrea.

—No te pido que hagas nada de eso. Solo que nos ayudes a reconstruir los hechos. Eso no forma parte de lo que ellos te cuentan, sino de lo que tú seas capaz de leer en lo que no te hayan contado.

Me tiende una tarjeta con su teléfono y su *e-mail* y se despide de mí dejándome llena de dudas y, peor aún, de responsabilidad, con la sensación de que ahora sí que no puedo cruzarme de brazos, porque en esta investigación no se trata solo de cerrar un caso, ni siquiera de reivindicar la justicia que merece la víctima, sino también de luchar por la supervivencia del sueño de mi mejor amigo. Un club que puso en pie para dar esperanza y opciones a los adolescentes que lo rodeaban y que ahora se ha convertido en el escenario de un crimen macabro que nos recuerda el lado más inhumano de nuestra realidad.

Antes

OceanofPDF.com

4

A veces me pregunto por qué no lo dejo. Por qué sigo entrenando. «Venga, Quique, mírame y dime por qué sigues». Me lo pregunto y me cabrea no encontrar respuesta. O dar solo con una lista de razones que no sé si me sirven. Porque me gusta. Porque es mi vida. Porque llevo años dejándome la piel en la piscina y no voy a tirar la toalla ahora.

Antes era distinto, cuando compites con los de tu edad resulta mucho más sencillo destacar. Eres el mejor de los que tienen diez. De los que tienen once. De los que acaban de cumplir catorce. Eres un máquina porque arrollas a cualquiera que se te ponga por delante. Luego ya no. Es como si cambiaras la piscina por el mar abierto y allí tienes a un montón de tíos que llevan tanto tiempo como tú entrenando. Que también han oído mil veces que son los mejores de su categoría. Un montón de tíos con los que peleas por un pedazo de gloria en un deporte que, admitámoslo, no le importa a nadie. Bueno, en las Olimpiadas y eso, sí, claro, pero solo cuando hay medallas. Porque de esto viven cuatro, Quique, como me repite mi padre, que ni le mola ni le deja de molar que pase tanto tiempo entrenando, pero que estaría encantado de haber tenido un hijo friki de la informática en vez de un friki del deporte. Además, con la de problemas que ha habido últimamente entre nuestro club y la gente del Távora, el *insti* donde curra, le ha tomado manía al Stark y no para de insinuarme que puedo dejarlo cuando quiera.

—Por lo menos es sano.

Ese es el único argumento positivo que se le ocurre a mi padre cuando intenta contrarrestar los escasos ánimos que me da. Su tesis se resume más o menos así: entre ser un adicto al *crack* o al waterpolo, mejor al waterpolo. No puedo decir que nunca se haya opuesto a que sea quien soy, pero

tampoco que me haya animado mucho. Ni siquiera le pareció bien cambiarme de instituto.

—¿Y por qué no te vienes al mío? Total, si los dos te quedan igual...

Esa fue su propuesta: hacer todo el Bachillerato en el mismo centro donde él es jefe de estudios.

—Papá, sabes que el tuyo no tiene buena fama.

—¿Y eso dónde te lo han dicho? ¿En *tu club*? —Cada vez que dice la palabra *club* la pronuncia con el mismo soniquete, forzando mucho el tono de disgusto para que no se me escape que no le mola que yo siga allí.

—No, pero los resultados del Távora en selectividad son regulares.

—Venga ya, hijo, no me toques la moral, anda.

Mi padre defiende su instituto como si le fuera la vida en ello. A veces he llegado a preguntarme si quiere más a sus alumnos que a su hijo y, aunque sepa que no es así, me fastidia que siempre se ponga de su parte. Lo último que necesitaba era matricularme allí, la verdad. No sé cuántos argumentos ridículos me dio para que no me apuntara en el Zayas, uno de los pocos —poquísimos— centros que hay para deportistas, hasta que logré convencerlo y acabé aquí, entre otro montón de frikis del deporte como yo, todos con la misma pasión y los mismos miedos, porque de eso casi nunca se habla, claro, que no queda bien confesar que estás acojonado antes de un partido, aunque tú sepas que lo estás, porque te juegas mucho, por ti y por tu equipo, porque sabes que si lo haces mal, acabarás en ese lugar donde han acabado la mayoría, ese lugar lleno de gente que no consiguió nunca su sueño y se conforma con haberlo rozado, como si rozarlo fuera bastante, como si no tuviéramos derecho a desearlo todo, a agarrar la vida con fuerza hasta que sea nuestra y solo nuestra, como si las migajas que quieren darnos fueran suficientes.

Este sábado de noviembre ha sido uno de esos días. Un día en que todo duele más porque la distancia entre el yo y el nosotros se hace inmensa. Eso tampoco lo hablo con nadie en el vestuario, claro, ni siquiera fuera. Podrían pensar que soy un envidioso, o incluso un capullo, porque después de un partido como el de hoy, en el que hemos arrasado al equipo contrario, debería estar eufórico. Tendría que estar como ellos ahora mismo, pero, aunque intento disimular, la verdad es que no lo estoy. No puedo alegrarme

cuando el único mérito del partido ha sido de otros. De los tantos de Izan y de la defensa de Asier. Siguen siendo los mejores del equipo, los únicos que realmente tienen opciones, cómo me duele esa palabra y cuántas veces se repite en mi vida, de llegar a algo. Los demás, no tanto. Ni siquiera Javi, que desde que ha empezado a faltar a los entrenamientos está desconocido en los partidos. Ni Pau, que, aunque haya llegado misteriosamente hasta aquí, lo más coordinado que debe saber hacer es atarse los cordones de las deportivas. Ni yo, que cada vez le encuentro menos sentido al tiempo que le dedicamos a esto y que le robamos a todo lo demás. Dos horas de entrenamiento antes de entrar en el *insti*. Luego, las clases. Después, dos o tres horas de entrenamiento más. Ya en casa, cuando llegas con ganas de morirte (literal), toca hacer todo lo que te han pedido en el *insti* que hagas. Y el sábado, competición. Así que te queda, con un poco de suerte, un pedazo de sábado y parte del domingo. La parte en la que no estás haciendo resúmenes, o preparando trabajos, o resolviendo ecuaciones, o analizando sintagmas, o haciendo cualquiera de esos miles de cosas utilísimas que hacemos en Bachillerato.

Como esta mañana hemos ganado los dos equipos, tanto el de las chicas como el nuestro, unos cuantos hemos decidido quedar por la noche para celebrarlo. Hemos buscado un rincón en el parque que hay cerca del club y que, sin embargo, está lo bastante escondido para que ni su míster ni el nuestro nos pillen con unas cervezas.

—¿Te has rayado por algo? —me pregunta Marta.

—¿Yo?

—Como no hablas...

Tiene razón, llevamos aquí ya un buen rato y yo, que hoy estoy obsesionado con averiguar si merece la pena todo esto, casi no he abierto la boca.

—Qué va.

—Vale.

Ella no insiste y yo me quedo con las ganas de que sí lo haga. Es como si siempre nos dijéramos solo lo justo, sin hablar nunca de verdad de nada. Como si a todos nos diera miedo hacerlo, por si acaso se nos escapa algo que no mole decir en voz alta. Algo que deje claro que estamos hartos de no

saber cómo poder con todo. De lo que los demás esperan de nosotros y de lo que nosotros mismos esperamos. Me gustaría que Marta me preguntase y soltarle este rollo. Pero si lo hago, sé que ella no va a volver a preguntarme nunca mucho más, que acabaré con cualquier posibilidad de que salga conmigo incluso antes de proponérselo. Porque no va a querer salir con un tío que se come la cabeza con las expectativas, con la basura que nos han contado de que esto merece la pena sin advertirnos que a lo mejor no es así, que el rollo Disney no es verdad, que no todos los sueños se cumplen y que, a veces, la vida no solo no es justa, sino que ni siquiera se molesta en parecerlo. Y por eso me callo, claro, para no cortarles el rollo en plena fiesta. En este cutre botellón que nos hemos organizado y en el que no hay gran cosa donde elegir.

—Tío, que hay que cuidarse —se justifica Asier.

—Parecemos monjes, joder.

—¿Te pasa algo, Quique?

Asier también se ha dado cuenta de que no ando bien, pero con él tampoco me sincero. Paso. Paso de que me tomen por un débil. O, peor aún, por un frustrado. Porque puede que yo no sea tan bueno como ellos, pero a lo mejor sí que me va bien y acabo petándolo. Quién sabe... Esto no es como las matemáticas, aquí todo puede o no puede suceder. Por eso prefiero las ciencias a las letras, creo, porque con las ciencias sí sabes siempre dónde estás. Sabes que, si Newton dice que la manzana va a caer al suelo, es que va a caer al suelo, pero con los de letras, no. Con los de letras dudas todo el tiempo. Y a lo mejor es bueno, sí, cuando no vienes con tantas dudas ya de serie, quiero decir, porque ahora mismo me van a devorar las mías y creo que no quiero más de las suyas. No necesito las dudas de otros. Eso es todo.

—¿Vamos a la piscina o no?

Izan no ha tardado mucho en proponerlo. Desde que nos colamos allí la primera vez hace un par de años, ya casi se ha convertido en una tradición y, cada vez que hacemos un buen partido, acabamos allí la fiesta.

—Ni de coña, tío. Hasta ahora hemos tenido suerte. Pero cualquier día os pillan...

—Venga, Javi, no seas moñas.

—Hoy hemos ganado, sí, pero sabes cuánto nos jugamos en los

siguientes partidos... —Lo apoya Asier—. Ni a nosotros nos está yendo bien ni al club tampoco. ¿O no estáis al tanto de lo del ayuntamiento? Solo hace falta que nos cojan colándonos allí para que lo chapen definitivamente.

—Yo estoy con ellos —me sumo a Asier y a Javi—. No es buen momento.

—¿No es buen momento por qué? —insiste Pau, que, como de costumbre, secunda enseguida los planes de Izan.

—¿Pero a vosotros dos qué os pasa? —Estalla Vera—. ¿No os habéis enterado todavía de lo chungo que está todo en el club?

—A ti no te he preguntado —responde Izan.

—Pues te respondo gratis, ya ves.

Desde que Izan y Vera rompieron no se puede decir que se lleven muy bien. Se aguantan porque no tienen más remedio: mismo club, mismos amigos, misma clase. Esto de competir es tan absorbente que a veces apenas tienes gente en tu vida de otros entornos. Del barrio. O de cuando estabas en el cole. La gente se queda atrás porque tu vida va muy rápido, las cosas suceden sin que las puedas controlar y te terminan alejando incluso cuando no lo pretendes. Te encierras en un lugar donde los demás no pueden verte, solo los que son como tú, los que entienden tus luchas, tus horarios... y todo eso, que no creo que nos pase solo a nosotros (cada cual tendrá sus propias barreras, supongo), acaba limitándote. Es como si en vez de ampliar la vida la hiciésemos mucho más pequeña.

—Pues de aquí la poli nos echa en una hora —avisa Pau.

—Eso es verdad. —Alicia, que lleva un buen rato morreándose con Javi, les da la razón—. Solo hacen la vista gorda hasta la una. Y luego...

—Yo tampoco iba a quedarme mucho más —avisa Javi.

—No fastidies. —Ella lo aprieta contra su cuerpo y se dan un pico que no sé si me resulta más cursi o más patético. O las dos cosas.

Solo llevan saliendo dos semanas, pero su nivel de empalago no conoce límites y ambos son capaces de provocar náuseas a cualquiera que esté con ellos más de un par de horas. Imagino que no tardarán mucho en tatuarse sus nombres o en hacer alguna de esas cosas que haces cuando te enamoras locamente, porque si te enamoras es para eso, para poder imitar todas las moñadas que has visto en el cine y que, aunque no me sobra experiencia —

más que nada, porque no tengo ninguna—, no creo que se parezcan mucho al amor de verdad.

—Venga, ¿quién se anima?

Alicia pone algo de música en su móvil y empieza a bailar con Javi. Bueno, más bien, se mueve a su alrededor mientras él sigue hecho un auténtico palo. El pico alcanza pronto otra vez el nivel del morreo y se marcan algo que no sé si es un perreo, un *twerking* o, sencillamente, una pesadilla, porque el nivel de coordinación de Javi bailando es incluso más lamentable que mi nivel de éxito ligando.

—Yo me voy.

—¿Tan pronto, Asier?

—El lunes hay examen de Lengua. —La excusa es cierta, pero no cuela. Hay algo que le lleva molestando toda la noche, aunque no quiera decirnos de qué se trata.

—Pero si el de Lengua nos aprueba siempre —intenta retenerlo Vera—. Además, tú eres su niño bonito.

—Yo creo que le pones —se ríe Pau.

—Payaso.

—¿Ves cómo te pica? —insiste nuestro gracioso oficial—. Porque le pones.

—Ven y te lo explico, anda.

Asier se acerca y le da una sonora colleja a la que Pau responde colocándose en posición de ataque. Interpretan el enésimo combate del mes y los dos acaban dándose unos cuantos golpes que no son reales, pero sí lo parecen. O que son reales, pero fingen no serlo, de eso no estoy seguro. Vera los observa con desdén; Marta, con aburrimiento infinito, y Alicia ni se entera porque sigue metiéndole la lengua hasta la campanilla a Javi mientras que Javi hace lo propio. Desde luego, si su espectáculo improvisado de MMA tenía como objetivo llamar la atención de las chicas, está claro que no lo han conseguido. A cambio, Izan sí los jalea. Incluso Javi, que a ratos saca la lengua de la boca de Ali para animar a alguno de los dos.

—¡Dale duro, Pau! —grita Izan, que hoy se ha pasado un poco con las birras—. ¡Acaba con ese marica!

Asier y Pau siguen con su coreografía —se meten tanto en el papel que parece que la hubieran ensayado— y yo no digo nada. Es más, me río. Aunque pienso que si Lucas me estuviera viendo, me dejaría de hablar. O, por lo menos, me diría que soy un gilipollas. Y yo tendría que darle la razón, claro, porque Lucas es, junto con Asier, uno de mis mejores amigos y, además, el único de todos mis colegas que no forma parte del club ni estudia en nuestro *insti*. Estuvo en el Stark antes que yo, sí, pero lo dejó porque le agobiaba pasar tanto tiempo entrenando. Nunca me ha querido hablar mucho del tema, la verdad. Y en el club tampoco hablan de él. Como si no existiera. Podría haberse venido al Zayas conmigo, porque es también del barrio, pero dijo que pasaba de bilingüismos y se apuntó al Távora. Empezó a salir del armario el año pasado y la verdad es que le va genial desde entonces. No lo sabe todo el mundo, porque dice que en el barrio aún no se atreve, que las cosas aquí son como son, que el rollito ese megatolerante y superguay que nos venden por ahí fuera no se parece mucho a este barrio. Yo le digo que se equivoca, claro, porque es lo que tengo que decir y porque creo que no puede vivir encerrado en una mentira, pero cuando oigo coñas como estas me temo que Lucas tiene un poco de razón. O mucha, yo qué sé. En el equipo, por ejemplo, no hay nadie que sea gay. Y, si lo hubiera, no sé si lo dirían. Habría que ver las bromas que hacían estos en los vestuarios. Los del *show* improvisado de lucha libre y los que los jalean. Por eso me doy algo de asco cuando les sigo el juego y me río de cosas así, pero eso es de lo poco que he aprendido en estos años. Que es mejor callarse que destacar. Y que cuando defiendes a los otros corres el riesgo de convertirte en el próximo objetivo. Me gustaría decir que he aprendido lecciones mucho más éticas y que hasta hay algo medio heroico en mí, pero estaría mintiendo. Aquí vamos todos de valientes y de Jon Snow, pero no lo somos. Somos menos de campo abierto y más de madriguera, porque eso es lo que nos han inculcado en casa y en clase: sobrevivir, resistir, ser los mejores, conseguir levantar la cabeza en medio del mar de basura que nos rodea. También podríamos rebelarnos, supongo, pero prefiero creer que la culpa no la tengo yo. O, por lo menos, no solo yo. Bastante duro es sentirse un miserable en momentos, así como para no compartir la responsabilidad con alguien más.

—¿Y ahora qué?

Asier se impone sobre su contrincante y, además de humillarlo públicamente, se lleva un sonoro aplauso de los demás.

—Bien hecho, tío —lo felicita Izan.

—Pau, vas a tener que entrenar más —se ríe Javi—. A ver si al final el maricón que se la chupa al de Lengua vas a ser tú.

No sé si veo lo que sucede o lo que quiero ver, pero tengo la sensación de que Asier fulmina a Javi con la mirada. A lo mejor no lo hace y soy yo quien proyecta lo que ahora mismo pienso en los ojos de Asier. Llevamos ya unas cuantas cervezas, es casi la una de la madrugada y puede que mi capacidad de interpretación ande un poco tocada.

—No digas chorradas —lo censura Vera.

—Tía, te molesta todo —se defiende Javi.

—Me molesta que seáis siempre tan capullos. ¿Qué tenéis? ¿Seis años?

—Ya habló doña Madurez —sentencia Izan.

—Me piro.

Vera nos da la espalda y Marta se dispone a acompañarla. Hoy debo de haber cruzado tres frases con ella (lo mismo han sido menos) y está claro que mis opciones de ligar esta noche acaban de volverse cero. Ahí tampoco fallan las matemáticas.

Las dos se alejan y solo nos quedamos los tíos y una especie de animal mitológico mitad tío, mitad tía compuesto por Javi y Alicia, que siguen sin despegarse el uno de la otra.

El resto de la noche es aburrido, monótono y, por suerte, muy breve. Pau finge que no le ha tocado la moral la humillación pública y nos enseña no sé qué vídeos según él «supergraciosos» en su móvil; Izan asume que no vamos a acabar la fiesta en la piscina y comenta con Asier —hasta el aburrimiento— las principales jugadas del partido de hoy, y yo finjo que me interesa y me divierte todo lo que me rodea, cuando lo único que hago es preguntarme por qué no me habré quedado en casa haciéndome un maratón de alguna serie. Porque te gusta Marta, idiota, me respondo, y al darme cuenta de que mi marcador en ese partido sigue a cero (por no decir, a menos diez) me siento, si cabe, aún más inútil.

Mañana, posiblemente, lo haya olvidado. O puede que no. Puede que

cuando esté haciendo los deberes de Física y reciba un *wasap* de Lucas proponiendo que demos una vuelta, me pregunte qué hago con todo lo que no me gusta de mí y si alguna vez, en lugar de esconderme en un agujero, seré capaz de alzar la voz y, como el mismísimo Jon Snow, me ofreceré a salir voluntario en busca de la verdad más allá del Muro.

OceanofPDF.com

—¡Así no se puede ganar un campeonato ni ganar nada! —Hernán da una patada contra el suelo con la que está a punto de dejarse la pierna incrustada en el pavimento—. ¡Hostias!

El resto del entrenamiento transcurre con cierta normalidad, lo que, básicamente, consiste en que todos hacemos lo que el míster nos dice que hagamos sin levantar mucho la cabeza por si nos cae otra bronca. Es verdad que en el partido del próximo 9 de diciembre nos jugamos mucho, que nos ha avisado hace semanas de que —para colmo— tendremos ojeadores que buscan jugadores para sus equipos profesionales, que llevamos una mala racha y que, como la cosa se siga torciendo, nuestro patrocinador nos deja colgados definitivamente. Todos sabemos que están negociando con otro club, uno de esos privados donde pagas seiscientos euros al año para entrenar y en el que las instalaciones no dan tanta pena como aquí. Oficialmente, todos repetimos que los que juegan allí son unos pijos y unos vendidos al sistema, aunque no tengamos muy claro qué han vendido ni a quién, pero creo que, en secreto, a más de uno nos gustaría tener pelas y poder entrenar allí, porque eso significaría que las cosas nos irían un poco mejor, que todo sería bastante más sencillo y que nadie nos podría echar porque este sitio sí sería de verdad nuestro.

—¿Estamos dormidos o qué?

Hernán no deja de gritarnos, pero eso tampoco es algo nuevo: le pasa siempre que tiene un mal día. Es como cuando los profes entran en clase y sabes que esa mañana, hagas lo que hagas, te llevas una bronca. O hasta un parte. Y lo sabes porque ellos tienen cara de no haber pegado ojo, o porque vienen con mal rollo de la clase anterior, o por cualquier historia de su vida fuera que pagan con los que estamos dentro. Con Hernán es igual, solo que

a él lo de dentro le afecta más que lo de fuera. «Es un fanático», me dijo una vez Asier, y quizá tenga razón. No hay nada que le importe más que una victoria, como si pudiera ganar con nosotros las medallas que no ganó por su cuenta cuando tuvo la ocasión de hacerlo. Debe de ser extraño cambiar tus sueños de gloria por un polideportivo de barrio que se cae a pedazos. Y por eso a veces nos grita tanto, porque ya que estamos en este lugar que no le importa a nadie, al menos habrá que demostrar que sí nos importamos a nosotros mismos, que nos queremos más de lo que nadie ahí fuera, en esa burbuja donde a menudo creo que no existe este barrio, podría querernos. No sé si es fanatismo, o si es orgullo, o si —como dice Emma, la psicóloga que nos han traído para que matemos el rato hablando con ella— es autoestima.

—Y mañana sed más puntuales que hoy. Todos. ¿Está claro?

Asentimos y, mientras vamos saliendo de la piscina, Hernán nos vuelve a interrogar uno a uno.

—¿De verdad no sabéis qué le pasa a Javi? —Me cierra el paso, aunque ahora su tono es mucho más sereno—. Venga, Quique, tú te llevas bien con él. ¿No te ha dicho por qué está faltando tanto últimamente?

—No, míster. Ni idea.

—Ya.

Me gustaría que nos creyera, pero Hernán está convencido de que todos sabemos qué le pasa e intentamos protegerlo. Y saber, lo que se dice saber, no sabemos nada. Intuir, bueno, eso ya es diferente. Porque podría contarle lo que vi la semana pasada y la conversación de unas doce palabras (lo mismo fueron unas cuantas menos) que tuve con él. Puedo decirle a Hernán que estábamos en los vestuarios, igual que ahora, y que cuando se iba a meter en la ducha me di cuenta de que tenía una marca en el costado derecho, como si alguien le hubiera dado un puñetazo. No era muy reciente, pero se notaba que aún le dolía por la forma en que se ponía y se quitaba la camiseta.

—¿Te ha pasado algo?

—No, ¿por?

Señalé su marca.

—Una chorrada. Me caí con la bici.

—Pues tuvo que ser una buena caída.

—No estuvo mal, no.

A pesar de que Javi se rio con ganas para dejar zanjado el tema, me quedó claro que había sido algo más, pero él prefirió no contármelo. Tampoco estoy seguro de que eso tenga mucho que ver con el motivo por el que ha faltado a algunos entrenamientos recientemente y por eso me callo la historia cuando Hernán me pregunta. No me gustaría meter a Javi en un problema por mi culpa, así que me ducho, me cambio, me reúno con los demás y salgo del club sin decir una sola palabra de esa caída que, aunque él me tome por idiota, yo sé que nunca fue.

—¿Cómo lleváis el examen de Filo? —pregunta Asier.

—De pena —se ríe Vera—. ¿Cómo quieres que lo llevemos?

Dedicamos cinco minutos al lamento colectivo —que si la de Filo explica de culo, que si no se aclara, que si vaya pérdida de tiempo, que si eso no nos sirve para nada— y yo me animo a hacer un chiste que no tiene ningún éxito sobre Kant, el autor que nos entra en el parcial de mañana. Por lo general, mi sentido del humor tiene una recepción entre gélida y desoladora, pero cuando Marta está cerca me controlo menos y soy incapaz de morderme la lengua justo cuando sé que debería hacerlo. En clase sí lo reprimo más, llevo años de práctica encima y sé que asumir en público que te interesa la Filosofía no es el mejor modo de integrarse con tus compañeros. En las series americanas, sí, claro, porque allí son más del *happy end* y de contarte cómo al final todo eso de los grupos y de la marginación no es más que un obstáculo que se supera, porque en el último episodio el friki triunfa y se liga a la chica que le mola y acaba siendo alguien respetado y superimportante, porque allí tienen muy claro que el mensaje que te tiene que quedar es ese: no te preocupes si te machacan en el *insti*, porque cuando salgas de aquí vas a ser el rey y te vas a partir la caja si te encuentras con los indeseables que te marginaban en clase cada vez que tú levantabas la mano o destacabas por no ser tan mediocre como a ellos les gustaría que fueses. Las series americanas son así, claro, porque si no lo fueran, no pagaríamos la cuota mensual de la tele por cable, ni haríamos *spoilers*, ni nos engancharíamos en Twitter para defender a un personaje o al contrario.

Pero aquí es diferente, en la vida real no hay *season finale* ni recompensa o, por lo menos, no se la ve. Y si la hay, no importa. A mí, ahora mismo, me da igual lo que me vaya a pasar cuando tenga treinta, o cuarenta, o cincuenta; a mí lo que me preocupa es lo que está pasando hoy, sobrevivir a esto, aguantar aquí lo mejor posible y salir de este lugar sin que me puteen más de lo necesario. Y por eso creo que esas series deberían hablar de lo difícil que es adaptarse. De cómo duelen las etiquetas. De que es un asco que te enseñen que, para sobrevivir, lo mejor es no levantar la mano demasiado a menudo. Bajar la cabeza. No confesar que le das vueltas al tema ese de Kant porque, como él, tú tampoco tienes ni idea de qué puedes o no puedes saber, pero te interesa la Filosofía porque, en medio de toda esa gente que no tiene nada que ver contigo, encuentras muchos de los fantasmas que te machacan desde que entraste en esto que llaman adolescencia, desde que te dieron una patada para sacarte de la infancia y meterte en un túnel donde te pasas los días a vueltas con los límites de lo que puedes saber, de lo que puedes esperar, hasta de lo que puedes o no puedes decir. Sería mucho más fácil no tener dudas, creer que limitarse a sobrevivir es lo correcto, pero entonces la cobardía ya no tendría nunca vuelta atrás y la vida merecería mucho menos la pena.

—Este *finde* es mi cumple —nos recuerda Marta—. Que no falte nadie.

—¿Estás tonta? —La regaña Vera—. Cómo vamos a faltar a la fiesta del año.

—Yo aviso a Javi —se ofrece Izan.

—Está avisado. Lo puse en el grupo.

—Por si acaso, que ese últimamente parece que tiene la cabeza en otra parte...

Vera no consigue reprimir un gesto de rabia cada vez que habla Izan. Por una décima de segundo creo que va a responderle algo, pero se contiene y se limita a acelerar el paso junto a Marta y a Asier. Nos despedimos rápido, que hoy toca estudiar para el examen o, según los casos, hacer que estudiamos y, en vez de concentrarme en los apuntes, no dejo de darle vueltas a qué puedo regalarle a Marta para su cumple. Pondremos fondo para comprarle algo entre todos, pero me gustaría hacer algo más personal, algo para insinuarle que, si le apetece, podemos salir algún día los dos

solos.

Lo mío nunca ha sido ligar, la verdad, y los pocos rollos que cuento en estos diecisiete años han sido tonterías de una noche —dos tonterías, para ser exactos— que acabaron casi antes de empezar. Nunca sé qué decir, ni cómo comportarme, y ni soy el más guapo, ni el más alto, ni el más gracioso, ni el más decidido. En general, no soy *el más* en nada y supongo que esa carencia de superlativo es de las que te marcan la vida, porque te hace darte cuenta de que te encuentras justo ahí, en ese montón donde estamos casi todos, a una altura desde la que apenas se nos ve y donde hay que hacer muchos esfuerzos si quieres que se den cuenta de tu presencia. A los que estamos en ese lugar que ni siquiera tiene nombre nos toca inventarnos estrategias con las que conseguir nuestros objetivos, porque nada nos sucede con la misma facilidad con que sí le ocurre a otros, a la minoría de *los especiales*. Pero a nosotros, a los del gris, no nos mandan mensajes ambiguos por el Insta para intentar ligar, ni preguntas con doble sentido por Twitter, ni nos pasa casi nada que nosotros mismos no provoquemos. Y a mí, provocar la acción se me da muy mal.

Se me da mucho mejor valorarla. Sacar conclusiones. Y hasta adivinar cuándo me mienten y pretenden enmascarar los hechos. Como ha hecho Javi... Pienso en mandarle un *wasap* para ver dónde se ha metido hoy (¿su ausencia tendrá relación con «su caída»?) y, de paso, decirle que puede hablar conmigo si le apetece. Pero no lo hago porque no quiero que crea que me estoy metiendo demasiado en su vida, así que me estoy quieto y ni le mensajeo a él ni tampoco a Marta, después de escribir-borrar, escribir-borrar, escribir-borrar (así hasta unas cincuenta veces) el mismo *wasap* en la pantalla de mi móvil para preguntarle qué le gustaría que le regalasen por su cumple. «Seguro que te dice algo que no le puedes comprar, idiota», y me dedico una lista de insultos habituales (tengo unos cuantos para estos casos), con los que me quito la estúpida idea de empezar una conversación con ella.

Llego a casa y mi padre levanta la vista del taco de exámenes que está corrigiendo para recibirme con su pregunta de cada tarde. Todo un ritual que se resuelve siempre en tres frases:

—¿El día bien, Quique?

—Como todos. ¿Y el tuyo?

—Igual.

No suele haber ni un solo cambio en el guion, aunque en la cena lo completamos intercambiando anécdotas de sus aulas y de las mías, que es de lo poco que hablamos este año. El intenta que amplíemos el tema de conversación, pero hay cosas que prefiero guardar para mí, temas que no quiero que pasen por su filtro de la experiencia y de lo que se debe y no se debe hacer. No me valen los consejos tomados de vidas ajenas porque soy yo quien debe construir la mía y eso, aunque intento explicárselo, a veces no lo entiende. Le pueden sus ganas de protegerme, como si yo, en vez de diecisiete, aún tuviera doce, pero ni siquiera lo culpo por eso. No tiene que haber sido fácil estar en su lugar, sacar adelante esta familia de dos después de que aquel marzo dejáramos de ser tres.

Mi madre iba en uno de los trenes. Y no volvió. Yo ni siquiera la recuerdo. Tenía cuatro años cuando pasó todo, así que lo que echo de menos no es estar con ella, sino la idea de lo que podría haber sido llegar a estarlo. Es raro sentir nostalgia de algo que no ha sido real, porque cuando te ataca ese vacío, duele diferente, como si tuvieras grabada la frustración a fuego y supieras que hay una parte de ti que no se puede resolver porque te faltan las piezas para hacerlo. Por eso este último agosto nos fuimos los dos a Barcelona después del atentado. Mi padre se presentó como traductor en uno de los hospitales y yo me sumé a los voluntarios que atendían a los familiares. No hice gran cosa, más allá de ayudar a organizar aquel caos de nombres, lenguas y países para que los psicólogos de verdad pudieran atenderlos. Hubo quien se sorprendió al ver que me mantenía tan entero a lo largo del tiempo que estuvimos allí, porque no sabían que cuando tienes esa herida tan dentro es como si llevaras también un escudo, una gigantesca urna de energía como las que traza con su mente el Profesor X y que impide que nada altere tu necesidad de seguir buscando las piezas con las que llenar tu propio vacío. No lo llenas, claro, pero la acción te hace sentir que en ese momento estás algo menos incompleto, como si no te hubieran robado una parte de tu vida que yo he inventado y que mi padre sí recuerda. En su vida hubo alguien más, pero solo duraron juntos un par de años. Desde entonces, nada. Es casi tan torpe como yo cuando habla con las tías

(ya podía haber heredado su facilidad para los idiomas en vez de su inutilidad ligando), y tampoco tengo muy claro si lo que lo convierte en una especie de viudo perpetuo es su incapacidad para seducir a alguien que de verdad le guste o que quien de verdad le gustaba ya no va a volver nunca. De eso, claro, no hablamos en las cenas, en las que estamos muy ocupados contabilizando los partes que él ha puesto en el Távora o los exámenes que he hecho yo en el Zayas. En realidad, de las cosas que de verdad importan, no hablamos casi nunca.

—¿Y cuándo dices que es el gran partido? —Finge interesarse mientras nos servimos la cena.

—El 9 de diciembre. Aunque todos son importantes —puntualizo.

—Pero este lo es todavía más, ¿o no?

—Eso es lo que nos ha dicho el míster...

—¿Y no tiene razón?

—Si lo perdemos, es imposible que ganemos este año.

—A eso me refería.

—¿Y no me vas a decir eso de que lo importante es participar?

—Pues no.

—Ya te vale, papá.

—Participar está genial. Pero si ganas, mucho mejor.

—Van a venir ojeadores y eso. Incluso están pensando en llevarse a algunos de nosotros a la selección nacional.

—¿Se sabe a quiénes?

—De momento, solo parece seguro que contarán con Izan y con Asier.

—¿Por?

—Pues porque son dos *cracks*.

—A lo mejor ese es vuestro problema.

—¿Cuál?

—Los *cracks*.

Sé por dónde pretende salir mi padre, así que doy por zanjado el tema para ahorrarme su discurso sobre el trabajo en equipo, la cooperación y la responsabilidad colectiva. Le digo que me queda mucho que estudiar para el examen de Filo y cojo el postre para llevármelo a mi cuarto antes de que me suelte la conferencia solidaria de la noche. Es verdad que no somos un

prodigio como equipo, pero tampoco sé si esa es la causa de la mediocridad en que hemos caído últimamente. ¿Demasiado individualismo? No estoy seguro de si eso sucede porque hay gente muy buena que no sabe trabajar con los demás o porque hay demasiada gente menos buena que se siente abrumada por los que son brillantes. De todos modos, la política del mister siempre ha sido más de resultados que de procesos y desde que me enteré de que un padre estuvo a punto de partirle la cara a Hernán por haber perdido una final tras cambiar a su hijo, tampoco le culpo por ello.

No sé si el proceso, el nuestro, le importa de verdad a alguien. Ni en el equipo, ni en el instituto, ni en ninguna parte. Si les importase, no estaría empollándome cinco kilos de apuntes de los que mañana tendré que vomitar todo lo que pueda para olvidarlo al día siguiente, cinco kilos de apuntes de los que soy incapaz de retener nada a pesar de que sí me interese todo, pero a quién le importa si me interesa o no, nadie va a contar eso de mí, solo van a contar mis décimas, mis tantos en el partido y mis notas en los exámenes. Cómo va a importarle a alguien el proceso cuando solo somos un montón de cifras, una estadística de logros y fracasos que alguien mide según un baremo que rara vez tiene que ver con lo que de verdad somos o con lo que podríamos llegar a ser.

—¿Quieres que vaya a veros? —me pregunta mi padre.

—¿Al partido? —No salgo de mi asombro. Debe de ser la primera vez que me lo pregunta desde que tenía diez años—. Papá, ¿te encuentras bien?

—Ese día tengo lío por la tarde, pero por la mañana yo creo que me da tiempo.

—Haz lo que quieras, en serio.

Podría ser mucho más entusiasta en mi respuesta, ya lo sé, pero entonces le estaría obligando indirectamente a venir también a los demás partidos cuando es obvio que no le apetece nada hacerlo. El deporte no lo entiende, aunque luego sí que le da el punto estupendo defendiendo lo suyo, que si el arte, que si la pintura, que si todo lo que nos hace humanos..., pero como siempre fue un pato jugando a cualquier cosa, le cuesta la vida valorar lo que yo hago, aunque solo sea un poco. Y no es que yo sea el mejor waterpolista del mundo, ni de Madrid, ni siquiera sé si lo soy de mi barrio, pero al menos juego decentemente y, de vez en cuando, hasta hago

algo que resulta mínimamente destacable.

Me encierro dispuesto a estudiar y, mientras intento adivinar qué temas no van a caer mañana, vuelvo a escribir el mensaje que no llegué a enviar a Marta.

Escribir-borrar, escribir-borrar, escribir-borrar, es-crib...

Al final, le doy la vuelta al teléfono y regreso a mis apuntes.

Alguna vez, aunque fuera un solo día, un maldito día, me gustaría saber qué se siente cuando no te domina cada minuto de tu vida esta inseguridad.

OceanofPDF.com

6

Hoy está todo el mundo tan alterado que cuesta enterarse bien de lo que ha sucedido. Izan no para de dar voces y de agitar el brazo escayolado como si hubiera enloquecido de repente, dando patadas a todo lo que se encuentra a su paso mientras el míster y Víctor, que también ha venido en cuanto se ha enterado, le piden que se calme.

—Pero ¿qué te ha pasado, Izan?

—¡Han sido esos cabrones!

—¿Quiénes?

—Los de siempre. Esos moros de mierda.

—Ojito con lo que decimos —lo para Víctor.

—¿Y cómo coño quieres que hable? Es lo que son.

—Repítelo y te expulso del club —lo amenaza el *presi*—, ¿me has oído?

—No agobies al chaval —lo defiende Hernán—. Cuéntanoslo todo, venga.

Por cosas así, a mi padre no le entusiasma que siga en el Stark, porque no es la primera vez que hay mal rollo entre la gente del Távora y la del Zayas, y cada vez que pasa algo, él lo siente como si fuera un fracaso suyo, cansado de dejarse la piel currando en su *insti* para intentar que el mundo no dé más asco del que ya da. En mi familia, esa implicación suya la llevan regular. Con mis abuelos maternos no se habla y con los otros, bueno, solo lo justo. Ninguno de los cuatro entendió que, después del 11-M, se metiera en una ONG contra la islamofobia al año de que pasara todo. Pero mi padre es de los que repiten una y otra vez que si la grieta social no se hubiera agigantado, no sería tan fácil radicalizar a gente tan joven, que seguirá habiendo bestias capaces de hacer lo que le hicieron a ella —desde que pasó

no le he oído decir su nombre ni una sola vez— mientras los demás no pongamos los medios para evitarlo.

«Lo que tú digas, Ernesto», así zanján la cuestión mis abuelos cuando surge el tema y necesitan dejar claro que ellos no creen que las tizas puedan conseguir nada y que les parece que las balas, las leyes y las cárceles son mucho más efectivas que «toda esa pedagogía de salón», le recriminan.

En el Zayas la violencia es de otra forma. Tiene más que ver con no poder con todo, con sentir que la vida se te hace demasiado pequeña cuando tú necesitas que sea mucho más grande, con no lograr ni respirar porque sabes que te lo vas a jugar todo en un partido, en una hora, en unos miserables minutos, igual que en los exámenes, igual que todo lo que nos pasa y lo que nos exigen, un maratón continuo donde no dejan de ponernos a prueba y tenemos que luchar contra lo que ellos esperan de nosotros y lo que nosotros esperamos de nosotros mismos, porque llevan años diciéndonos que somos los mejores, desde que destacábamos cuando éramos críos y parecía que íbamos a ser los amos del universo, hasta que te das cuenta de que llevan tanto tiempo elogiándote que te has vuelto profundamente débil, vulnerable, porque nadie te ha contado que el fracaso es el reverso de la moneda, la otra cara de una realidad que llevan años maquillándote para que no te asustes, para que puedas bordear el filo de la navaja como si ese filo no existiera, como si fuera mejor inventarse un mundo sin frustración y hacernos creer que la distopía en la que estábamos cómodamente instalados, esa que a mí este año se me está rompiendo en pedazos, duraría para siempre.

Con mis abuelos no es fácil hablar de nada de todo esto, así que al final dejo que sea mi padre quien les responda hasta que él también se aburre y decide que ya es hora de volver a casa. Entonces subimos al coche y, justo después de arrancar, me repite que menos mal que viven fuera de Madrid, que es una suerte que haya tantos kilómetros hasta Zaragoza, aunque los dos sabemos que con el AVE no se tarda nada. Aun así, yo no le corrijo porque me parece de mal gusto introducir algo tan pragmático como ese dato ferroviario cuando él se pone sentimental y se queja de que sus padres nunca lo han comprendido. Cincuenta tacos que tiene el tío y aún se queja de eso. Ahí es cuando yo me rompo un poco, la verdad, y no solo porque lo

veo hecho polvo a él, sino porque me agobia preguntarme si esto de aprender a ser hijo o de intentar ser padre va a ser siempre igual de difícil. Y, en cada viaje a casa de mis abuelos, me respondo que sí. Que cada uno hacemos lo que podemos y eso, al final, casi nunca resulta suficiente.

Yo mismo hasta dudo de si mi padre sigue en el mismo instituto solo por orgullo, para demostrar que no se equivoca y que su lucha sí que tiene sentido. Lleva ya diez años en el Távora, que es uno de esos centros chunguísimos a los que no quiere ir nadie porque todos saben que es donde el sistema coloca a los que pasan para asegurarse de que se entretengan repitiendo. No hay día que no le toque sofocar una bronca en el patio, o echarle un cable a algún compañero al que le haya desbordado la presión en su clase, o hablar con asuntos sociales para que le ayuden en algún tema en el que el centro no puede intervenir si alguien no los apoya. Pero como él es un kamikaze, sigue allí, en jefatura, y a veces hasta consigue avances, que son los días en que las cenas en casa molan más, aunque la mayoría se lleve golpes de todas partes, como cuando descubre que a alguien le pegan en casa, o que a una alumna no le permiten acabar el Bachillerato, o que ha habido de nuevo bronca entre el grupito de los violentos habituales del Távora y el grupito de los exaltados oficiales del Zayas. Y esos días, claro, las cenas en casa molan mucho menos. Golpes de las familias, que pasan de lo que hagan sus hijos; golpes de ciertos compañeros, que pasan de lo que hagan sus alumnos; y golpes del sistema, que pasa —en general— de todo.

Según Izan, los que le han dado son dos tipos del *insti* donde curra mi padre, pero no está seguro de quiénes porque lo cogieron por detrás y no les vio la cara.

—¿Y entonces cómo sabes que eran marroquíes? —le pregunta Víctor.

—Me tenían ganas...

—¿Ganas por qué? —El *presi* empieza a ponerse nervioso.

—Por lo de este verano.

—¿Te quieres explicar de una vez? —le apresura el míster.

Siempre que Izan habla de «lo de este verano» tengo que morderme la lengua. Yo también estaba allí. Igual que Pau. Que Alicia. Que Javi. Y que Asier. Del grupo habitual solo faltaba Vera, porque esa noche decía que se encontraba mal.

—¿Vas a hablar o no? —Víctor está a punto de perder los nervios—. ¿Qué pasó este verano?

Izan, ante la presión de Víctor y del míster, empieza con su relato *oficial* de lo que pasó este verano.

—¿No fue así, Pau? —pregunta mientras nos mira a todos los que estamos allí para que validemos su versión—. ¿No fue así, Javi? ¿No fue así, Quique?

Como siempre, tengo dos opciones. Decir que sí, como han hecho los otros, y evitarme problemas o negar con la cabeza y buscármelos. Por una décima de segundo pienso en llevarle la contraria a Izan y dejar claro que ese ataque del que acusa «al del kebab», como él llama a Said —un chaval marroquí del Távara que ayuda a sus padres en uno de los locales de kebab que hay en el barrio—, no fue más que una bronca de unos cuantos borrachos, los de nuestro *insti* y los del suyo, en una noche de botellón en la que nadie tuvo por qué pegarle a nadie. Lo peor es que, si hago memoria, creo que fue Pau quien empezó a tocarles las narices a ellos, intentando ligar con una de las chicas marroquíes. Y se convirtió en un juego macabro en cuanto Pau trató de quitarle el pañuelo. A partir de ese momento todo se vuelve mucho más confuso, porque estaba oscuro, porque fue muy rápido y porque se dieron con tantas ganas que era difícil saber quién agredía a quién. Izan fue de los primeros en sumarse a la bronca en la que ya estaba metido Pau, después se añadieron Javi y Alicia y, por último, Asier corrió hacia el grupo para intentar separarlos, pero, como aquello no era fácil, también acabó dando y recibiendo leña de unos y otros. Solo dos personas nos quedamos al margen.

Una era la chica del pañuelo; el otro, yo.

No me moví de mi sitio porque ni estaba de acuerdo con lo que sucedía ni me sentía capaz de detenerlo. De repente, los gritos dejaron de oírse a causa de las sirenas de policía, a las que debía de haber llamado alguno de los vecinos del parque donde estábamos haciendo el botellón. Salimos corriendo y cuando, al día siguiente, comenzaron a preguntarles por los moratones de Izan y por el labio partido de Pau, ambos reconstruyeron los hechos a su manera, contaron cómo les habían provocado, volvieron a acusar «al del kebab» como el cabecilla del grupo que había empezado la

pelea e insistieron en cuánto habían aguantado hasta que, hartos de que se rieran de ellos, tuvieron que actuar. Y a lo mejor sí que se rieron, no lo sé, pero seguramente sin la movida del pañuelo no habría pasado nada: ni «el del kebab» se habría lanzado sobre Pau, ni Izan se habría lanzado sobre Said, ni habrían terminado todos revolcándose por el suelo sin que supieran muy bien por qué. Sin embargo, en vez de contar lo que pienso, hago exactamente lo mismo que el resto (todos hemos preferido callar a complicarnos la vida), me muerdo la lengua y digo que sí cuando escucho a Izan relatar al míster y al presidente su leyenda de «lo de este verano», cada vez con detalles más épicos, como si lo que ocurrió allí hubiera sido un acto heroico en vez de un episodio lamentable.

—¿Has hablado con la policía, Izan? —le pregunta Víctor.

—Claro. Pero seguro que no hacen nada... Y sé que han sido ellos.

—Pero ¿no dices que no les viste la cara?

—Porque me cogieron por la espalda... Solo me dio tiempo a ver que llevaban pasamontañas. Pero estoy seguro de que ha sido el del kebab y uno de sus amigos.

—La policía se encargará de eso.

—Ya, fijo —resopla Izan.

Sea lo que sea lo que ha sucedido, para él tendrá consecuencias muy graves. Por eso en sus ojos no solo leo rencor, sino también rabia. Frustración porque, si nada lo remedia —y los médicos no suenan optimistas—, va a perderse el gran partido de la temporada, el encuentro del 9 de diciembre, en el que nos jugamos el campeonato y el único al que vendrán a vernos quienes, si se fijan en nosotros, pueden cambiar nuestro futuro. Izan tenía tan claro que iba a ser uno de los elegidos que, ahora mismo, dudo que haya sido capaz de encajar la certeza de que eso ya no va a producirse. Al menos, no este curso. Y, si somos realistas, lo más probable es que nunca lo haga.

—Venga, vamos a entrenar —nos anima el míster demostrando, una vez más, sus inexistentes dotes de empatía—. Los demás tenemos mucho que hacer.

No sé quién o quiénes le habrán arruinado el futuro inmediato a Izan, pero sí tengo claro que esta agresión es solo un paso más hacia algo mucho

peor. Que este noviembre es la puerta de entrada a un diciembre todavía más duro. Porque la rabia que veo hoy en Izan no es de las que desaparecen pronto, sino de las que se hacen densas hasta que estallan y lo contaminan todo. Y esa explosión, si alguien no lo remedia, no va a tardar en suceder.

OceanofPDF.com

Ahora

OceanofPDF.com

7

Reviso mis notas de estos meses mientras espero a Víctor. Hoy hemos quedado en un café del centro para intentar organizar nuestras ideas y buscar algo que nos pueda sacar de la confusión en que nos hallamos desde el sábado. Estamos ya a martes y, tres días después, seguimos tan perdidos, o más, que cuando supimos la noticia.

En mi cuaderno hay un par de marcas en el mismo mes: octubre. Justo en la que era mi séptima semana en el club. Ya empezaba a conocerlos, cuando tuve dos conversaciones que hicieron saltar mis alarmas. Ninguna de ellas hacía prever un asesinato, desde luego, pero sí que era evidente que se trataba de diálogos donde lo que mis interlocutores me decían era muy inferior a lo que me ocultaban. Aquellas dos charlas, sin relación aparente entre sí, tuvieron lugar a raíz de una misma fiesta. Una de esas sesiones fue con Javi. La otra, con Vera.

—¿Dónde estás? —Víctor suena muy agitado al otro lado del móvil.

—En el Central. Esperándote.

—Ha surgido algo urgente, Emma. ¿Puedes venir al club?

—Claro. Cojo el coche ahora mismo.

Cuando llego, Víctor está hablando con alguien que, por su edad, podría ser el padre de alguno de los jugadores. Aunque charlan con la mayor serenidad posible, está claro que acaba de haber un momento de tensión entre ambos.

—¿Os conocéis? —nos pregunta Víctor.

Ambos negamos con la cabeza y él se apresura a presentarnos.

—Ella es Emma, nuestra psicóloga.

—Quique me ha hablado mucho de ti —me dice mientras me tiende la mano. De repente, parece relajar un poco el gesto.

—Espero que te haya hablado bien —le respondo y le estrecho la mano.

—Bastante. —Sonríe.

—Eres su padre, ¿verdad?

—Sí. Ernesto.

—Encantada.

—Supongo que mi hijo ya habrá contado...

—Bueno, tampoco cuentan mucho, no te creas. No es fácil que se abran.

—Qué me vas a decir... Trabajo en esto.

—Eso sí que me lo ha dicho... En el Távora, ¿verdad?

—Exacto.

Les pido a Ernesto y a Víctor que me acompañen a mi despacho, convencida de que es mejor que nos reunamos en un espacio neutral, algún sitio donde ambos puedan calmar los ánimos antes de que me cuenten qué ha sucedido exactamente. Víctor intenta tomar la palabra, pero le pido que deje hablar al padre de Quique, que agradece el gesto y me explica que se han encontrado su instituto lleno de pintadas racistas. Según dice, un vecino del barrio afirma que los grafitis han sido obra de un grupo de jóvenes de entre quince y dieciocho años a los que vio salir corriendo a altas horas de la madrugada.

—¿Y por qué tenía que haber entre ellos gente de nuestro club? —Se ofende Víctor.

—Desde la denuncia de Izan...

—La policía no arrestó a nadie.

—Pero los investigaron a todos.

—¡Le destrozaron el hombro!

—Pero no hay ninguna prueba, ni una sola, de que fuera uno de mis alumnos quien lo hizo.

—Los tuyos nunca son culpables de nada, ¿no, Ernesto?

—¿De verdad tengo que explicarte que no es la primera vez que hay problemas entre nuestros chicos? Y, por cierto —añade mirándome ostentosamente a mí—, tampoco es la primera que vengo a hablarte de ello.

—¿Me estás acusando de negligencia, Ernesto? Porque, si quieres, comentamos todas las denuncias que acumuláis en vuestro centro...

—No te acuso de nada. Solo te estoy diciendo que no podemos seguir

cruzados de brazos.

—Nuestros chicos no son los únicos responsables de esto.

—Han pintado «asesinos». Por todas partes. Y en tinta roja.

—Bueno, sí, están rabiosos. Pero después de lo que ha pasado, es natural. Primero lesionaron a un compañero suyo. Y un mes después, otro aparece muerto.

—¿Y también es natural que acusen impunemente a gente de su edad?

—Te repito que mis chicos no han hecho esas pintadas.

Ernesto está a punto de perder otra vez los estribos, pero se da cuenta y modera tanto como le es posible su réplica.

—No se trata de *nuestros* o de *vuestros*, Víctor. Se trata de que tenemos que parar esta locura de una vez. Y eso no vamos a lograrlo si seguimos inventándonos bandos.

Después, saca su móvil y nos enseña las fotografías donde se ve cómo han llenado las paredes con todo tipo de insultos y exabruptos que, además, acusan directamente del asesinato a los estudiantes marroquíes de su instituto. Quizá se trate solo de una chiquillada, pero también puede ser que haber minimizado con esa misma palabra, con esa condescendiente *chiquillada*, otros desencuentros anteriores entre el alumnado de ambos centros sea parte de lo que nos ha traído hasta aquí. Puede que haya faltado rigor, o severidad, o que no tengamos ni idea de cómo frenar la violencia cuando sucede en una escala en apariencia menos nociva y, sin embargo, igualmente peligrosa. Son cosas de críos, no tiene importancia, es normal a su edad... Mi cabeza se llena de frases hechas mientras Ernesto sigue pasando fotos y se queja de la poca atención que han recibido sus peticiones y advertencias por parte del Zayas y del Stark en los últimos meses.

—El año pasado intenté reunirme contigo más de diez veces, Víctor.

—Viajo mucho. Soy un hombre ocupado.

—Los demás, también. Aunque tú no lo creas. Los demás también lo somos y lo estamos.

Las palabras de Ernesto, junto a las imágenes de su móvil, consiguen que Víctor abandone su postura defensiva y asuma que tenemos que trabajar juntos para poner fin a este problema. Un conflicto del que nos faltan datos y en el que solo tenemos un antecedente que no acaba de

convencernos: la supuesta agresión a Izan en noviembre que, según él, tuvo otro precedente en julio.

—Eso ocurrió en noviembre —protesta Ernesto—. ¿Qué tiene que ver con las pintadas?

—Tuvo que suceder algo más antes de eso —intervengo—. Algo que no sepamos.

—He hablado con la policía —nos aclara—. Said, el chico al que acusa Izan, estaba trabajando en el local de sus padres cuando se produjo la agresión.

—Podrían estar mintiendo.

—Hay testigos. Han localizado a un par de clientes. —Ya...

—¿Y han aplicado esa misma pericia a dar con la identidad de los autores de las pintadas? —pregunta Víctor cargado de sarcasmo.

—Aún no. Los grafitis los hicieron en la madrugada del domingo y hoy nos hemos pasado el día haciendo de detectives en jefatura.

—Debe de ser agotador.

—Lo es, Emma. Y lo peor es que no hemos sacado nada en claro, aunque la mayoría coincide en que tuvo que ser gente de aquí.

Nadie pronuncia su nombre, pero los tres pensamos en Izan. ¿Y si ha sido su forma de exteriorizar la rabia? ¿Habrá aprovechado el hallazgo del asesinato para ajustar cuentas con ellos? La violencia como respuesta a la violencia, un círculo perfecto que a Víctor y a mí nos hace agachar la cabeza a la vez, preguntándonos qué estamos haciendo mal o, como mínimo, qué es lo que no estamos haciendo bien. Cuesta no sentir ganas de coger todos los folletos sobre tolerancia, todas las campañas sobre respeto, todo el material pedagógico sobre convivencia y hacer con ellos una gigantesca hoguera donde dejemos claro que no ha sido bastante, porque tenemos un instituto lleno de pintadas racistas, un jugador con el hombro lesionado en una pelea y un cadáver al que le reventaron la cabeza a patadas esperando a que alguien descubra la identidad de sus asesinos. O nos faltan medios, o nos faltan recursos, o nos falta imaginación para dar con las claves de todo esto, pero hay algo en esta espiral de la barbarie que no conseguimos detener y que cada día parece hacerse un poco más fuerte ante nuestros propios ojos.

—¿Y qué quieres que hagamos, Ernesto?

—Que habléis con ellos —nos pide—. Necesitamos saber quién lo ha hecho.

—Tranquilo —le aseguro—. Así lo haremos.

Agradece mi ofrecimiento y se despide dejándonos a solas.

—¿Cambiamos ese café por una copa, Emma?

—Y por qué no...

Volvemos al Central, aunque ahora con un par de vinos, y dejo que Víctor se desahogue sin interrumpirle. Está agotado, con los ojos hundidos por culpa del insomnio y tratando de no desmoronarse a causa de la presión de la investigación y la tristeza de la pérdida. Apenas me ha hablado de sus sentimientos desde que ocurrió el asesinato, pero sé que su proceso de luto está siendo profundamente doloroso. Siente la obligación de mantenerse firme en medio de la tormenta, aunque es el primero al que afecta saber que alguien que ha sido parte de su vida durante los últimos años ha muerto de un modo cruel y absurdo. Su dolor es mudo e indeleble, como todas las heridas que nos empeñamos en disimular porque nos creemos que así ayudamos a quienes nos rodean, fingiendo la fortaleza que no tenemos, en vez de asumir que solo si nos atrevemos a rompernos, tendremos opciones de empezar a recomponernos. Víctor no hará algo así, lo conozco desde hace demasiados años como para esperar de él semejante arrebató catártico. Su concepto de liderazgo está reñido con cualquier atisbo de debilidad y el llanto, que tanto necesitaría compartir con alguien ahora mismo, forma parte de ese ámbito de lo desaconsejable.

—Son buenos chicos, ¿sabes, Emma? Excepcionales, en realidad... Se dejan la piel para llegar a todo. A las clases. A los entrenamientos. A las competiciones... Y todo esto les está afectando injustamente.

—Alguien tiene que ser responsable de lo que ha ocurrido.

—¿Y esa responsabilidad es solo suya?

—No me malinterpretes, Víctor. Lo que quiero decir es que quizá tanto paternalismo no los ayude en este momento.

—No soy paternalista, solo intento ser justo.

—Ser justo es admitir que sean quienes sean los culpables, solo están implicados una minoría. Pero esa minoría tiene que ser consciente de lo que

ha hecho y tú...

—¿Yo qué?

—Déjalo, da igual.

—Termina la frase, por favor.

Diga lo que diga, ya he conseguido justo lo que pretendía evitar: acabamos de entrar en terreno pantanoso.

—A lo mejor es solo una intuición, pero creo que los proteges demasiado.

—¿Me estás diciendo en serio que la culpa es mía?

Se acaba la copa, deja veinte euros sobre la mesa, se levanta y sale del bar sin siquiera ponerse el abrigo. Veo cómo da vueltas ofuscado delante de la puerta y prefiero dejarlo a solas para que se tome su tiempo antes de seguir conversando. Sé que, sin pretenderlo, he acertado en una de sus líneas de flotación, en ese sentimiento de culpa que lleva persiguiéndolo desde la madrugada del 9 de diciembre y que acaba de hacerse explícito a través de mi pregunta y de su silencio. No es responsable de lo que ha pasado, pero estoy convencida de que lleva preguntándose si pudo evitarlo desde que levantó el teléfono y la policía le pidió que acudiera urgentemente a la comisaría. A fin de cuentas, yo llegué hace solo tres meses y también siento esa sombra de la responsabilidad, aunque me esfuerce por alejarla para que no se sume a los remordimientos que, antes de unirme al club, ya arrastraba conmigo. Sé que podía haber sido algo más sutil, mucho menos directa, pero empiezo a cansarme de tantos circunloquios que, al final, no conducen más que a un falso *statu quo* en que la tempestad siempre se halla oculta bajo la superficie. Quizá si verbalizamos lo que realmente nos ocurre, podamos evitar el horror antes de que suceda, en vez de seguir refugiados en esa burbuja edulcorada donde solo decimos lo que queremos escuchar y que tan escasa relación guarda con lo que en verdad está pasando.

Víctor sigue fuera, hablando por el móvil. No sé si es una llamada real o si está fingiendo una conversación con alguien para mantenerse lejos de mí durante unos minutos. Cuando vuelva le pediré perdón, no por haber dicho lo que realmente pienso, sino porque también he sido parte de esa sobreprotección. Y de ese silencio. No le conté lo que pasó con Vera en

octubre. Ni lo que vi cuando hablé con Javi esa misma semana. En ambos casos decidí que era importante no precipitarse hasta dar con el fondo del problema. Quizá tendría que haber traicionado ese silencio y haberme sincerado con Víctor, que los conoce desde hace más tiempo que yo. Puede que me hubiese revelado algo necesario para acelerar el proceso, algo que me hubiese permitido conocerlos mejor a todos. A Izan, a Pau, a Alicia, a Asier, a Javi, a Marta, a Vera, a Quique...

Y no sé si todo está relacionado. Si las pintadas que supuestamente han hecho nuestros chicos son consecuencia de la agresión a Izan. Ni si esa agresión fue el detonante o, al menos, uno de ellos, del asesinato. No sé si son solo hechos que coinciden en el tiempo pero que no guardan relación alguna entre sí. Lo que sí sé es que sobre la conciencia de Víctor y la mía pesa el nombre de un cadáver y que investigar el porqué de su muerte es casi tan doloroso como afrontar las limitaciones de nuestros respectivos trabajos, dos oficios en los que siempre pusimos todas nuestras esperanzas sociales y que, en momentos así, se revelan, cuando menos, insuficientes.

En cuanto Víctor entre, me digo, buscaré el modo de que se serene, y no solo para que me perdone por mi afirmación, sino porque necesito que siga creyendo en lo que hace. Intentaré hacerle ver que sin su club, sin su lucha frente a esas administraciones que no tienen nunca dinero para el deporte de base, ni para la cultura de base, ni para la vida de base, sin todo lo que ha hecho en estos años, seguramente también habría habido aún menos opciones para estos chicos y, quizá, habría sucedido algo más grave que las pintadas que hoy denunciaba Ernesto. Lo más duro de trabajar para prevenir la violencia es que solo tenemos noticia de las veces en que estalla, no de todas aquellas en que conseguimos evitarla.

—Lo siento —se disculpa—. Prefería salir y tomar el aire antes que soltarte a ti toda la mierda que se me pasa ahora mismo por la cabeza... Están siendo días duros.

—Puedes hablarlo conmigo, si quieres.

—Y eso estamos haciendo, ¿no?

—De lo que les está pasando a los demás, sí. De lo que te pasa a ti, no.

—Eso ahora es lo que menos importa.

—Al revés. Te necesitan mucho, Víctor. Y tú eres consciente de eso.

Pero no puedes ser el líder que buscan si no te permites romperte antes.

—No me psicoanalices, Emma.

—No lo hago.

Guarda silencio y, por unos segundos, creo que se va a abrir conmigo.

—Deberíamos irnos.

Falsa alarma. Levanta la mano para que nos traigan la cuenta y, cuando llega a nuestra mesa el camarero, me adelanto para ser yo quien le pida un par de copas más.

—No es buena idea, Emma.

—Seguramente no. Pero no podemos irnos todavía. —¿Por?

—Porque hay un par de cosas que quiero contarte.

—¿Cosas que voy a querer saber?

—Probablemente no, pero quizá nos ayuden a completar algunos de los huecos de esta historia.

—Hablas de esto como si fuera el argumento de una novela.

—Ojalá lo fuera... Así no nos dolería tanto.

—¿Y qué se supone que tienes que contarme?

—Un par de notas de las que tomé en octubre. A lo mejor ninguna de ellas significa nada, pero prefiero que lo hablemos antes de llamar a Andrea.

—No te confíes, Emma. A ella no le interesa dar con la verdad tanto como crees. Lo que les importa es cerrar este caso pronto. No deben de tener una estadística de logros especialmente exitosa en esa comisaría...

—A mí me gusta.

—Porque es mujer.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada.

—A veces me cuesta reconocerte.

—No exageres.

—Hace años no habrías dicho algo tan burdo.

—Hace años tú no habrías dudado de mi palabra.

—Y no lo hago. Solo digo que Andrea hace bien su trabajo.

—Ya.

Respiro hondo y decido dar por terminada la conversación antes de que

su zafia acusación me haga perder las formas.

—¿Y entonces qué, Emma? ¿Me cuentas o no me cuentas lo que pasó en octubre?

OceanofPDF.com

8

Ahora puedo ofrecer muchos motivos para no haberlo contado antes, pero todos ellos serían excusas. Lo único cierto es que minimicé situaciones ante las que debí reaccionar de otro modo y, sobre todo, que antepuse mi propio orgullo a dos circunstancias que me parecieron, o así quise verlas, irrelevantes.

La fiesta del 20 de octubre fue idea mía. Un modo de conseguir recaudar algo de dinero para el equipo y, de paso, favorecer un clima más distendido al inicio de la temporada. Se lo propuse a Víctor a la semana de incorporarme al Stark y él se mostró reticente desde el primer momento.

—Habrá que pedir permisos, Emma. En la concejalía no les va a gustar, tendremos que asegurarnos de que nadie meta alcohol en la fiesta ni, mucho menos, algo más fuerte...

Desmonté sus miedos con mi disposición a colaborar y empleé, para convencerlo de que no pasaría nada fuera de lo normal, el mismo argumento que él usaba a menudo para hablar de sus chicos: son gente excepcional, ninguno va a hacer nada que ponga al club en una situación delicada.

Saray me ayudó en la comunicación del evento sin demasiado entusiasmo. En parte, porque aquí apenas le pagan por su trabajo, así que dedica casi todo su tiempo a acabar la carrera de Comunicación y a colaborar como *community manager* de una pequeña sala teatral, y, en parte, porque desde que llegué aquí decidió que no íbamos a llevarnos bien. Su política con respecto al club se basa en dos únicos principios: evitar riesgos y ahorrar esfuerzos, lo que conlleva mantenerse lejos de situaciones potencialmente complicadas, como la fiesta que, gracias a mí, Víctor había decidido que daríamos el viernes 20.

Hubo un intenso debate sobre quiénes debían ser los invitados. ¿Una fiesta para todas las edades: infantiles, alevines, juveniles...? ¿Padres e hijos apoyando al club? Hernán no parecía estar muy a favor de esa posibilidad y alegó que ya tenía bastante con las injerencias paternas en los partidos como para soportar en su tiempo libre más conversaciones sobre si sacaba o no sacaba mucho al hijo de no sé quién.

—Si no los trataran como bebés —sentenció y dio su voto a una fiesta solo para los jugadores y sus amigos—. Les cobramos una entrada, no sé, cinco o diez euros y listo.

—No te pases.

—¿Diez euros te parece mucho, Emma?

—Para algunos de estos chavales, sí.

—¿Has visto el chalé de los padres de Pau? ¿O el residencial hiperpijo en el que vive Izan?

—Ellos son la excepción, Hernán. Y tú lo sabes.

—¿Te has fijado en los móviles del resto? Son todos de última generación.

—No nos hagas demagogia, anda —lo interrumpió Esther—. Que no te pega.

—¿Demagogia? Qué rápido usáis la palabrita cuando no os gusta algo.

La discusión sobre el precio se alargó más de lo necesario y nos llevó de regreso al punto de partida: decidir si sería una fiesta solo para adolescentes —parecía claro que solo se convocaría a los cadetes y a los juveniles— o también para familiares y patrocinadores.

—Lo segundo requiere una inversión mayor. —Víctor no tardó en retractarse, por motivos eminentemente pragmáticos, de la que había sido su primera opción—. Podemos hacer algo más sencillo y sacar algo de dinero que revierta en los propios jugadores. Pero para una invitación más formal, ahora mismo, no tenemos fondos.

No había mucho más que añadir, así que comenzamos a diseñar el evento a la medida de las posibilidades reales del club y decidimos que iría destinado solo a las categorías de catorce años en adelante. Se celebraría en el propio gimnasio, contaríamos con proveedores amigos, estaría terminantemente prohibido servir cualquier tipo de alcohol y se cobraría a

los chicos una entrada que, además de permitirnos afrontar los gastos, dejase algo de beneficio. Fijamos un cupo razonable de asistentes de acuerdo con las normas de seguridad de las instalaciones y avisamos a los chicos de que podían invitar a quien quisieran. En realidad, aspirábamos a que viniesen con todos los amigos que fuesen capaces de convencer: de su instituto, de su vecindario, de su familia... Todo servía si permitía aumentar la recaudación, siempre que sus invitados pagaran la entrada y, al menos un día antes, nos facilitaran sus nombres.

—¿Que os demos sus nombres? —protestó Alicia—. ¿Pero de qué vais? Cada día sois más fascistas, en serio.

Ella fue la primera en quejarse oficialmente a Víctor, pero después la imitaron muchos más. Les parecía «inaceptable» y «fascista» que les pidiéramos los datos de los invitados a la fiesta, y a mí, lo confieso, casi llegaron a convencerme de que tenían razón. Ahí podría culpar a Víctor por no haberme hablado aún de los problemas que había entre los dos institutos de la zona, porque a lo mejor así me habría dado cuenta de que ese control era necesario. También podría culparme a mí, claro, por no haber sido capaz de obtener esa información en mi primer mes de trabajo, pero estaba demasiado ocupada conociéndolos a nivel individual como para sacar conclusiones que afectaban a la dinámica de todo el club.

La fiesta salió razonablemente bien. Esther trajo a un amigo suyo DJ al que consiguió convencer para que nos cobrara una cantidad ridícula por su trabajo y, con más protestas —en este caso, de los chicos—, le pedimos que evitara, en lo posible, las canciones «especialmente» sexistas. El adverbio lo empleó Esther para matizar nuestra propuesta, que había nacido de mi interés por las cuestiones de género (deformación profesional, supongo) y de la voluntad de Saray de acallar los rumores de machismo que habían cundido en el club tras la decisión de los vestuarios. Las chicas acogieron la medida como un (triste) premio de consolación (aquellas canciones les gustaban tanto o más que a sus compañeros) y los chicos armaron algo de gresca envalentonados por sus padres, quienes incluso llegaron a perder algunos minutos de su valioso tiempo en escribir y firmar un sesudo documento quejándose de la «música panfletaria» —así la llamaron— seleccionada para la fiesta del club deportivo de sus hijos. Víctor tramitó la

queja y gastó otros tantos minutos en responderla, de modo que la cuestión de si iban a sonar Maluma o Shakira se convirtió en una decisión trascendental que por lo visto había puesto en tela de juicio la virilidad de todos los miembros del club (y de sus padres). No parecía un buen inicio para el evento, pero las ganas de que saliera bien eran superiores a las reticencias que, según tuiteó algún padre en redes, «habíamos provocado las feminazis» e intentamos olvidarnos de aquello —retuits furibundos aparte— para centrarnos en que la fiesta fuese un éxito.

Al final, se sacaron casi cuatro mil euros, una cantidad modesta pero que ayudaría a afrontar con cierta dignidad el primer trimestre, y se reforzó, o eso creíamos, la sensación de pertenencia al club, que era el objetivo que más interesaba a Víctor y a sus entrenadores. A lo mejor, ahora habría que cuestionarse si ese sentimiento no suponía, a la vez, acentuar el de rechazo a quien no formara parte del mismo círculo. Quizá tendríamos que preguntarnos si intensificando las raíces no estábamos favoreciendo también el aislamiento y, por tanto, la segregación. «Solo fue una fiesta», diría Víctor. Y Hernán y Borja, cómo no, lo secundarían. También Saray. Solo Esther, en quien —en medio de mi soledad profesional— he hallado una tímida afinidad estos meses, dudaría conmigo, aunque intentaría convencerme de que convierto todas las sombras en monstruos. Pero las sombras nunca se transforman en monstruos, ya lo son, y solo la distancia nos impide definir su rostro.

Aquella noche, ante mí, hubo dos sombras.

Dos siluetas diferentes que reconocí en dos momentos muy distintos y que anoté en mi cuaderno de trabajo nada más llegar a casa. «Tengo que hablar con ellos», me dije, pero pensé que habría tiempo más adelante para, en medio de alguna conversación casual, remontarnos a la noche de la fiesta y preguntarles por lo que había visto en ella. No creí que fuera necesario apresurar mis preguntas ni hacerles sentir más incómodos de lo que ya se encontraban cuando tenían que desnudar sus emociones ante mí, que aún era una extraña para ellos, en cada una de nuestras sesiones. No podía prever que el tiempo se acabaría, a golpes, mes y medio después.

La primera sombra fue un espejismo.

Ella, a quien al principio no pude identificar, estaba escondida en el

baño y yo la descubrí por casualidad, en un momento en que necesitaba refrescarme y echarme algo de agua en la cara debido al calor que hacía en aquella fiesta con tantos jóvenes, tantas hormonas y tan deficiente ventilación. En cuanto me vio, se encerró en uno de los retretes, pero en la décima de segundo que tardó en hacerlo, pude vislumbrar su silueta y me pareció que llevaba consigo una diminuta botella de alcohol en una mano y un vaso de plástico con limonada en la otra. Esperé en el lavabo, fingiendo arreglarme el pelo y con la mirada fija en el espejo, hasta que ella se cansó de esperar a que me fuese y abrió la puerta dispuesta a ocupar el puesto contiguo al mío. Ya no había ni rastro de la botella que yo había creído ver, tampoco del vaso, y me resultaba profundamente violento registrarla (además, ¿qué autoridad tenía para ello?) en busca de algo que quizá me había inventado.

—¿Todo bien, Vera?

Me miró a los ojos. Estudiándome. Se preguntaba qué tipo de interlocutora tenía ante sí. Su labio inferior se movió apenas, como si hubiera algo que estuviera a punto de decir y que, sin embargo, su instinto frenó antes.

—Claro.

—Pareces cansada.

—Estamos entrenando mucho estos días.

Alicia acudió en su rescate y la alejó de mí antes de que pudiéramos cruzar una sola palabra más. Pude haberle contado algo a Borja, su entrenador. O incluso a Víctor. Pero me parecía injusto extender un rumor que podría afectar gravemente a su imagen en el equipo cuando ni siquiera estaba segura de lo que había visto. Era preciso que hablase antes con Vera y le pidiese explicaciones, así que la semana siguiente la invité a que se pasara por mi despacho para tener una sesión juntas, pero ella insistió en que estaba muy agobiada con los exámenes y le era imposible hablar conmigo. La asistencia al *coach training*, que fue como Saray se empeñó en llamar (ridículamente) a mis sesiones de terapia para que «sonasen menos invasivas», era voluntaria, así que tampoco podía obligar a Vera a que viniese a verme. La excusa se repitió durante unas cuantas semanas más hasta que el mismo 5 de diciembre, justo antes del puente, me preguntó que

si podía hablar conmigo. Ese día era imposible, así que la convoqué para nuestro regreso, el lunes 11, en una sesión que, tras el asesinato de la madrugada del sábado 9, ya nunca se produjo.

¿Por qué no fui más estricta con ella? ¿Por qué fingí creerme todas sus excusas y acepté que pospusiera nuestra cita una y otra vez? Apliqué mi política de dejar que sea el paciente quien busca mi ayuda en vez de forzarla cuando creo que va a ser rechazada, me justifico (¿me perdono?), porque ese es el único modo en que ese auxilio puede servir realmente de algo. «Cualquier otro profesional habría hecho lo mismo en mi lugar», me digo. Me repito todas esas respuestas con la misma asiduidad con la que me hago sus correspondientes preguntas, aunque mis contestaciones cada vez me resulten más débiles y los interrogantes, más hirientes.

«Responsable, con madera de líder, muy madura, buena compañera, con sentido del deber y del equipo».

Esas fueron mis primeras notas sobre Vera tras nuestra primera reunión, así que quizá sí tenía que haber buscado aquella botella, y haber insistido en que viniese a verme, y haber interpretado aquella sombra como el monstruo que la provocaba, un demonio que aún no he descifrado y que me pregunto si tiene algo que ver con lo que ocurriría el 9 de diciembre.

La segunda sombra, sin embargo, fue una ausencia.

No hubo nadie que faltara a la fiesta y casi todos los jugadores y sus amigos se quedaron hasta el final. El ambiente resultó especialmente distendido y no hubo nada que desentonase a pesar de la euforia que cundía entre los asistentes conforme avanzaba la noche. Solo alguien se fue mucho antes que el resto. Una sombra masculina a la que, esta vez, identifiqué sin ninguna dificultad.

Era Javi.

Fui tras él para preguntarle por qué se marchaba tan pronto. A fin de cuentas, había sido uno de los primeros jugadores con los que había hablado y, a pesar de su actitud distante, sabía que no le había caído tan mal como se había esforzado en demostrarme. Me extrañaba que se fuese cuando aquello acababa de empezar y sus mejores amigos —Pau e Izan— seguían allí. Sin embargo, justo antes de darle alcance, alguien más se me adelantó.

—¿Pero por qué te vas? —le preguntó Asier, muy molesto.

—Porque sí.

—Venga, tío, no jodas.

—Aparta.

Ante la negativa de Asier, Javi se acercó a él y lo apartó de un manotazo con el que consiguió abrirse paso. Asier, furioso, empujó a Javi mientras este seguía caminando y estuvo a punto de tirarlo al suelo. Este se detuvo y, en vez de volverse y continuar con la escalada de violencia, aceleró el paso y se alejó de allí sin decir una palabra más. Asier tampoco lo hizo. Ninguno de los dos me vio y ambos fingieron no recordar ese momento cuando les hablé de él en nuestras posteriores sesiones.

Javi se limitó a contarme que se había ido antes de la fiesta porque estaba cansado, y Asier afirmaba que lo que yo creía que había sido un empujón agresivo no era más que un gesto entre colegas. Como, a menudo, me cuesta diferenciar los límites entre la camaradería masculina, con sus rituales *cuasigorilescos*, y la violencia pura y dura, opté por no seguir insistiendo en ese tema y, a cambio, prestar toda la atención posible a las relaciones entre los jugadores del equipo, por si se repetían incidentes similares y, sobre todo, por si se habían formado dos bandos entre ellos: el más compacto, formado por Pau, Javi, Alicia e Izan, con este último como líder indiscutible, y otro mucho menos cohesionado, al que pertenecerían Quique, Vera y Asier.

En el mes y medio que transcurrió entre la fiesta y el asesinato no hubo ningún otro nuevo episodio de violencia entre ellos, más allá de la agresión a Izan que él atribuyó a los alumnos del instituto rival. Ahora me pregunto si aquella segunda sombra tiene algo que ver con todo esto. Porque quizá los bandos no se hallaban fuera del club, sino dentro de él, cerrando aún más esos angostos círculos de pertenencia con los que nosotros creíamos darles unas señas de identidad y que solo han contribuido a que reduzcan, hasta límites insoportables, el horizonte y las fronteras de su mundo.

9

—Me lo tenías que haber contado, Emma.

—¿Y te lo habrías tomado en serio, Víctor? —me defiendo—. ¿O los habrías disculpado, como haces siempre?

—No me manipules. Ya sé que se te da bien hacerlo. Pero hoy no, por favor.

Intenta disimular su rabia, pero le resulta casi imposible. Siente que, de algún modo, he traicionado su confianza al no haberle informado antes de dos momentos que, si no hubiera ocurrido un asesinato, seguirían pareciéndonos irrelevantes. Me esfuerzo por hacerle entender que no me pareció oportuno contárselo, que no eran más que impresiones que podían haber sido manipuladas por mi propio sentido de la percepción y que, siendo justos, cualquiera en mi lugar habría dudado de qué hacer en una situación semejante, pues hablar de esos dos hechos suponía otorgar una relevancia inmediata a algo que, quizá, no la tuviera.

—Excusas —me corta—. Estás llena de excusas, Emma.

En mi cabeza, por un segundo, se cruza el fatídico «y lo sabes» que nos ha perseguido en forma de meme estos años y hasta siento las ganas de soltar una carcajada inoportuna. Porque no sería correcto reírme en medio de una conversación como esta, ni delante de alguien tan enfadado como lo está Víctor ahora mismo. No sería esperable, y puede que ni siquiera fuera cortés, pero siento que sí sería muy necesario. Estaría bien reírnos de nosotros mismos, de este ejercicio de intentar adivinar qué motivó el horror de un crimen a partir de piezas tan minúsculas como dos momentos aparentemente insignificantes en medio de una fiesta. Sería bueno reírnos de nuestra arrogancia, de creernos capaces de adivinar los hechos como si la realidad fuera previsible y lineal, como si todo se escribiera siguiendo un

guion en el que basta con la intervención de unos cuantos actores para cambiar el curso de los acontecimientos. No lo hago, pero soltaría esa carcajada para dejar claro que no podemos preverlo todo y, menos aún, evitarlo, que estaría bien asumir la impotencia y a lo mejor así, cuando tengamos claro que solo somos gente que intenta hacer las cosas bien, podremos aliviar también la rabia que nos provoca no lograrlo.

—¿Podría haber algo más?

—¿A qué te refieres, Víctor?

—Solo me pregunto si es posible que se te hayan escapado otras situaciones similares.

—No se me ha escapado nada —lo corrijo—. Simplemente, no me pareció tan trascendente como tú estás intentando que lo sea ahora. Y a ti, si hubieras estado en mi lugar, tampoco te lo habría parecido.

—¿Y no será que...?

—¿Qué?

—Déjalo.

—Sigue. ¿Qué me ibas a decir?

—Que a lo mejor dudaste de lo que viste porque sigues afectada después de...

—No mezcles temas.

—Pero puede haber una relación.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo, Víctor.

—Lo único que sé es que te contraté para que me alertaras de situaciones como esas.

Me contrató.

Me llamó.

Me eligió.

Ahora no solo se ha erigido en mi salvador, sino también y, sobre todo, en mi jefe. Y desde su posición de superioridad, desde esa verticalidad que le da su cargo, me pide cuentas por lo que él considera una gravísima falta de profesionalidad.

Intento mantenerme serena, evitar que su acusación me afecte, pero una vez que ha estallado la tormenta resulta difícil volver a la calma, así que nuestro diálogo se vuelve más y más dañino. Víctor hilvana argumentos que

ponen en entredicho mi profesionalidad, al tiempo que ensalza los esfuerzos que tuvo que hacer para que el club aprobara mi contratación. Intenta hacerme sentir culpable por esa doble vía y, poco a poco, consigue quebrar mi ya de por sí vulnerable autoestima, al subrayar tanto lo que no he hecho como lo que él supuestamente sí hizo para traerme aquí. Al final, la mezcla de ambas líneas argumentales logra acabar con mis pocas y mal pertrechadas resistencias, hasta que me rindo, asumo mi omisión y mi incompetencia, y empiezo a disculparme por algo que, a pesar de lo que expresan mis palabras, me niego a creer como cierto.

—¿Le has contado algo de todo esto a la inspectora?

—No, prefería hablarlo antes contigo, Víctor.

—Ya... Pues deberías hacerlo.

—¿Me estás dando un consejo o una orden?

—Solo digo que es algo que debes hacer.

Deja en mí la responsabilidad de hablar (o no) con Andrea y ambos nos despedimos con la sensación de haber cruzado una línea que no habíamos atravesado antes. Nuestras diferencias siempre se habían resuelto con facilidad, pero toda esa confianza se ve ahora amenazada por las injerencias del ámbito laboral. Lo que no hice, lo que pude haber hecho, lo que debería hacer... Entro en mi apartamento con la cabeza llena de imperativos éticos y de interrogantes morales que me dejan escaso margen para ordenar las ideas y tratar de relacionar los hechos que hoy he compartido con Víctor con el crimen que ocurriría después. Y con los enfrentamientos con la gente del Távora que sabemos que también tuvieron lugar. Podría buscar conexiones y puntos de unión entre esos hechos aparentemente aislados si no se repitiera en mí la misma palabra una y otra vez, si no se me hubiera grabado a fuego *ese excusas* que Víctor ha lanzado contra mí sin darse cuenta del daño real que solo un sustantivo sería capaz de hacerme. Por eso el lenguaje importa tanto, porque la única realidad que existe es la que elegimos crear con las palabras que decimos y los silencios que guardamos.

«Lo siento, Emma. Creo que me ha podido la presión... Mañana hablamos».

Agradezco su *wasap* y le respondo que no se preocupe con un emoticono sonriente y un par de besos. En realidad, solo los utilizo para

ocultar con ellos la sequedad con la que pronuncio mentalmente esas palabras mientras las tecleo en la pantalla de mi móvil. Resulta práctico tener la oportunidad de colorear lo que decimos con dibujos infantiles que esconden, con demasiada frecuencia, la verdadera intención de nuestras palabras. Porque, en lugar de esa sonrisa y de esos corazones ridículos, me habría gustado escribirle a Víctor que me parece injusto que me culpe por mi silencio en medio de una espiral de violencia de la que solo soy una reciente testigo. Y que no es quién para poner en tela de juicio mi capacidad profesional, ni para relacionar lo que hago o lo que dejo de hacer con algo tan terrible como lo que me pasó antes de que él me llamara. Y, más aún, que si decidió contratarme, debió haberlo hecho por creer en mi trabajo y en mi experiencia, y no con un afán de salvación que nadie —y mucho menos yo— le había pedido. Pero todo eso sería demasiado duro en una cadena de *wasaps*, y se volvería casi dramático en un *e-mail*, y se haría difícil de expresar en una conversación cara a cara, así que me lo guardo en ese lugar en el que callamos las conversaciones importantes, esa guarida de los verbos no dichos donde dejamos que crezcan los silencios que nos distancian de la gente que nos importa, por miedo a que, si escuchan lo que realmente necesitamos decir, dejen de querernos.

Pongo en silencio el móvil, le doy la vuelta para asegurarme de que no veo ni una sola de sus alertas y me siento, rodeada de mis notas, en la cama. Hoy es inútil intentar conciliar el sueño, así que me traigo aquí el trabajo para que, al menos, el insomnio resulte mínimamente productivo. Y lo sería si, esta noche, cada página que dispongo sobre el edredón en este macabro mural improvisado no me devolviera a las imágenes de aquel febrero. De ese 2015 que lo cambió todo.

Aquella otra llamada de teléfono. Aquellos hechos que, según Víctor, tienen la culpa de que ahora me cueste tanto actuar, porque de algún modo sigo paralizada por el horror en el que me vi envuelta entonces. Intento alejar esos fantasmas rellenando datos en las fichas de los jugadores del club, pero hoy se han instalado con fuerza en mi conciencia y me cuesta discernir si la frustración que ahora mismo siento es mi respuesta a las acusaciones de Víctor o la reacción al haberlas interiorizado hasta hacerlas mías. Quizá él tiene razón. Quizá mi competencia profesional se ha visto

comprometida estos meses a causa de lo que, en aquel febrero, viví como un fracaso especialmente doloroso del que aún no he conseguido desprenderme. Un golpe de realidad que provocó mi marcha del punto de violencia tan pronto como supe que podrían sustituirme, pues sentía que debía dejar mi lugar a quien no estuviera impregnado de la brutalidad que sí me había contaminado a mí.

A Víctor no le he contado la historia completa. Solo sabe lo que salió en prensa. Lo poco que yo le describí cuando me llamó después de que empezaran a aparecer los artículos que, desde un sensacionalismo infame y nada constructivo, les dedicaron a Rebeca y a Miguel. Ella había llegado a mí llena de miedo y dudas, pero eso era algo a lo que yo estaba acostumbrada. No era la primera vez que una mujer empezaba a relatarme su historia negando el maltrato y convirtiéndolo en una sucesión de episodios aislados de violencia que, en realidad, «no habían sido tan graves». Rebeca había asumido el discurso de su marido y, en cierto modo, se arrepentía de haberlo denunciado. «Va a cambiar, me lo ha dicho, yo sé que nos quiere». Empleaba el pronombre plural con frecuencia, incluyendo en él a su hijo, Miguel, un pequeño de cuatro años.

Fue un proceso lento, porque el trabajo que hacíamos con ella en el punto no tenía apoyos fuera, ya que en su entorno familiar solo encontraba un discurso que la revictimizaba inexorablemente. «Estás exagerando, Rebeca», «Solo atravesáis un mal momento, hija», «Lo has sacado todo de contexto». La espera del juicio se prolongaba y, entretanto, ni su familia ni mucho menos la de su marido aprobaban su decisión. Tampoco ayudaba su excedencia, que había solicitado un par de años atrás para ocuparse del crío y que ahora la condenaba a una dependencia económica que, por suerte, pudo sortear gracias al apoyo de sus amigas. Se instaló en casa de una de ellas y con la orden de alejamiento del juez comenzó el periodo del miedo.

Tras la sentencia, se suponía que era él quien debía mantener las distancias, pero en la práctica era Rebeca la que restringía sus salidas y sus horarios, la que evitaba ciertos sitios, la que sentía que la pesadilla podía volver a empezar en cualquier instante. En ella, el pánico convivía con la culpa, con las dudas de si estaba haciendo o no lo correcto, de hasta qué punto no tenían razón los familiares que insistían en que había sacado de

contexto «episodios domésticos desafortunados». Las entregas del niño los fines de semana se convirtieron en un momento especialmente delicado y, en cada sesión, sentía que me costaba más convencer a Rebeca de que se mantuviera firme en sus decisiones. «A lo mejor lo he magnificado todo», empezó a decir, «él está arrepentido, veo que está arrepentido, Emma». Y cuanto más repetía aquellas frases, más se desvanecían los límites entre lo que era violencia y lo que no lo era. El lenguaje, siempre es el lenguaje, la herramienta más poderosa para maquillar la realidad de la que huimos y convertirla en aquella a la que queríamos escapar.

Las terapias se convirtieron en clases de semántica, donde nunca nos poníamos de acuerdo en las acciones y sus significados. Según le habían dicho en su entorno, agarrar las muñecas no era violencia. Zarandear sus brazos no era violencia. Interrumpirla bruscamente no era violencia. Todo era temperamento, carácter o disputa, como en cualquier pareja. «Lo normal». Todo eran fantasmas que ella había dibujado en su cabeza y que «las extremistas del punto», como nos llamaba su madre, nos encargábamos de convertir en monstruos reales, incendiando su realidad con nuestro odio y nuestro resentimiento.

«Porque tú no tienes pareja, tú no tienes hijos, tú no te puedes poner en mi piel, tú no eres yo, Emma». Quizá le tenía que haber dicho la verdad: que mi soledad era elegida, que nunca he creído que mi naturaleza sea vivir en pareja, que quienes llegaron a mi vida se fueron porque ni ellas ni yo encontramos hueco para construir un proyecto juntas, pero ni quería hacerla partícipe de mi intimidad, ni creía que explicarle mi modelo vital pudiera ayudarla en sus circunstancias. A lo mejor eso hizo que la distancia entre ambas se agrandara y solo sus amigas me daban la razón mientras Rebeca se cuestionaba a sí misma y a mí me resultaba cada vez más complejo hallar cauces para que reconstruyese su autoestima.

Faltó tiempo. O faltaron los medios. O faltaron ideas. He vuelto tantas veces a todas y cada una de aquellas entrevistas que sigo creyendo que aún puedo evitar ese encuentro, ese día en el que me dijo con una mezcla de esperanza y de angustia que iban a pasar una tarde juntos, por el niño, por Miguel, porque el pequeño se lo había pedido y ella creía que eso podría ser el principio de un acercamiento, incluso de un perdón, porque a ese hijo

iban a tener que seguir educándolo ambos y, en realidad, la denuncia solo la puso porque ese día no podía más, porque estaba nerviosa, pero hasta entonces nunca había sucedido nada tan grave, ni había habido policías, ni partes de lesiones ni nada de lo que sí hay cuando, así lo llamó, sucede «un maltrato real». No conseguí que cambiara de planes y pensé —maldita sea, sí, lo pensé, confieso que llegué a pensarlo— que quizá aquella era una buena idea...

A pesar de su reticencia, sí que habíamos avanzado algo y ahora Rebeca estaba lista para identificar el maltrato desde una visión menos reduccionista, su capacidad para analizar la violencia era más sólida y eso, me dije, le iba a permitir reconocer cualquier agresión que pudiera tener lugar en ese reencuentro familiar. Un insulto, un empujón, otro zarandeo más, cualquier reacción esperable en él tendría una lectura completamente distinta en ella, a fin de cuentas, yo la había preparado para ello, así que aquella tarde podía ser el inicio necesario para que confrontase su situación desde el realismo y la lucidez que su entorno estaba emborronando. Le insistí, eso sí, en que no fuera sola y pidiera a la amiga que la alojaba en su casa que, por favor, la acompañara. Ella asintió pero, convencida de que el reencuentro solo funcionaría si había intimidad, no lo hizo.

El tiempo, lejos de ayudarme a asimilarlo, solo ha agravado mis dudas sobre lo que realmente sucedió. Y en las noches —demasiadas— en que no consigo conciliar el sueño, me pregunto cuál es mi parte de culpa en todo aquello y si, de alguna manera, pude haberlo impedido. Víctor solo conoce el desenlace. Ni siquiera a él le he dejado ver hasta qué punto me rompió esa otra llamada, tan similar a la que recibía este 10 de diciembre, con la voz de aquel inspector que me informaba del doble asesinato que acababa de tener lugar en un domicilio del centro de Santander.

Un menor de cuatro años apuñalado en presencia de su madre, asesinada con la misma arma tan solo unos segundos después. El autor de los hechos, siguió la voz al otro lado del teléfono mientras yo ahogaba un grito, se había quitado la vida tras cometer los dos crímenes. La madre se llamaba Rebeca. Y su hijo, Miguel.

Lo que siguió lo recuerdo con las mismas lagunas e incoherencias con las que podría relatar cualquiera de mis pesadillas, entre retazos de

imágenes donde apenas consigo verme porque todo lo que me rodea se vuelve oscuro, confuso, desenfocado. Nada hay en mi memoria de ese mes de febrero que no haya quedado distorsionado por el dolor y por la rabia, por la impotencia de haber sido incapaz de impedirlo y las dudas de cómo hubiera podido hacerlo. El ERE, que meses atrás me habría enfurecido, se convirtió en la única salida digna posible de aquel pozo en el que me sentía caer, inerme y agotada, dispuesta a dejarme abatir por mis demonios y a asumir todos los remordimientos que se habían adueñado de mi conciencia desde el día en que ocurrió el doble homicidio. Si tuviéramos más recursos, si esa violencia no fuera sistémica... Conozco bien los argumentos (al menos, los generales) y soy capaz de enumerarlos todos en un ineficaz desfile de explicaciones con las que no consigo aplacar mi angustia. Por eso el sí a Víctor era tan delicado, porque era un sí a huir del lugar donde se había quebrado la confianza en mí misma y, a la vez, un sí a retomar mi actividad aun sabiendo que no estaba todavía al cien por cien de mis capacidades. Y es en esa zona gris donde esta noche han horadado mi confianza las palabras de Víctor, justo en ese lugar donde albergo mi inseguridad, mis miedos, mi sensación de que hay derrotas que jamás se alejan de nuestra piel, igual que hay cicatrices que siempre nos seguirán doliendo.

Lo que no esperaba era que mi intento de acallar el dolor de dos muertes acabaría sumándose a la obsesión por no haber sido capaz de prever otra. Y que la tercera tendría la mirada, sedienta de futuro, de un chico de diecisiete años.

10

Intento calmarme, pero aún me tiemblan la voz y las manos.

Ahora mismo me duele todo el cuerpo, ya no sé si por la agresión o por el miedo. La enfermera insiste en que, por suerte, no tengo nada más que algún rasguño y me ofrece algo de agua, mientras Andrea espera a que me serene para proseguir con sus preguntas:

—¿Has visto quién ha sido?

Niego con la cabeza.

—Deberían dejarla descansar —le advierte la enfermera.

—No pasa nada. Estoy bien —respondo con el deseo de acabar con todo esto cuanto antes.

—¿No has podido ver su rostro, Emma?

Vuelvo a contestar que no y bebo un poco para humedecer mis labios antes de continuar hablando. Aún puedo imaginarlo como si estuviera junto a mí. Aún siento su cuerpo, el de ese individuo sin identidad, inmovilizando el mío, empujándome contra mi coche mientras retorció mi brazo y acercaba su boca a mi oreja.

—¿Ha dicho algo?

—No.

—¿Ni una palabra?

Cuando se ha echado sobre mí, sí he llegado a creer que lo iba a hacer, pero solo quería asustarme todavía más, aterrorizarme al obligarme a imaginar todo el daño que, si hubiera querido, podría haberme infligido en ese mismo instante. No había nadie allí, en el descampado donde suelo aparcar mi coche y, a esas horas, era difícil que pasara alguien, así que mi agresor tenía el tiempo y la ocasión necesarios para amedrentarme.

—¿Ha intentado robarte? ¿Te ha quitado algo de valor?

Sé que Andrea quiere preguntarme por algo mucho más concreto, pero prefiere comenzar por la posibilidad de que haya sido un atraco antes de llegar a las preguntas que tienen que ver con mi integridad sexual y física. Aclaro ese punto antes de que llegue a mencionarlo, lo zanco con un rotundo no —por suerte, el atacante no pretendía abusar de mí— y trato de describirle, con la escasa precisión de la que ahora mismo soy capaz, qué es lo que ha sucedido.

—Tómate tu tiempo —me anima Andrea—. Lo importante es que no olvides ningún detalle que pueda ayudarnos a identificarlo.

Me esfuerzo por ser ordenada y comienzo por el mismo momento en que acababa de abrir la puerta de mi coche. Justo entonces he notado que había alguien, a quien no había visto llegar, detrás de mí. Debía de medir poco más de metro ochenta y pesar unos ochenta kilos. Fuerte. Corpulento. Vestido de negro con una sudadera, unos vaqueros anchos y un pasamontañas, como los que creyó ver Izan en sus atacantes, cubriéndole el rostro. No he tenido tiempo de ver nada más, porque en cuanto me he dado la vuelta, me ha agarrado con tanta fuerza que he sentido que iba a romperme el brazo. Después me ha girado, me ha golpeado contra la puerta del coche tres o cuatro veces, no lo sé, y se ha pegado tanto contra mí que he creído por un instante que iba a —vuelvo a beber agua—, que iba a violarme. Pero lo único que ha hecho ha sido acercar mucho su cabeza a la mía y, tras mantenerse así durante unos segundos, ha salido corriendo.

—¿Sin decir nada?

—Nada.

Víctor, que ha venido tan pronto como se ha enterado, me pide con la mirada que le hable a Andrea de nuestra visita de hoy al Távora. Nos hemos reunido allí con Ernesto, que sigue empeñado en dar con los autores de las pintadas.

Desde que Víctor ha llegado al hospital, no ha dejado de repetir que es necesario parar esta locura, que la mano blanda de Ernesto y su equipo del Távora solo está consiguiendo que la violencia se desborde y que, desde que él ocupa ese cargo, no ha habido más que problemas entre su instituto y el de nuestros jugadores. Evito que diga nada de esto delante de Andrea y soy yo quien le hace un somero resumen de nuestra visita al otro instituto,

donde era evidente que nadie nos miraba con demasiada benevolencia. La conversación con Ernesto fue, una vez más, incómoda, porque él nos exigía nombres y Víctor insistía en que era imposible encontrarlos, así que hemos salido de allí con la sensación de que el conflicto se había enfangado aún más y la certeza de que Ernesto no iba a parar hasta que pudiese entregar a la comunidad educativa del Távora la identidad de los culpables.

—¿Cómo pretendéis que los eduquemos para la paz si fuera solo aprenden que no existe la justicia? —nos ha preguntado.

Ni Víctor ni yo hemos sabido qué responderle y, de camino al club, apenas hemos dicho una sola palabra más del tema.

—Pregúntale a tu hijo —ha sido su única contestación—. Seguro que Quique te dice lo mismo que te estamos diciendo nosotros, Ernesto.

—Lo que hable con mi hijo no es asunto tuyo, Víctor.

—¿Entonces lo del paternalismo solo se aplica a los hijos de los demás?

Por un instante, me he sentido tentada a contemplar la escena desde fuera, como una espectadora ante dos animales que están furiosos y necesitan marcar su territorio. El exceso de testosterona ha vuelto inútil cualquier intento dialéctico en esa sala, así que la reunión ha acabado convirtiéndose en una competición de egos y autoridades más que en un lugar de acuerdo. Y lo que más me molesta no es, ni siquiera, esa rudeza, ni esa actitud pueril, ni esa necesidad de mostrar fortaleza para no dejar ver la fragilidad, sino la sensación de que Víctor calla mucho más de lo que dice y sabe mucho más de lo que comparte. Cuanto más tiempo paso en el Stark, menos claro tengo qué oculta Víctor para defender a sus jugadores y qué ignora realmente.

—¿No sabes quién puede haber querido agredirte? —me insiste Andrea.

Como no puedo responderle a eso, decido compartir con ella el relato de la entrevista en el Távora, el encontronazo con Ernesto, la mirada de hostilidad que he sentido sobre mí por parte de algunos alumnos de su centro y las pintadas racistas de las que culpan a los jugadores de nuestro club. Andrea, siempre cauta, intenta no precipitarse en sus conclusiones, aunque todo encaja con facilidad y convierte la agresión de hoy en una respuesta violenta a un ataque previo que, aunque no sea de mi autoría, sí se halla bajo mi responsabilidad. No está claro por qué he sido yo la víctima

del ajuste de cuentas, y no Víctor, o Hernán, o cualquier otro miembro adulto del club, pero tampoco parece difícil imaginar que soy una buena candidata. Mejor asustar a alguien físicamente fácil de dominar y con la suficiente relevancia en el club como para que el ataque enseguida llegue a oídos de todos los jugadores y el personal.

—¿Crees que esto puede tener algo que ver con el asesinato?

Me encojo de hombros y le pido que, si es posible, sigamos hablando mañana.

—Estoy cansada, Andrea.

—Tranquila. Lo entiendo.

Empiezo a estar cansada, sí. Demasiado. Y me cuesta responder con lucidez a causa del dolor y las magulladuras. Nada importante, pero sí lo bastante molesto como para que el miedo haya dejado en mí un recordatorio físico que me acompañará durante los próximos días. Andrea accede y decidimos que lo mejor será aplazar la conversación.

—Sea quien sea —concluye la inspectora—, sabía lo que estaba haciendo. Y pretendía intimidarte. Quizá sabes algo que no quiere que sepas...

Seguramente ella tenga razón y el único fin de mi agresor fuera asustarme y conseguir que me alejara del club. De la investigación. De todo lo que está aconteciendo aquí ahora mismo. Ese era otro de los motivos por los que, de todos los que formamos parte del Stark, ha preferido elegirme a mí. Mi compromiso con el club es más reciente, así que debía de resultar más sencillo provocar mi marcha —el miedo como aliciente que habría de vencer con facilidad a mi todavía débil nexo emocional con el Stark— y, con ella, hacer llegar ese mismo mensaje al resto de sus miembros.

—A lo mejor te has acercado a la verdad más de lo que tú crees, Emma. Piensa en ello. O a lo mejor, aunque no lo hayas hecho aún, quien te ha atacado hoy sabe que podrías llegar a hacerlo...

—La enfermera ha dicho que necesita descansar —la interrumpe Víctor con una brusquedad impropia en él.

Andrea se despide, pero sus palabras se adueñan de mí, obligándome a preguntarme si es posible que, de algún modo, ella tenga razón y me he aproximado a la verdad del crimen sin siquiera ser consciente de ello. De

ser así, la agresión de hoy no solo no me detendrá, ni conseguirá que me paralice la angustia, sino que alimenta mi necesidad de redención y me ofrece una posibilidad real de reencontrarme con el yo que creía que había muerto dos años y medio antes. No voy a poder devolverle la vida a Rebeca y a Miguel, lo sé, no soy tan ingenua como para ignorar que no hay forma alguna de trazar un bucle temporal que me lleve de nuevo a esa tarde y me permita impedir que se encuentren con su agresor. Pero al igual que sé que ese viaje al pasado es imposible, también sé que necesito dar con un camino que pueda considerar futuro. Y ese trayecto pasa por la necesidad de dar con el nombre de quienes arrebataron una vida y por la sospecha de que quizá haya sido uno de ellos, uno de los asesinos, quien ha querido hoy callar mi voz. Lo que no sabe es que su violencia solo ha conseguido despertarme y hacerme salir, al fin, del infierno.

Un lugar al que, de momento, no pienso volver.

OceanofPDF.com

Antes

OceanofPDF.com

11

El mensaje del míster no ha podido ser más contundente. O ganamos esta temporada o nos cierran el club. Así nos lo ha soltado en el entrenamiento de hoy. Normalmente, esa presión la deja para más adelante, pero esta vez nos lo ha largado nada más empezar. Solo estamos a 8 de septiembre y él ya ha querido dejarnos claro que este curso nos jugamos mucho más que un campeonato.

A mí, la verdad, comenzar segundo de Bachillerato con ese nivel de presión no me ayuda gran cosa. Hasta he llegado a pensar que a lo mejor esa ha sido la señal para hacerle caso a mi padre y tirar de una vez la toalla. Lo que me frena es la sensación de que todavía es demasiado pronto para rendirme. Ahora debería ser el tiempo de luchar, de dejarse la piel, de darse de bruces contra la pared hasta derribarla. Debería ser el tiempo de los imposibles, de la utopía, de creerte lo que te creías cuando eras un crío y te faltaba la fuerza que ahora sí tengo, la que debería permitirme que todo eso que formaba parte de lo que quería conseguir se empiece a hacer real. Pero es mentira que los años te hagan más listo, lo que te hacen es mucho más cobarde. Cuanto más conoces las consecuencias del riesgo, más te preguntas si merece la pena correrlo. Y mientras hoy escuchaba a Hernán con su discurso incendiario —a los rivales hay que machacarlos, hay que derrotarlos, hay que aniquilarlos—, que parecía sacado de una peli bélica, me preguntaba si habrá algún modo de acallar al Quique cobarde para que hable el Quique idealista. La duda, lógicamente, es difícil de responder, porque, hasta la fecha, no hay grandes pruebas de que ese segundo Quique exista.

—No me podéis fallar —nos ha dicho el míster y luego, con su habitual falta de tacto, diplomacia y cualquier otro rasgo parecido a la delicadeza, ha

mirado fijamente a Asier, a Javi y a Izan—, y vosotros tres, menos aún.

Nadie tiene la más mínima duda sobre quiénes forman el triunvirato estrella del equipo, pero a veces se agradecería que nos permitiesen concebir la lejana posibilidad de incorporarnos a ese grupo de los guais al que está claro que, en la cabeza del míster, jamás accederemos. A Dani, con eso de que es un buen portero, a veces lo suma también, pero entre que es el más tímido del equipo y que no se molesta en sobresalir con tanto empeño como los otros tres, apenas lo menciona.

—Y ojito con las faltas, ¿me estás oyendo?

Esta vez la mirada ha ido directa a Javi, que asiente y me hace un gesto para que nos larguemos de allí de una vez.

—Vamos a ir todos a un Vips —le digo—. Para empezar bien el curso. ¿Te han avisado?

—¿Tú vas, Quique?

—Claro, ¿tú no?

—Tengo prisa.

—Pero si acabamos de empezar, tío.

—Estoy deseando terminar el maldito Bachillerato de una vez.

—¿Y hoy qué te vas a estudiar? ¿El índice de los libros de texto?

—Muy ocurrente...

—Venga, Javi, vente con nosotros.

—Paso. Te veo mañana, tío.

Lleva igual de misterioso desde el año pasado, faltando sin avisar e inventándose siempre excusas que hace tiempo que todos los del grupo hemos dejado de creernos. Este verano, como ni él ni yo hemos podido salir de vacaciones, más que nada porque no había ni un euro para hacerlo, nos hemos visto bastante más. Algunos días me dejaba tirado y, aunque sé que salía con alguien, no me decía con quién. Pero otras tardes sé que no cancelaba el plan porque tuviera algo mejor, sino porque prefería quedarse en casa. En realidad, siempre volvíamos bastante pronto y la mayoría de las veces que nos hemos visto este verano ha sido para salir a correr o a entrenar juntos.

Estas vacaciones, además, han terminado siendo especialmente extrañas. Y no solo porque, en agosto, Madrid parece una ciudad fantasma,

sino porque la bronca del parque con los del otro *insti* ha sido, posiblemente, de las situaciones más chungas en que me he visto envuelto últimamente.

Después de aquello, he intentado hablar varias veces con Asier y Javi de esa misma noche. Confesarles que hay algo en Izan que no me mola, ni en él ni en su escudero pelota, el pesado de Pau, que lleva años creyéndose el gracioso oficial cuando no es más que un metepatas. Un pringado que va de estupendo y que no tiene nada que ver con los valores que representa nuestro equipo y de los que hablamos antes de los entrenamientos con Víctor. Y con el místico. Y entre nosotros. Ya el año pasado tuve la impresión de que en el club empezaban a formarse dos bandos, cada uno con su propio líder, uno alrededor de Izan y otro alrededor de Asier, y creo que Javi, que se mantiene excesivamente leal a Izan, ha elegido el bando equivocado. Por eso imagino que ya le he pillado más de una vez discutiendo de mal rollo con Asier, como si tuvieran un movidón pendiente entre ambos que espero no vaya a más.

Es difícil hablar con ellos. Asier se pasa el día con Vera. Y Javi, después de los entrenamientos, siempre encuentra el modo de desaparecer sin que nos demos cuenta, a lo Peter Parker, como si tuviera algo demasiado importante que ocultar como para permitirse el lujo de ser descubierto. Si fuera algo sin importancia, como unas mallas de superhéroe o la picadura de una araña radiactiva, no se esforzaría tanto por esconderlo, así que he hecho por sacarle el tema más de una vez utilizando todo tipo de excusas.

Creo que a Javi le sucede algo, que su vida se ha vuelto más complicada estos últimos años y que le vendría bien compartir eso que le pasa —sea lo que sea— con alguien. Lo he probado cara a cara, vía WhatsApp y hasta por mensajes en el *Insta*. He tratado de acercarme a esa verdad que lo inquieta y que tiene la culpa de que Javi se haya vuelto más impuntual, menos responsable, esa verdad que explicaría por qué ha pasado de ser uno de los valores seguros del equipo a convertirse en uno de sus eternos interrogantes. ¿Lo hará bien en el partido de hoy? ¿Estará al nivel? ¿Será el *crack* de siempre?

No solo ha cambiado él, pero los demás damos pruebas menos visibles. Nunca hemos sido tan brillantes, así que la mayoría no necesitamos

justificar nuestra mediocridad. Y esa etiqueta, que me molesta tanto como me podría molestar cualquier otra, a veces resulta menos pesada que la que exige su genialidad. Javi, el imbatible. Por eso los entrenadores, igual que nuestros profes, tardarán en darse cuenta de que este año ya no somos los del curso pasado. Como entonces tampoco éramos los de la temporada anterior. Parece mentira que hayan tenido nuestra edad, porque hay que explicarles lo lento y, a la vez, lo rápido que pasa el tiempo cuando estás aquí. Lento porque da la impresión de que la mayoría de edad nos espera lejísimos. Y rápido porque cada cosa que vives te cambia por completo. Es imposible que seamos los mismos cada curso cuando cada mes que pasa sabes que has tomado una nueva dirección en tu camino y empiezas a darte cuenta de dónde te lleva lo que estás escogiendo y de dónde te aleja lo que has decidido no elegir. Por eso te rebelas, porque compruebas, por primera vez, que te han engañado. Era mentira que todo fuera posible. Los caminos son muchos menos de los que te han contado y a ti, en vez de darte armas para recorrer el tuyo, solo te han ofrecido un discurso ingenuo —no te frustres, no te sientas mal, no te preocupes— que no te sirve para abrirte paso.

—Te comes mucho la cabeza, ¿no?

Cinco palabras (bueno, seis si contamos el «¿no?»). Ese es el resumen de Asier cuando, de camino al Vips, y aprovechando que los dos vamos algo más adelantados que el resto, le intento hablar de todo esto. De mis neurras. De este verano. De lo raro que encuentro a Javi. De que tampoco sé si Vera está bien, porque me fastidia que ahora solo quiera hablar con él y, además, lleva dos semanas que, cada vez que salimos, me parece que bebe algo más de lo que solía. Y, al final, intento explicarle cómo cada día me cuesta más creerme que soy la persona que me han dicho que iba a llegar a ser. Asier me escucha con paciencia, pero tiene la cabeza en otro sitio (¿en otra persona?) y me invita a cambiar de tema hablándome de la chica nueva, Marta, a la que me ha visto mirar con ojos de cordero degollado y que también se viene esta tarde con nosotros.

—Te gusta, ¿eh?

—Está bien.

—Venga, Quique, di la verdad.

—Pero si no sabe ni que existo.

—Normal. Os acabáis de conocer.

—Pues ahora es el mejor momento. En cuanto me conozca, peor.

—No digas chorradas.

—No lo son.

—Te va a venir bien la loquera esa. Lo mismo te ayuda a no machacarte tanto.

—¿Tú te has enterado de para qué la han contratado?

—Pues no mucho, qué quieres que te diga. Y al míster se nota que tampoco le mola nada.

—Hernán disimula de pena.

—Ya ves.

La noticia de la llegada de esa *coach*, así la han llamado, que va a ayudar a los juveniles ha sido recibida con muy poco entusiasmo. Bastante tenemos con los rollos que nos sueltan en clase como para aguantar algo parecido en el club. ¿Una orientadora? ¿Apoyo psicológico? Víctor nos la ha presentado y nos ha asegurado que es una profesional excelente, pero ninguno tenemos la más mínima intención de hablar con ella y, cuando lo hagamos, dudo que le contemos algo realmente interesante. No sé por qué nuestra vida tiene que ser siempre objeto de análisis, como si la adolescencia fuera una realidad tóxica y peligrosa que necesita examinarse constantemente.

—¿Los demás vienen ya o qué? —Se impacienta Asier.

—Sí, entramos nosotros dos y cogemos sitio.

—Vale.

Ocupamos una mesa al fondo del local y, tan pronto como llega el resto, notamos las miradas de más de un cliente de la sala, esa gente que no soporta que haya vida adolescente cerca de ellos, como si pudieran contagiarse de las risas que a ellos no les suceden o hasta corrieran el riesgo de elevar la voz un poco más de lo habitual y salir del aburrimiento que disimulan en sus vidas perfectas de adultos igualmente perfectos. Hoy casi se lía porque un tipo se ha quejado al encargado de sala de que estábamos armando mucho jaleo y, cuando han venido a pedirnos que bajáramos la voz, a Izan le ha faltado poco para montar un número como el de este

verano. Por suerte, estaba otra vez Asier para enfriar los ánimos y, al final, no ha sucedido nada.

Marta no ha cruzado más de dos frases conmigo en toda la tarde. Una ha sido «pásame el ketchup» y otra «dame una servilleta». Es cierto que, desde el punto de vista del contenido, no se puede decir que hayamos tenido un diálogo muy enriquecedor, pero al menos ya hemos establecido contacto, sabe de mi existencia y le ha quedado claro que, además de identificar perfectamente los diferentes objetos que puede haber sobre una mesa, soy capaz de extender mis extremidades superiores para acercárselos. Aparte de ese gigantesco avance, no ha ocurrido nada más que pueda prometerme una mínima oportunidad con ella, como no la hubo con las chicas que me gustaron antes y a las que, en la mayoría de los casos, ni siquiera les llegué a pasar el bote de ketchup.

La única que no ha venido, además de Javi, ha sido Vera. Creíamos que sí lo haría, pero al poco de caminar conmigo y con Asier, ha dicho que se encontraba mal y que prefería volverse a casa. Ni siquiera nos ha dado tiempo a preguntarle qué le pasaba, porque cuando hemos querido reaccionar ya estaba pedaleando en dirección contraria. A Vera, como a los demás, también la ha cambiado este verano, aunque en su caso, y gracias a mi inutilidad dialéctica con el mundo en general y con las tías en particular, tengo aún menos idea de lo que puede haberle sucedido. Se supone que somos grandes amigos desde hace años, pero estas vacaciones apenas ha querido verme, estaba muy distraída quedando con Asier y tengo la sensación de que no le apetecía contarme tampoco eso. Hoy, en el club, la he encontrado especialmente extraña, casi pasota, como si quisiera dejar claro que aquello no iba mucho con ella y que empieza a estar cansada de amoldarse a las normas y la disciplina del Stark.

Después del Vips nos hemos ido a casa y, nada más llegar, le he mandado un *wasap* a Javi. Sabía que no era probable que me respondiera, pero también hay algo en mí que ha cambiado este verano. Algo que me exige dejar de ser el cobarde que he sido hasta ahora. Así que he buscado las fuerzas para hacerle una simple pregunta y, si Javi quiere, dejar abierta una puerta que pueda cruzar más adelante. Pensaba escribir un mensaje mucho más explícito, algo que aclarase mis intuiciones sobre lo que juraría

que le está pasando, pero al final he optado por ser mucho más breve: algo lo suficientemente ambiguo como para no forzar una respuesta incómoda y lo bastante directo como para saber si le sucede algo.

«Javi, ¿estás bien? ¿Necesitas hablar?».

Puede que hubiera sido más práctico hacer solo una pregunta. Limitar el alcance de mi curiosidad. Su respuesta consigue acabar con la conversación, pero —lo siento, Javi— no con mis dudas.

«Pues claro que estoy bien».

OceanofPDF.com

Nunca había visto a Vera tan enfadada. Esta mañana ha salido del despacho de Víctor dando un portazo y ni siquiera se ha dado cuenta de que ha estado a punto de arrollarme. Yo estaba esperando fuera para hacerle un par de consultas al *presi* sobre el calendario de entrenamientos y, por lo poco que he podido escuchar, le ha montado un pollo brutal por el tema del cambio de vestuarios. Aunque la verdad es que, desde que el míster nos dijo que nos íbamos a pasar al de las tías, ya sabíamos que aquello iba a dar problemas.

A mí, que me dio por empezar el curso en plan kamikaze, se me ocurrió levantar la mano y soltar que no me parecía justo que las chicas se quedasen sin sus duchas para cedérmolas a nosotros. Confiaba en que los demás se pondrían de mi parte, pero, salvo el apoyo de Asier, del resto solo me llevé su silencio y un par de collejas de Pau que, si hay suerte, espero devolverle en breve. Lo necesitamos, nosotros tenemos más presión que ellas, es lógico que lo hagan así... El listado de excusas rastreras que encontraron en el equipo para ese cambio que, nos insistían, iba a ser temporal fue abrumador, así que me callé aun sabiendo que las chicas no tardarían en quejarse. Pero, por mucho que lo hicieran, la decisión, que había partido de Hernán, ya había sido tomada y si hay alguien incapaz de admitir que se ha equivocado, ese es nuestro míster. Más aún ahora, cuando sabe que puede mangonear a gusto al novato de Borja. A mi padre, lo confieso, no se lo he contado, porque pondría el grito en el cielo, diría que cada vez le gusta menos mi entrenador y trataría de comerme la cabeza para que me cambie de club o, si se tercia, hasta para que lo deje definitivamente. «En el Távora jamás permitiría que hicieran algo así». Y yo me callo, claro, aunque sepa de buena tinta que allí tampoco es todo trigo limpio y que, por ejemplo, en

su instituto hay clases buenas, donde colocan a los que no repiten, y clases malas, donde colocan a todo el que les sobra. Que ya sé que él intenta pelear contra eso y que no es tan fácil vencer las presiones de la consejería, y del consejo escolar, y hasta de los dinosaurios del centro, pero me fastidia que quiera darme lecciones de cómo debería ser mi lugar cuando hay tanta basura en el suyo.

Lo cierto es que a mí tampoco me gustan las formas de Hernán. En el club están contentos con él porque consigue resultados, a pesar de que más de un jugador se nos haya quedado por el camino. «Solo quiero a los mejores», es su lema. El Stark no es más que una parte de su vida, pero se ve que el resto, que se lo pasa atendiendo a clientes muermo en el Decathlon, no le motiva demasiado y, cuando llega aquí, encuentra en nosotros el modo de convertir en éxito lo que, fuera de este recinto, no es más que frustración. Quizá por eso este año noto que yo también lo he empezado de un modo diferente a los anteriores, porque me cuesta implicarme en algo cuando no admiro a quien tengo delante. Y aquí, no sé, aquí admiro a algunos de mis compañeros. Admiro la inteligencia de Asier, que se ha convertido en algo así como el líder moral del equipo y es el único que sabe cómo relajarnos cuando estamos a punto de estallar antes de un partido difícil o cómo animarnos cuando lo perdemos. Y admiro la energía de Javi, que, digan lo que digan y falte lo que falte, sigue siendo el tío con más talento del club, porque a su capacidad física suma una fuerza de voluntad alucinante. Y admiro, aunque cada vez me cargue más, la seguridad en sí mismo de Izan, que fijo que llegará más lejos que ninguno de nosotros porque, además del dinero familiar —todo suma—, también tiene el empuje y el carácter para ello. Y admiro, en general, que todos sigamos aquí. Incluso los que ya hemos empezado a no destacar, los que cada vez somos más grises, como Dani, el portero más eficaz y menos valorado del equipo, o como Sebas y Rodri, que cada vez juegan menos minutos, o como yo mismo.

Quizá este sea el último año y cuando llegue la universidad, si el tiempo se nos reduce demasiado, tendremos que decidir si tiramos la toalla definitivamente. A mí, ya me lo han advertido, me esperan años muy chungos si sigo con mi idea de hacer una ingeniería, así que lo más seguro

es que el waterpolo, que alguna vez soñé que sería un modo de vida, se convierta en una afición. Solo espero que, cuando ocurra, no pierda la perspectiva y me vuelva un sucedáneo de Hernán, sino, en el mejor de los casos, alguien más parecido a Víctor. Alguien que se deja su dinero en un club que no da beneficios porque cree que los diferentes —sí, porque eso es lo que somos, aunque la palabra *diferencia* parezca que tiene tan limitado su verdadero sentido— se merecen un sitio en el que poder ser ellos mismos. Mi padre no entiende demasiado bien a qué me refiero con esto. Pero mis compañeros, sí. Hasta el eslabón perdido de Pau le sabría explicar a mi padre qué quiero decir cuando hablo de esa diferencia, cuando intento contarle que somos los únicos del barrio que no hacen ciertas cosas, los raros que no siguen el ritmo ni las costumbres del resto, los que se preguntan si alguna vez echaremos de menos todo lo que, a causa de cuanto sacrificamos por competir, no estamos viviendo.

—¿Qué haces ahí? —me pregunta Víctor cuando se da cuenta de que estoy esperando en la puerta de su despacho.

Entro y lo noto tan alterado como lo estaba Vera. Quizá hayan discutido por algo más que unas simples duchas. A fin de cuentas, lo de los vestuarios se resuelve fácil. Basta con que volvamos a cambiarnos para que no haya malos rollos entre ellas y nosotros. Hernán se lo tomará fatal, por supuesto, pero este año tiene tantas ganas de que ganemos el campeonato que estoy seguro de que se le pasará pronto. Armará bronca, se quejará de que Víctor lo ha desautorizado y acabará diciéndonos que somos todos unos «maricas de mierda» por dejarnos comer el terreno. Ese es uno de sus sintagmas favoritos cuando pierde los nervios, algo que, me temo, le pasa cada vez con más frecuencia.

—¿Qué quieres, Quique?

Su pregunta es directa y cortante. Me deja claro que no tiene ni tiempo ni ganas de hablar conmigo, así que le resumo mis dudas prácticas sobre el calendario y él las responde con datos aún más vagos de los que yo tenía antes de venir. Ni siquiera estoy seguro de que esté escuchándome, parece hablar de modo automático, sin pensar en lo que dice y con la mirada fija en un lugar indefinido de este despacho donde no sé si es consciente de que también estoy yo. Salgo de allí con mis dudas sin resolver y con la

necesidad de hablar con Vera cuanto antes. Como esta tarde vamos a ir todos al cumple de Alicia, aprovecharé algún momento en que estemos solos para preguntárselo.

OceanofPDF.com

—Qué guapa la fiesta, ¿no?

Le digo que sí a Pau mientras busco a Vera con la mirada. Desde que he llegado apenas la he visto y, seguramente, si no fuera porque quiero hablar con ella, ni siquiera habría venido aquí esta tarde. Alicia nunca me ha caído demasiado bien y hoy tampoco creo que sea un gran día para una fiesta. Se nota una tensión extraña en el ambiente, que no sé si tiene que ver solo con el problema de los vestuarios o con algo más que haya sucedido este verano. Quizá tenga que ver con la bronca con los del Távora, porque lo cierto es que desde entonces todos hemos estado algo más raros y mucho menos dispuestos a compartir según qué comentarios. Es como si desde ese día solo nos dijésemos lo que creemos que debemos decir, ocultando lo que realmente pensamos y esforzándonos por negar que, tras esa pelea, cambió la visión que teníamos unos de otros. Cada uno le ha contado su propia versión a quienes no estaban allí, así que a ellos les toca, además, decidir cuál de nuestras historias es la verdadera, lo que los obliga a tomar partido en una especie de guerra narrativa a la que nadie le pone nombre, pero de la que todos somos conscientes. Sabemos que no estamos bien, pero no lo decimos.

Sigo sin encontrar a Vera y el local donde Alicia celebra su fiesta tampoco es tan grande como para esconderse. Es un espacio que pertenece a la comunidad de vecinos donde vive Izan, que suele ofrecérmolo cada vez que hay que celebrar un cumple. El suyo es un residencial pijo que no se parece nada a los bloques de mi barrio y donde los padres han llegado al acuerdo de ceder estos espacios para las fiestas de sus hijos. Así están más seguros, dicen, y nos miran como si fuéramos idiotas. Explicarles que ya tenemos otra edad y otras experiencias sería traumático, así que ponemos

cara de que sí, de que vamos a estar mucho mejor que en cualquier otra parte y *okupamos* el local durante el tiempo que nos permiten hacerlo.

—¿Alguien ha visto a Vera?

—No —me responde Marta, que se ha cortado el pelo y ahora parece que su mirada fuera aún más intensamente azul que antes—. Por cierto, ¿cómo te llamabas? Como el día del Vips apenas hablamos...

Balbuceo y me trabo lo justo como para quedar como un completo idiota en nuestro primer encuentro. Finalmente, consigo decir mi nombre del tirón, en una proeza que merecería por sí sola toda una saga épica. Pienso en preguntarle el suyo, pero como sé perfectamente que ella se llama Marta, me parece que es una pregunta ridícula, así que me quedo en blanco mientras estrujo mis neuronas para decirle algo que sea tan ingenioso, divertido y brillante como para ganarme su atención.

—Una fiesta muy guapa, ¿no?

Un comentario así ya es triste. Pero un comentario que, además, es el plagio de otro de Pau roza, directamente, lo lamentable. Marta sonríe, como si mi torpeza social le hiciera gracia, y se digna a hablarme a pesar de que le he dejado claro, en apenas un minuto, que no me lo merezco.

—¿Por qué la buscabas?

—¿Por qué la...? —Tardo en asociar las palabras con su significado: acabo de cometer el error de mirarla con más atención y sus ojos me han atrapado sin remedio—. ¿Por qué la buscaba?

Marta asiente mientras yo gano tiempo y trato de estructurar alguna frase de más de tres palabras en mi cabeza.

—Es que no la he visto en toda la fiesta.

—Creo que ha salido a fumar.

—Pero si Vera no fuma.

—Eso es lo que me ha dicho.

—Ya.

—¿Llevas mucho en el club, Quique?

Marta me lo está poniendo fácil para iniciar una conversación que nos permita, al menos, conocernos. Seguramente no sea bastante como para que alguno de los dos termine proponiendo quedar fuera de clase, pero sí como para que la próxima vez que estemos en grupo seamos conscientes de que

acaba de nacer una conexión especial entre nosotros que, de momento, no existe con el resto. Si no estuviera de verdad preocupado por Vera, me quedaría con Marta, le hablaría del tiempo que hace que estoy en el Stark, de lo que me gusta y lo que no me gusta del club, de las dudas que me asaltan este año y hasta de los fantasmas que han empezado a hacerse tan fuertes como para que lo que siempre me apasionó se haya vuelto, a ratos, una pesadilla. Le diría que preferiría no haber destacado nunca en nada, porque entonces no tendría la necesidad de cumplir unas expectativas que ni siquiera sé si son mías. Y los dos hablaríamos de la presión, del miedo al fracaso, de cómo nos han educado en una realidad que nunca fue honesta, creyendo que evitarnos la verdad —y la verdad es que ese fracaso existía— iba a hacernos más fuertes cuando, para ser sinceros, solo hemos conseguido lo contrario. Su pregunta, lo sé, no iba tan lejos, pero hay algo en esa mirada que me hace intuir que Marta podría llegar a comprenderme, incluso quizá ella sienta también algo muy parecido y sea de las que, como yo, están cansadas de que nos vendan un decorado de cine para vivir una vida que tiene muy poco de película.

Es una pena que esa conversación no tenga lugar, pero no puedo quedarme con Marta sabiendo que a Vera le sucede algo. Así que, como creo que la amistad tiene sus propias exigencias, le pido que me disculpe y salgo a buscar a Vera para intentar que me hable. O, al menos, para que sepa que puede hacerlo.

—Vuelvo enseguida, Marta.

—Claro.

No tardo en encontrarla. Está sentada en un rincón del porche. En cuclillas y con la cabeza entre las piernas, como si no quisiera que nadie pudiera verla. Dudo si debo o no acercarme, pero hay momentos —pocos, lo reconozco— en los que ni siquiera mi inseguridad habitual es capaz de frenarme con suficiente fuerza.

—Me habían dicho que estabas fumando... —Vera no me responde. Ni siquiera levanta la cabeza—. Ya imaginaba que era mentira.

Extiende una de sus manos y me muestra un paquete de tabaco recién empezado.

—¿Quieres?

—Vera, pero ¿qué haces?

Vuelve a guardar el paquete en uno de sus bolsillos y sigue sin alzar la cabeza, convencida de que si finge que mi presencia no la afecta, me acabaré marchando. Sabe que la constancia no es una de mis grandes virtudes, así que me lo pone difícil para que no pregunte mucho.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

Casi puedo escuchar cómo traga saliva. Cómo aprieta con rabia los puños. Cómo hace esfuerzos por contener las palabras que necesito que me diga.

—¿Ha pasado algo en el club? —Sigue sin responder—. ¿Con Víctor?

Levanta un segundo la cabeza y escupe en dirección contraria a donde yo me encuentro. Después vuelve a agacharla y, durante un momento, permanecemos los dos en silencio.

—¿Qué hacéis aquí? —Asier, que también parece buscar a alguien, se sorprende al descubrírnos tan apartados del resto.

—Tomar un poco el aire. ¿Y tú?

—Nada —nos miente—. Es que hace calor dentro... Vera, ¿estás bien?

—Solo algo mareada —responde sin levantar la cabeza, empeñada en seguir escondiéndose como si temiera que pudiéramos adivinar lo que realmente le sucede con solo mirarla a los ojos.

—¿Seguro?

—¿Os importa dejarme sola? —Reacciona al borde de la crispación.

—¿Tanto ha descontrolado esta? —me pregunta Asier en voz baja.

—Ni idea.

La verdad es que al principio de la fiesta sí he creído verla apurar un par de copas a una velocidad inusual en ella, pero su voz no suena especialmente afectada por el alcohol. Puede que Vera haya tomado algo más de lo que acostumbra, que es apenas nada (el deporte manda...), pero no es eso lo que la retiene aquí, sentada en este bordillo y enrollada en sí misma.

—Venga, dejadme en paz.

—¿No quieres que te acompañemos a casa? —Se ofrece Asier.

Niega con la cabeza y apunta hacia unos metros más allá, donde está aparcada su bici.

—Como quieras. —Asier se rinde y me hace un gesto pidiéndome que lo acompañe.

Los dos volvemos a entrar a la fiesta y, aunque intentamos disfrutar de lo que queda de noche, seguimos inquietos por Vera. Marta, por supuesto, ya ha hecho nuevos amigos y, de repente, la conexión especial que había surgido entre ella y yo hace tan solo algunos minutos, en esa conversación que nunca tuvimos, se ha convertido en una anécdota más que pronto no tendrá ninguna importancia en su memoria. No seré sino el chico raro con el que apenas cruzó tres palabras cuando llegó a la fiesta.

—¿Te ha dicho algo Vera? —me pregunta Asier.

—Nada. Lo mismo que a ti.

—A lo mejor está así por lo de Izan.

—¿Qué ha pasado con Izan?

—¿No te lo ha contado?

—¿Qué tenía que contarme?

—Han estado saliendo este verano.

—¿Estás de coña?

—No.

—¿Y aún siguen?

—Qué va, ha durado poco.

—¿Lo ha dejado ella?

—No lo sé.

—¿Vera no te lo ha contado?

—Eso no.

—Eso... Pero lo demás sí. Se ve que el único gilipollas que no se entera de nada aquí soy yo.

—No te piques, anda.

—No, si no me pico...

—¿Te has traído la bici?

—Vine andando.

—Si quieres, luego nos volvemos juntos.

—Claro.

Él se pierde en la fiesta y yo me quedo en un lateral, cogiendo fuerzas para volver a integrarme con el resto. Estoy enfadado. No. Estoy furioso.

Estoy muy furioso. Y estoy cansado.

La amistad no debería ser esto. La amistad no tendría que ser un espacio lleno de secretos y de verdades que se ocultan o que, por lo menos, no se comparten. La amistad, Vera, no puede ser una sucesión de bromas y de *likes* en nuestras fotos, ni de emoticonos en grupos de WhatsApp. Porque me importa muy poco si te gusta o no te gusta lo que cuelgo en mi *Insta*, lo que me importa es saber que si nos pasa algo, podemos compartirlo. La amistad no puede ser tan cobarde como para no confesar las emociones, porque cuando no se les pone nombre acaban convertidas en rumores y mentiras de patio de colegio, en vez de en una confidencia que, después de lo vivido, creo que sí me merezco. A lo mejor hemos manoseado tanto la palabra *amistad* que le hemos robado su sentido hasta convertirla en un intercambio de clics, en un trueque que no tiene nada que ver con la intimidad que espero de alguien que dice ser mi amiga. O mi amigo.

Me siento estafado. Y triste. No sé si más lo primero que lo segundo o lo segundo que lo primero, no tengo ni idea de cuál es el nombre exacto de esta emoción porque me siento expulsado del espacio que creía compartir con Vera. No me dijo que estaban saliendo juntos. Tampoco me ha contado que lo han dejado. No me ha dicho nada de lo que, si yo hubiera estado en su lugar, sí le habría dicho. Igual que hoy pensaba *wasapearla* sobre Marta, preguntarle qué sabe de ella y confesarle que, por uno de esos motivos cósmicos que nadie sabe explicar aunque llevemos siglos intentándolo, he sentido algo especial cuando he hablado con ella. Ahora ya sé que no voy a iniciar esa conversación, porque ni creo que Vera vaya a contestarme ni que se merezca ese grado de confianza. Al menos, hasta que no me demuestre que el suyo, ese que creía tener con ella, sí fue real.

Puede que todo eso sea uno de los motivos por los que este septiembre me siento menos motivado que otros años. Demasiados silencios. Demasiados secretos. Me muevo entre gente con la que comparto más horas que con cualquier otra persona de mi entorno y, sin embargo, cada vez creo conocerlos menos, como si todos ocultaran algo que este año, de un modo u otro, temo que acabará estallando. Porque hay algo oscuro en el silencio y las ausencias de Javi. Y en la rabia de Vera. Y en los arrebatos de Izan. Hay algo que me impide sentirme parte de un grupo que este septiembre ha

empezado a dejar de serlo y que, si alguien no consigue evitarlo, está a punto de ser dinamitado por esta maldita obsesión por no compartir nada.

La fiesta se alarga hasta cerca de la una y media. A esa hora Izan nos pide que nos larguemos, porque es el máximo que le dejan en su comunidad de vecinos. Busco a Asier para marcharnos juntos, tal y como habíamos quedado, pero después de buscarlo por todo el local, no consigo encontrarlo. «Genial», me digo, «otro colega que me deja tirado». Y salgo rumbo a casa con un bajón que hace sospechar que, en vez de salir de una fiesta, acabo de abandonar un funeral. Y, en cierto modo, algo así ha pasado esta noche. Porque la amistad muere cuando se la traiciona o, por lo menos, no vuelve a ser la misma, se vuelve mucho más reducida, mucho más mezquina, mucho más cutre. Es como si te robaran la certeza de contar con alguien para todo lo que pueda surgir. Y no solo para los momentos malos, porque en el fondo siempre hay gente —y buitres— dispuestos a alimentarse de ellos, sino también para los momentos buenos, para esos días en que necesitas reírte con alguien. Bailar con alguien. Enloquecer con alguien. Esos momentos que tienen que ver con que una chica —si se llama Marta, mucho mejor— te diga que sí quiere salir contigo, con que te planten un beso que no te esperas en medio de la calle o con que te llegue un *wasap* que, aunque solo tenga tres o cuatro palabras, a ti te parezca poesía. Pero Vera no ha querido compartir conmigo ni el momento en que se sentía volar ni el instante en que la realidad le ha hecho tocar de nuevo el suelo. Y sé que no soy el amigo más hábil, ni el mejor conversador del mundo, pero sí se me da bien escuchar, ella lo sabe, y aunque esta noche sienta que estamos más lejos de lo que lo hemos estado nunca, sigo esperando que sea consciente de que puede contar conmigo para lo que haga falta, aunque ahora mismo me ciegue la rabia y me prometa que, si ella me escribe o me manda una nota de audio, no pienso contestar.

(Es mentira: lo haré).

Justo antes de llegar a casa veo a alguien medio escondido entre las sombras de uno de los portales que hay cerca del mío. En realidad, son dos personas. No puedo reconocerlos, está oscuro y se han asegurado de que nadie pueda descubrirlos. Solo sé que escucho cómo se aprietan, cuerpo contra cuerpo, sobre la pared. Puedo oír cómo se buscan, cómo se besan

con prisas, casi con urgencia, como si tuvieran miedo a que la noche sea demasiado breve para todo lo que les gustaría poder sentir en ella. Acelero el paso para no interrumpir su momento y, cuando los dejo atrás, escucho cómo uno de ellos dice algo. Casi en un susurro.

—Tenía que pasar...

Siento una punzada de orgullo herido al reconocer la voz de Asier. Ahora ya sé que ha preferido dejarme tirado para enrollarse con una tía. Ni veo ni escucho a quien está con él, pero solo espero que, al menos, no se trate de Marta.

—¿Qué tal la fiesta? —me pregunta mi padre al entrar en casa, sin levantar la vista de un taco de exámenes—. ¿Lo has pasado bien con tus amigos?

Contesto que sí sin demasiado entusiasmo. Lo de *amigos* se me atraganta un poco, la verdad. Hay palabras que deberían significar otra cosa.

Todo sucede muy deprisa. Oigo unas voces. Alguien grita. No sé bien lo que dicen. Se insultan. Se amenazan. No estoy seguro del motivo. Por fin, reconozco las voces y corro hasta que los veo agarrarse y tirarse al suelo como dos animales.

Intento que me escuchen. Digo sus nombres como si ahora mismo pudieran oírme, pero están tan rabiosos que dudo que se hayan dado cuenta de que estoy aquí. «Debería llamar a alguien», pienso. Debería buscar ayuda. Debería mantenerme lejos de esto si no quiero que el próximo golpe sea para mí. Pero en esa décima de segundo en la que estoy a punto de convencerme de que esta vez tampoco debería hacer nada, vuelve a mí la imagen de julio: la chica del pañuelo, los gritos de Izan, las patadas de unos y otros mientras yo asistía a aquella escena como si fuera el episodio de una serie policíaca. Esta vez no será así, sino que salto sobre ellos e intento separarlos. Recibo golpes de ambos pero, con mucho esfuerzo, consigo que se alejen.

—Déjanos en paz, Quique. Esto no es asunto tuyo.

—Claro que sí. Aquí todos somos asunto de todos.

«Pero se nos olvida», pienso. Por eso nos va como nos va.

Los dos se callan, aunque siguen mirándose con odio y estoy seguro de que, si los dejo a solas, volverán a enzarzarse en la misma pelea en la que estaban cuando he pasado por aquí. Uno de esos callejones donde jamás hay nadie, salvo cuatro yonquis en esas horas en que saben que pueden colocarse sin que nadie les diga nada. Ahora no están ni siquiera ellos, no hay nadie más que nosotros tres en este rincón cualquiera de un barrio que cada vez se me hace más pequeño. Un barrio donde andamos cabreados porque la vida se parece muy poco a la que nos gustaría tener y perdemos

los nervios con demasiada facilidad. A lo mejor en otros barrios es diferente, aunque imagino que cada lugar de esta ciudad tiene sus propios demonios, su propio rencor por la distancia que se agranda entre lo que esperas y lo que tienes. Entre lo que necesitas ser y lo que te dejan que seas. Entre las ganas de decir y el desinterés por escuchar. Porque a veces eso es lo único que tengo claro de esta maldita edad. Que molestamos. Somos ruidosos, gritones, incómodos para toda esa masa gris que se ha olvidado de que una vez también tuvo nuestra edad. Toda esa gente que te mira por encima del hombro y te dice con aire de suficiencia que esto pasará, que ya vendrán tiempos mejores, que ese dolor que ahora sientes es pasajero, como si la adolescencia fuera un espejismo, un maldito ensayo de la vida que va a venir después. Pero esa gente se olvida de que la vida siempre es hoy. La vida es ahora. Y duele tanto como los golpes que Javi y Asier acaban de darse. Como los que yo me he llevado por intentar separarlos. Aunque nadie más nos haya visto. Aunque nadie nos oiga.

—Mejor que el *presi* no se entere —les advierto sin que ninguno me responda—. ¿Me estáis escuchando?

Ambos asienten, pero yo necesito que lo digan.

—¿Sí o no?

—Que sí, joder.

Los miro para firmar con ellos un necesario pacto de silencio. Después de la charla que nos hemos llevado esta mañana no podemos permitirnos que su bronca llegue también a oídos de Víctor. Si lo hace, seguramente tomen algún tipo de medida disciplinaria, tal y como nos ha advertido hoy. Ha sido una reunión extraña, porque el *presi* estaba especialmente incómodo, como si intentara esquivar un tema que, a la vez, era el centro invisible de la reunión. Como si hubiera un gigantesco incendio en medio de la sala donde nos había convocado y nadie pudiera apuntar a las llamas, a riesgo de quemarse si lo hacía. Así que, en vez de abordar el verdadero problema, nos hemos limitado a escuchar un discurso interminable sobre los valores deportivos, el compañerismo y el respeto que, la verdad, parecía sacado del manual de una secta. Ni siquiera Víctor se creía lo que nos estaba diciendo y tengo la sensación de que solo intentaba no perderse en sus propias palabras mientras los demás lo mirábamos entre dormidos y

perplejos, sin saber a qué venía la charla ni cuál era su objetivo. Al final, el objetivo en cuestión no ha llegado a aparecer, así que hemos salido de la cancha igual que hemos entrado, eso sí, más cansados y con un notable dolor de cabeza gracias a la tabarra que nos ha dado.

En la reunión solo estábamos los del juvenil masculino. No ha dejado que entraran ni el míster, ni la psicóloga nueva, ni tampoco ninguna de las chicas. Todo habría parecido (casi) normal si no hubiera acabado con un «No me jodáis, ¿está claro?» que nos ha dejado más descolocados aún, hasta hacernos dudar de si estábamos en un episodio de *Narcos* por lo borde, o de *Stranger Things*, por lo paranormal. El momentazo Netflix de nuestro *presi* ha terminado con esa frase tan poética que, ahora mismo, no sé si tendría algo que ver con la pelea en la que acabo de intervenir.

—Si tú no hablas, Quique, nosotros tampoco.

—¿Y yo por qué iba a hablar?

—Por si te entra complejo de salvador o algo...

—Tranquilo, Javi, con salvarme a mí ya tengo de sobra.

—Mejor.

—¿Me vais a explicar qué diablos os pasa?

—No nos pasa nada —me corta Asier.

—Y tú no te metas —añade Javi.

Me molestan sus amenazas. Y su soberbia. Me cabrea que me subestimen una vez más y que, como hizo Vera en la fiesta de Alicia, los dos prefieran callarse lo que sea que ha ocurrido a intentar hablarlo y resolverlo. Ya se han desahogado a gusto, se han dado cuatro hostias, han liberado al hombre de las cavernas que llevan dentro y han decidido que está todo bien.

Dejo que se alejen y solo cuando estoy seguro de que han tomado direcciones opuestas, emprendo el camino a casa. Cuando llegue, mi padre comenzará con la ronda de preguntas habituales —qué tal tu día, qué tal el entrenamiento, qué tal las clases— y yo seguiré alimentando el silencio al responderle con un bien que, en realidad, no es cierto. Él también me resumirá su jornada escolar omitiendo detalles y, al final, nos creemos que todo ha transcurrido con la monotonía de costumbre, sin nada que merezca la pena contarse. Me diré que hago muy bien callando, que no soy un

chivato, que estas cosas nosotros las resolvemos solos, pero por dentro me quedará la duda de si este silencio es parte de lo que está quebrando nuestra lealtad. Si ese espíritu de equipo del que hoy hablaba el *presi* no está siendo víctima de tanto mirar hacia otro lado, ahogando las palabras antes de decirlas porque creemos que no merece la pena hacerlo. O porque nos hemos aprendido que, cuando hablamos, tampoco importa mucho lo que decimos.

Antes de entrar en casa recibo un *wasap* de Vera lleno de emoticonos con corazones y besos que, aunque sigo enfadado con ella, casi me hace sentir bien. Se lo he soltado hoy, en el recreo, porque no era capaz de ir con ella a la cafetería a pillar unas latas como si no hubiera pasado nada. Como si no me hubiese enterado de que había tenido un rollo de casi tres meses con Izan sin decirme una sola palabra. Su *wasap*, como todos los que suele escribir, es breve y directo:

«Estamos bien ya?».

Dudo qué responder.

«No me has dicho por qué lo habéis dejado».

«Es un capullo».

Le pregunto si quiere que quedemos para hablarlo y me dice que sí a lo primero, pero no a lo segundo.

«Bueno, pues quedamos, pero no hablamos, ¿mejor así?».

Emoticono sonriente. Incluso emoticono partiéndose de risa con lágrima incluida. Vera, cuando se pone a exagerar, no tiene competencia.

«Nos hacemos un cine?».

«Cuándo?».

«El domingo».

«OK. Pero paso de hablar de Izan. Bastante tengo con verlo por el club».

«Rompió él?».

«He dicho que no quiero hablarlo».

«Está bien. Un cine entonces. Hasta mañana».

«Bye».

En cierto modo, hemos quedado en tablas. Ella no va a contarme su historia con Izan ni yo le voy a describir la pelea entre Asier y Javi. El

domingo iremos juntos al cine, veremos una peli, hablaremos de cualquier cosa —peli incluida—, incluso puede que le confiese que me gusta Marta y hasta que le pida consejo para intentar acercarme a ella, pero la confianza mutua seguirá en ese espacio extraño donde no se aprecian bien los contornos, donde lo único que se ven son sombras porque las palabras solo sirven para ocultar heridas, no para sanarlas.

Así que pasaremos un buen rato, nos olvidaremos de todo por unas horas y hasta creeremos que estar juntos nos ha ayudado mucho, que nuestra amistad sigue siendo el refugio que ambos necesitamos. Cuando nos despedamos, me temo, lo veremos distinto. Porque ella se dará cuenta de que sigue sintiendo despecho y rabia por ese tío sobre el que no ha sido capaz de decir una palabra, y yo volveré a preguntarme cómo es posible que Asier y Javi, dos compañeros a los que aprecio e incluso admiro, hayan sido capaces de perder los estribos.

Nos repetiremos que era mejor guardarlo para nosotros, que la amistad no tiene por qué ser un territorio donde quepa todo, pero Vera sabrá tan bien como yo que nos estamos engañando, porque en la amistad debería caber la vida entera, con todos los callejones sin salida en los que caemos cuando nos fallan los reflejos y no somos capaces de evitarlos. Hoy solo espero que tanto silencio no nos esté llevando, sin frenos y sin posibilidad de dar marcha atrás, hacia una de esas calles. A uno de esos lugares donde puede que el próximo golpe no sea una simple pelea entre dos amigos (Asier, Javi, ¿qué está pasándonos?), sino algo peor.

El partido

OceanofPDF.com

15

Te lo juegas todo en un minuto. En medio minuto. En diez malditos segundos. Eso es algo que debería saber todo el mundo, pero nosotros lo aprendemos antes. En cuanto empiezas a competir aprendes que no hay nada seguro y que puedes arruinarlo todo en el último momento, justo cuando parece que vas a conseguirlo y estás a punto de dejarte llevar por esa sensación tan genial que produce la victoria. Por eso hoy sabemos que debemos jugar con la máxima concentración, porque no va a ser fácil ganar teniendo a Izan en el banquillo, con esa mirada en la que puedo leer las ganas de que su equipo machaque al rival y, a la vez, su rabia por no poder formar parte de ello.

Aquel 9 de diciembre yo también estaba en el estadio, como una espectadora más. Todo el club andaba allí, incluidas las chicas, que acababan de ganar su partido y regresaron corriendo para no perderse el de sus compañeros. Si hay algo especial en esta gente es su capacidad para apoyarse incluso cuando las cosas no van bien. Y aquel sábado no lo iban... «Échame un cable, Emma, por favor». Víctor me había insistido en que lo acompañase al partido para hablar con los ojeadores en cuanto terminase. Quería que les dijese algo bueno de Asier y de Javi, «son los que más posibilidades tienen», y le parecía que mi opinión sobre su trabajo y su sentido del equipo podían ser puntos muy favorables para ambos.

En el vestuario, el ambiente estaba muy cargado. No sé qué ha dicho Asier que ha molestado tanto a Javi ni qué le ha pasado a Pau que ha hecho

que le mandaran callar los demás. Cuando surgen esas movidas intento sacar mi lado conciliador, pero hoy no he sido capaz de calmar a nadie. La idea de que mi padre iba a venir a verme me ha puesto demasiado nervioso como para meterme en follones ajenos. Además, ellos estaban también mucho más crispados de lo habitual. Como si todo el mundo se encontrara demasiado preocupado por los ojeadores que ahora sé que están viéndonos. Y por una victoria de la que depende que el club tenga más o menos fondos para seguir vivo en adelante.

El partido resultó trepidante. Y extraordinariamente limpio. Esperaba un juego mucho más violento, sobre todo, porque era consciente de que allí se estaban jugando algo mucho más importante que un simple campeonato. Para algunos, aquellos minutos de juego podían suponer la diferencia entre lo *amateur* y lo profesional. Para todos, una victoria significaba saber que el Stark lo tendría más fácil para superar los problemas que entonces lo aquejaban. Sin embargo, la deportividad y el buen talante pudieron sobre la presión y, en vez de dos equipos agresivos, encontré a dos grupos de jóvenes que daban lo mejor de sí en la piscina y que trataban de llevar su cuerpo al límite para lograr una victoria que, además de evidente, fuera limpia. Supongo que ese sábado entendí el amor que Quique, Javi, Vera, Marta o Asier me habían expresado hacia un deporte que para mí era algo completamente desconocido hasta que entré en el club. Y aquel día, por un momento, me olvidé de las tensiones que allí se vivían ante la belleza del juego.

Hemos ido muy igualados todo el tiempo. Hasta ahora. En este último pase nos lo jugamos todo. Así que, a pesar de las dudas, hacemos caso al míster y dejamos que todo el peso recaiga en quien, según Hernán, es el mejor. En realidad, ese puesto le correspondería a Izan, pero por culpa de su lesión tiene que asumir su lugar Asier. Javi y Pau se quejan, pero el entrenador pasa de sus opiniones. En realidad, pasa de todo lo que no sea ganar. Y eso es algo que, según nos ha repetido mil veces esta semana, solo

puede suceder si dejamos que Asier haga su trabajo. Claro que lo que el míster no sabe es que Asier lleva una semana rarísimo. Ni que ha estado a punto de pelearse otra vez con Javi. Ni que Pau estaba hoy tan alterado que ahora mismo dudo de que alguno de ellos tenga la concentración necesaria para un partido con dos equipos casi idénticos en capacidad y en estrategia. Dos equipos que llevan empatados todo el encuentro y donde el míster ha decidido que debe ser Asier quien marque el tanto de la victoria.

Veía cómo luchaban por la pelota, cómo se deslizaban a través del agua con una sencillez que, desde mi inexperiencia, casi rozaba lo sobrehumano. Sentí admiración por su tenacidad, por su esfuerzo, por su capacidad de hacer que pareciera fácil lo difícil. Me arrepentí de no haber ido antes a ver el partido de las chicas (¿no estaba siendo cómplice de esa segunda categoría en que parecía instalarlas todo el mundo en el Stark?) y me fijé en cómo animaban a sus compañeros. Marta y Alicia, sobre todo, daban efusivos gritos, mientras que Vera, junto a ellas, parecía mucho más callada.

El silbato del árbitro marca otra falta más. Y el cuerpo que comienza a pesar. Los músculos avisan del cansancio. Nos mantenemos firmes en el entusiasmo a pesar de que la presión del tiempo juega también en nuestra cuenta. Escuchamos los gritos desde las gradas, recuerdo que mi padre (que seguro que no ha dicho una palabra en todo el encuentro) está en ellas y, como mis compañeros, me dispongo a dejarme la piel si hace falta para demostrar que nos merecemos ganar. El balón va a entrar en la red. Vamos a marcar ese tanto y dejaremos boquiabiertos a esos ojeadores que se creen dioses que deciden futuros. Porque a veces parece que disfrutaran manejando los hilos, como si en vez de personas fuéramos marionetas para que ellos construyan su propio guiñol. Pero ahora vamos a demostrarles que no. Ahora que solo queda el tiempo justo para una última y ensayada jugada. La pelota es nuestra. Es mía. ¡Es tuya, Asier! Y siento que ese pase, ahora que el balón está en su mano, va a darnos la victoria. Por una vez, aunque no sea el héroe, sí podré convertirme en el segundón del

protagonista. En el Robín de Batman. O en el Watson de Holmes... ¡Vamos, Asier! ¡Vamos!

Contuvimos la respiración. Todos. No se oyó nada en el instante en que la pelota salió disparada del brazo de Asier hacia la portería. La trayectoria era perfecta, resultaba imposible que el portero pudiese detener ese impacto lanzado a una velocidad que, de nuevo, me pareció inverosímil. Vi cómo todo el banquillo se ponía en pie, dispuestos a celebrar el tanto que iba a darles la victoria. Cómo se acercó Víctor a Hernán, preso de los nervios y de la excitación, deseando gritar tan pronto como el balón diera en la red.

Cuando la ensayábamos, la jugada acababa en un gol. Pero esta vez no termina así. El balón da en el larguero, rebota y vuelve a la posesión del equipo rival que, aprovechándose de que nos hallamos completamente descolocados, corre hacia nuestra portería. Intentamos frenarlos. Trazamos la defensa más firme posible a pesar de nuestra improvisación, pero ya no sirve de nada. Es muy tarde. Y antes de que podamos darnos cuenta, es nuestra red la que recibe el impacto de la pelota. Ahora sí. Ha terminado el partido. Y para nosotros, el campeonato.

¿Habría sido todo igual de no haber perdido el encuentro con el que llevaban semanas amenazándolos? Quizá les hablaron tanto de la necesidad de ganarlo que se les olvidó mencionar cómo encajar la derrota. A lo mejor eso era lo que tenía que haber hecho yo: prepararlos para el fracaso. Acabar de una vez con ese buenísimo del todo es posible que, en su caso, más que deseo se les presenta como exigencia. Todo tiene que ser posible. Todo tiene que suceder. Todo tiene que acabar con un triunfo. Y el balón, en la red.

Salimos de la piscina con una sensación de derrota difícil de explicar.

Solo nosotros sabemos todo lo que acabamos de perder. Hernán apenas dice nada en los vestuarios y los jugadores nos cambiamos en silencio. Cada cual intenta digerir lo de hoy como puede, aunque sea dando golpes en la taquilla, como Javi. O echándole la culpa a los cabrones que lesionaron a Izan, como Pau. O tragándose las ganas de llorar, como Asier. Y como yo. Porque en el deporte hay ocasiones en que perder no tiene nada que ver con la competición, sino con la vida. Y esta era una de esas veces.

He vuelto a mis recuerdos de aquel sábado. A la desilusión que siguió a la derrota. Víctor persiguiendo a los ojeadores, que se marcharon pronto decepcionados por lo que acababan de ver. Los padres de Izan tratando de hablar con ellos para que le dieran una oportunidad a su hijo cuando se recuperase. Ernesto, el padre de Quique, sentado muy cerca de nosotros mientras fingía interesarse por algo que, está claro, no le atraía nada. Vera desencajada, como si fuera ella quien no hubiera marcado el gol de la victoria. Y yo, con la intuición extraña de que aquella tensión podía complicarse todavía más, aunque fuera imposible imaginar que el ambiente enrarecido acabaría volviéndose trágico. Quizá él, cuando acabó el partido, también lo sospechara. Puede que la víctima supiera lo que le iba a ocurrir horas antes de que ocurriese. Y, aunque intente convencerme de que es una idea estúpida, me obsesiona la pregunta de qué habría pasado si Asier no hubiera fallado ese último disparo. Si la noche del 9 al 10 de diciembre se habría desarrollado del mismo modo —el parque, la pelea, el asesinato— en el caso de que el azar hubiera evitado que la pelota diese en el palo. Supongo que nunca tendré respuesta para eso, pero tampoco dejaré de preguntarme si la vida de Asier llegó a depender de algo tan arbitrario como la suerte de aquel balón.

Segunda parte

Los silencios

OceanofPDF.com

14 de diciembre

OceanofPDF.com

8.15 a. m.

Andrea, que ha venido a completar algunos detalles de mi denuncia de ayer, aprovecha para hacernos un breve resumen de lo que han averiguado hasta ahora de la noche del 9 de diciembre, sin que ni Víctor ni yo hayamos apreciado avances significativos en su investigación. Siguen albergando dudas sobre el número de atacantes, aunque la hipótesis con la que han trabajado desde el principio se basa en la presencia de, al menos, dos agresores.

—Tampoco sabemos si uno de ellos fue quien te asaltó a ti anoche, Emma, pero es la teoría más probable.

—En realidad, lo mío tampoco fue gran cosa. Solo un susto.

—¿Sigues sin imaginar por qué lo hicieron?

—Ni idea. Creo que no sé nada que valga tanto. Y, si lo supiera, te aseguro que no me lo habría callado.

He pasado toda la noche preguntándome qué ha podido convertirme en la diana de esa agresión, donde hubo más afán de amedrentamiento que auténtica violencia y, de alguna manera, sospecho que Víctor tiene razón. Es como si las causas de todo esto se hundieran en algo que conecta con las emociones y los recuerdos de los implicados, algo que podría empezar a salir a la luz en una de sus conversaciones conmigo, en las que, cuando la terapia funciona, les resulta muy difícil controlar todos los mecanismos de su discurso. Mi despacho, poco a poco, ha empezado a convertirse en estos meses en uno de los reducidos espacios dentro del club donde se les invita a despojarse del escudo que llevan habitualmente, de modo que aborden temas que no les resultan cómodos. Quien me amenazó, supongo, solo

pretendía evitar que hiciese mi trabajo, quería conseguir que me fuese de aquí y permitiese que los demonios que ahora deben de estar devorando la conciencia de los asesinos callasen hasta caer en el olvido.

En cierto modo, mi agresión es la única prueba contundente de que el asesino es alguien del Stark, aunque ni Víctor ni Andrea parecen tan convencidos de mi teoría como sí lo estoy yo. Ella opina que solo es una prueba circunstancial más, como los escasos —y, de momento, inútiles— hallazgos que rodean este caso. Y Víctor no puede ni quiere darme la razón, porque si se revela que mi hipótesis es cierta, la supervivencia del club estaría en franco peligro tan pronto como esa información se hiciese pública. La negociación con la concejalía ya está resultando lo bastante compleja como para sumar un escándalo aún mayor al que ha originado la noticia de la muerte de uno de los jugadores. Por ahora, las instituciones y el patrocinador se han inclinado hacia la empatía, e incluso han hecho alguna que otra loa acerca de los milagros sociales protagonizados por el Stark a lo largo de sus años de existencia en este barrio. Pero si, de repente, el verdugo de Asier formara también parte de la misma asociación, el relato hagiográfico se vería rápidamente contaminado y, con él, las posibilidades de que el Stark pudiese continuar disponiendo de unas instalaciones que el ayuntamiento insiste en remunicipalizar.

—Vamos a pedir una segunda autopsia —nos informa Andrea.

—¿Por? —Ese dato es, posiblemente, la única novedad relevante de cuanto nos ha dicho esta mañana.

—Hay algo que no cuadra en el primer informe en cuanto a las lesiones... Además, seguimos sin entender la secuencia de los hechos. Cómo es posible que su móvil apareciera en la piscina y su cuerpo, en el parque.

—Uno de esos dos movimientos tuvo que ser realizado por sus asesinos —se anticipa Víctor.

—O no... Quizá fuera Asier quien estuvo en ambos lugares esa misma noche. Lo que no sabemos aún es por qué.

—Pero un segundo análisis... —La reticencia de Víctor me incomoda—. Ese pobre chico ya debería estar descansando.

—Por desgracia —le responde Andrea— ese pobre chico lleva ya días

haciéndolo.

Entiendo la rabia de Víctor, pero apoyo los argumentos de Andrea. No podemos permitirnos el lujo de desperdiciar ninguna pista. Y si un segundo análisis nos ofrece algún tipo de ayuda, resulta preciso hacerlo. Además, según nos cuenta, sus padres ya han firmado la autorización, así que solo queda esperar a que el forense examine de nuevo el cadáver.

—También hemos tratado de concretar dónde se encontraban los miembros de los equipos juveniles del club la madrugada en que ocurrieron los hechos —continúa Andrea— y todos coinciden en que, a la hora en que supuestamente ocurrió el crimen, ya estaban en casa.

—¿Y los padres de todos ellos lo suscriben?

—Sin excepción.

No quiero poner en duda el testimonio de las familias, pero estoy segura de que a Andrea la rodean tantas dudas hacia las coartadas ofrecidas como las que ahora mismo acaban de surgirme a mí. Me pregunto cuántos de esos padres dirían la verdad si supieran que su hijo ha podido ser el responsable directo o indirecto de la muerte de un compañero. O si yo misma, si estuviera en su piel, sería sincera o acallaría mi código ético e inventaría una excusa para evitar que ese adolescente que forma parte tan íntima de mi vida cargue con la culpa de un asesinato. La respuesta, en abstracto, parece evidente: se impone decir la verdad y afrontar las consecuencias de los hechos. Pero la vida no se juega en abstracto, sino en decisiones únicas y en circunstancias concretas, así que pienso en todas las veces en que esos mismos padres habrán ofrecido coartadas válidas a sus hijos en otras situaciones. Justificantes sobre enfermedades que nunca existieron para que les repitan un examen. Reclamaciones ante notas injustas donde se muestran más agraviados que su propio vástago. Disputas con el árbitro que, según ellos, perjudica el marcador del equipo de su hijo. ¿Cómo reaccionarían esos mismos padres si descubrieran que ese hijo se hallaba ausente no en la fecha de un examen, sino en la noche en que se cometió un asesinato?

—Pudo ser gente que ni siquiera lo conociera, ¿no es verdad? —propone Víctor, otorgando a esas familias y a sus hijos un margen de confianza que a mí, sin embargo, comienza a fallarme.

—¿Y cuál podría haber sido la causa de ese enfrentamiento? —Andrea le responde con la pregunta que nos lleva obsesionando a los tres desde que empezamos con esta pesadilla—. No le robaron nada. Tampoco parece probable que fuera una discusión. Si sus compañeros no nos han mentido, iba ya solo y de camino a casa, ¿qué podría haber sucedido en ese trayecto de vuelta para acabar siendo golpeado por un grupo de desconocidos?

—Sabes que a veces esas peleas estallan sin motivo... Una gamberrada. Una apuesta. Una novatada. Pudieron ser mil cosas y ninguna a la vez.

—Pudo, sí —le intenta calmar Andrea—. Pero mi labor es averiguar cuál de esas mil opciones fue.

—¿Alguien del Távora, quizá? —Me arriesgo a sugerir, a pesar de que Víctor desaprueba, una vez más, mi comentario—. Desde noviembre ha estado todo muy revuelto...

—Por favor, Emma, no lo liemos más. Bastantes problemas tenemos ya con ellos.

—Es una opción que estamos valorando, pero me temo que, más allá de la agresión a Izan a la que te refieres —me responde Andrea— y de la que seguimos sin tener un culpable claro, por esa vía no hemos encontrado aún nada relevante.

—¿Solo por esa vía? —se burla Víctor sin poder controlar una mueca profundamente despectiva.

—Estamos intentando ser lo más cautelosos posible para no afectar la vida del club —se defiende Andrea—. Ni de los institutos involucrados. Pero si quieres que lo hagamos, Víctor, solo tienes que decírnoslo. Aceleramos el curso de los hechos y nos olvidamos de toda esa cautela. A lo mejor así conseguimos que alguien diga la verdad de una maldita vez.

Estamos todos muy tensos. Han pasado cuatro días desde la noche del asesinato y los tres tenemos la sensación de que seguimos anclados en el punto de partida, tan perdidos —y tan abrumados— como lo estábamos entonces. Andrea nos propone revisar con ella los datos que hemos ido recopilando con la intención de que podamos sumar a su relato cuanto pueda parecemos pertinente.

—Incluso aquellos detalles anecdóticos —y subraya conscientemente ese adjetivo— que hayáis podido pasar por alto en vuestro primer

testimonio.

Pienso en la fiesta de recaudación de fondos del mes de octubre. En la posibilidad de que Vera hubiera bebido algo más de la cuenta y en esa disputa entre Javi y Asier que no sé hasta qué punto he magnificado en mi recuerdo. Resulta aterrador contemplar la cotidianidad con la lupa de lo extraordinario, porque entonces corremos el riesgo de darnos cuenta del verdadero sentido de cuanto hacemos. Y, peor aún, de cuanto omitimos.

La narración de Andrea confirma lo que Víctor y yo ya sabíamos gracias a nuestras conversaciones con los chicos. Todos coinciden en que la noche del 9 al 10 de diciembre solo salieron juntos los que no se habían ido de puente. Quedaron en el parque que hay junto al chino del barrio, donde consiguen la bebida sin que nadie les ponga muchas pegas, y allí coincidieron Javi, Izan, Pau, Alicia, Vera, Quique, Marta y Asier. Insisten en que se despidieron sobre las dos, porque a partir de esa hora suele pasar la urbana para dispersar a los que queden.

—Hasta las dos o incluso las dos y media hacen la vista gorda —nos aseguró Pau—. Saben que nosotros no damos problemas.

—¿Vosotros?

—Sí, no como ellos.

—¿Y quiénes sois vosotros y quiénes son ellos? —decidí preguntarle ayer, a pesar de tener muy clara su respuesta.

—Los follones los organizan siempre ellos. Los del Távara. Pero es que a los moritos les gusta mucho tocarnos los cojones.

Intenté hacerle razonar, pero tuve la sensación de que estaba dándome contra un muro xenófobo que, seguramente, llevaban años levantando a su alrededor. Un muro que no sé si vendría de su entorno familiar —posiblemente— o educativo —quizá también—, pero que parecía inmune a cuanto yo pudiera decirle. Lo hablé con Víctor que, a su vez, ha decidido reunirse hoy de nuevo con Ernesto, para ver si suavizan el tono del último encuentro y, de paso, son capaces de tragarse su orgullo y poner en marcha algún plan conjunto de prevención de la violencia.

Andrea prosigue con la narración de los hechos del 9 de diciembre que, a partir de las dos de la madrugada, se resume en el itinerario que cada uno de los ocho jóvenes siguió para llegar a su casa. Solo Alicia y Javi, que al

parecer llevan saliendo juntos desde octubre, se marcharon un poco antes —cerca de la una y media— y, según cuentan, estuvieron enrollándose cerca del portal de Alicia hasta que se despidieron y cada uno se fue a dormir a casa. Los demás se marcharon a las dos: por un lado, Izan y Pau, y, por otro, Marta, Vera, Quique y Asier. Nadie manifestó su intención de volver al parque ni de entrar a escondidas en el club, aunque sí admiten haberlo hecho en otras ocasiones, así que tampoco se explican cómo acabó el móvil de Asier en la piscina ni su cuerpo tirado en la calle, cosido a golpes tras una pelea que debió de tener lugar entre las tres y media y las cuatro de la madrugada.

—Solo cabe pensar que fuera una especie de desafío —añade Andrea—. Un enfrentamiento organizado para resolver algún conflicto previo.

—¿Crees que habían quedado allí?

—Es posible, Emma. No creo que Asier estuviera deambulando solo por la ciudad a esas horas...

—¿Una pelea de bandas? —Víctor reacciona con incredulidad—. Ninguno de estos chicos anda metido en eso.

—¿Tú también vas a protegerlos como ya hacen sus padres?

—Andrea, sé cómo son. Y son incapaces de...

—Ya. Nadie quiere creer que podamos ser capaces de algo así. Pero lo somos. De eso va mi trabajo.

—La pregunta es qué hacía Asier allí —intento reconducir la conversación a algún territorio que pueda resultarnos a los tres más productivo. No creo que poner en tela de juicio nuestras opiniones sirva de mucho—. Por qué regresó a ese parque tan tarde. Me cuesta creer que todos nos estén mintiendo... Si alguno se hubiera quedado allí, lo sabríamos. Es imposible conciliar ocho versiones idénticas y que no hayamos notado ni una sola contradicción entre todas ellas.

—Solo hay mínimos desajustes en las horas que nos hacen creer que están diciendo la verdad —apostilla Andrea—. Si se hubieran puesto de acuerdo en una única versión, tendríamos un relato único y homogéneo, pero tampoco ha sido así.

—Así que se fue a casa y, después, salió de nuevo.

—Lo que aún no sabemos es si su paso por la piscina del club fue antes

o después de eso. Y puede que ahí esté la clave de todo.

—O no —responde Víctor con escepticismo.

—¿Y sus padres qué dicen, Andrea?

—Su madre estaba de viaje por motivos de trabajo. Su padre asegura que lo oyó llegar sobre las dos, pero no se dio cuenta de en qué momento volvió a salir de casa.

—Puede que sea cierto que había quedado con alguien...

—Pero no sabemos para qué... Ni con quién.

O contra quién, pienso, pero no lo digo.

—¿Y no mandó ningún mensaje? ¿No hizo alguna llamada?

—En los registros telefónicos no consta que se pusiera en contacto con nadie. Si lo hizo, fue por otro medio.

—Ya...

—Y hay otro detalle más que nos desconcierta. —Andrea hace una pequeña pausa dramática consciente del interés que acaba de despertar en nosotros dos—. Ya sabéis que apenas hemos encontrado nada significativo en sus redes sociales, pero sí que nos ha llamado la atención la última foto que colgó en Instagram. Es de la misma fecha en la que ocurrió todo, de las 22.27, cuando aún se encontraban juntos en el parque.

—¿Y qué aparece en esa imagen?

Andrea extiende una copia de la fotografía y en ella se aprecia, algo distorsionada por la escasa luz y los filtros usados en la edición, la silueta de uno de los bancos del lugar donde se habían reunido todos. No hay nada en él, aparte de algún que otro corazón con flechas grabado a navaja y con tosquedad en la madera. Debajo de la imagen, un pie de foto breve y críptico:

«¿Volverá a haber otro verano?».

Todos los que estaban allí —desde Vera, al segundo de la publicación, hasta Javi, el último en verlo— dieron *like* a esa imagen, supieran o no lo que significaba. Según nos dice Andrea, todos niegan saber a qué se refería exactamente con aquella pregunta, pero les pareció que era, literal y en palabras de Alicia, «una de las moñadas» a las que, al parecer, los tenía acostumbrados. «Le ponía ir de poeta. Como decía que quería escribir y eso...», añadió su compañera.

Solo unas horas más tarde, la respuesta para su pregunta sería un trágico no.

Nunca volvió a ver otro verano.

Pero eso, cuando Asier colgó aquella fotografía, aún no podía saberlo.

OceanofPDF.com

10.50 a. m.

Los padres de Asier han llamado a eso de las nueve para preguntarme si podrían venir a hablar conmigo. Les he respondido que sí y que, si es necesario, cuenten conmigo para afrontar su duelo. No les queda un camino fácil por delante y, en mi caso, lo único que les puedo ofrecer es mi trabajo como psicóloga para que se apoyen en él a lo largo del duro proceso que los espera.

Ni siquiera alcanzo a imaginar cómo se sienten, ni las veces que habrán reconstruido las circunstancias de aquella noche. Dónde estaban, qué hacían, cómo no se dieron cuenta de que Asier salía de nuevo a la calle a altas horas de la madrugada. Paloma, su madre, se encontraba en Sevilla, de viaje de trabajo. En su empresa la habían mandado a hacer un curso de formación de tres días justo la semana en la que ocurrió el crimen. Antonio, el padre, sí estaba en casa, pero una vez que oyó a su hijo regresar a la hora convenida —«Nunca nos ha dado problemas con eso», me aclaran— se quedó dormido y no pudo oír cómo volvía a salir un par de horas después.

Imagino que el fantasma de la culpa, siempre tan obstinado, ya habrá empezado a agujerear la autoestima de Antonio y que, tan pronto como haya comenzado con su trabajo de destrucción del ego de él, iniciará las tareas de desconfianza en los sentimientos de ella. Cómo no te diste cuenta, por qué no estabas más pendiente, ojalá hubiera estado yo en casa... Esta mañana es la primera vez que los veo, así que no puedo sacar aún conclusiones sobre cuántos daños ha ocasionado el crimen en su relación, aunque seguro que ya son conscientes de lo complicado que va a resultar que su vida de pareja sobreviva a la muerte de su hijo.

Dejo que sean ellos los que me hablen de Asier sin pedirles que se ciñan a un guion previo. En esta primera entrevista quiero que lo recuerden con libertad, desde aquello que hoy necesiten o elijan contar. Su discurso es desordenado y está lleno de pausas, silencios en los que tienen que hacer un esfuerzo por no ahogarse o donde, sin poder evitarlo, son las lágrimas las que los detienen. Antonio se rompe cada vez que se da cuenta de que acaba de conjugar un verbo en presente. Asier es. A Asier le gusta. Asier sueña con. La sola mención de sus aspiraciones los arrastra a los dos a una tristeza profunda y oscura, un túnel que, los aviso, vamos a tardar mucho tiempo en recorrer.

Les propongo un calendario de sesiones, individuales y conjuntas, y los dos se muestran algo reticentes, aunque no creo que se deba a un acto de desconfianza hacia mi profesionalidad, sino a la extraña sensación que les provoca compartir su intimidad con alguien que, de un modo u otro, se halla envuelta en la investigación del crimen de su hijo. Esa cercanía con los hechos puede ayudarnos a la hora de explicar y entender algunas circunstancias, pero también puede convertirse en un obstáculo que nos aleje y les impida desnudarse con toda la verdad que necesitaremos en la terapia.

—Nunca fue un niño violento —afirma su madre una y otra vez a lo largo de nuestra entrevista—. No tiene sentido...

Los dos insisten en su carácter pacífico, incluso conciliador, en lo mucho que lo quería su entorno y en el carisma que, como yo misma pude comprobar en nuestros encuentros en el Stark, le hacían destacar sobre los demás miembros del club. Todos, jugadores y entrenadores, lo apreciaban, incluso aquellos con los que parecía tener una cierta rivalidad.

—Aunque es verdad que desde que empezó el curso... —Antonio se calla y duda si debe o no seguir hablando.

—¿Sí? —pregunto.

—¿Ya estás otra vez con ese tema? —le recrimina Paloma.

—Los dos lo hablamos.

—Lo hablabas tú. Yo no estoy tan segura de...

—¿De qué? —Él no sabe si contármelo y ella no quiere que lo haga, así que no vuelvo a repetir la pregunta y espero que Antonio sea quien rompa,

si así lo quiere, el incómodo silencio.

—Asier es, era —traga saliva— un chico muy dócil. Nunca habíamos tenido ni una bronca seria.

—Alguna sí que hubo.

—Broncas normales, sí, como las de cualquier familia. Pero tú sabes que con él se podía dialogar. Y hablar de todo.

Paloma asiente y se le humedece la mirada.

—Eso es verdad —corroborra sin ser capaz de levantar los ojos del suelo.

—Pero desde septiembre notamos algún cambio... Estaba más huidizo. Más esquivo. En esta etapa es difícil conocerlos, así que en octubre fuimos al Zayas, a hablar con su tutor, y nos dijo que nos lo tomáramos con calma. El curso lo había empezado tan bien como siempre y era normal que a su edad hubiera cambios bruscos de humor con el entorno más próximo.

—Todo eso es cierto —apunto.

—Lo sé pero...

—¿Había algo que os preocupara especialmente?

Vuelven a mirarse y noto que responderme les supone un conflicto moral evidente. Su teoría tiene que ver con alguien concreto, así que los dos temen que mencionar su nombre pueda influir, de algún modo, en la investigación. Saben que la policía mantiene una estrecha relación con el club estos días y que cualquier declaración que hagan podría ayudar a dar con la verdad de lo ocurrido o, por el contrario, llevarnos en una dirección falsa que lo complicase todo aún más.

—Paloma tiene razón —se corrige Antonio—, no eran más que conjeturas mías. Demasiado tiempo libre... No ha sido un buen año en mi sector.

—¿A qué te dedicas?

—Ilustrador. Y ya sabes, autónomo.

—No queremos perjudicar a nadie —se explica ella—. Necesitamos que la policía dé con la verdad, pero no soportaríamos que por nuestra culpa se provocara aún más dolor. Es lo último que Asier querría...

No puede resistirlo más y rompe a llorar a la vez que su pareja corre a abrazarla. Ella se esfuerza por serenarse tan pronto como le es posible y,

aún con la voz cortada, es quien me da la información que quería compartir su marido:

—Asier había empezado a salir con alguien. No nos lo contó, pero un par de veces le pillamos con la marca de un chupetón en el cuello.

—Nos hizo gracia descubrirlo —sonríe por primera vez Antonio—, sobre todo porque, cuando tenía su edad, esa también era mi marca de guerra...

—Pero él no llegó a decirnos nada.

—Aunque por lo mucho que quedaban y se veían, creemos que sabemos de quién se trataba.

—¿Alguien del club? —Me atrevo a preguntar.

Ella se mantiene hierática. Él mueve tímida y afirmativamente la cabeza.

—¿Y se lo preguntasteis alguna vez a él?

—Solo una. Le preguntamos que si era ella.

—¿Y qué os dijo?

—Se rio.

—¿Se rio?

—Sí, pero eso lo hacía mucho. Siempre se estaba riendo... Tiene, tenía mucho sentido del humor.

Pudo reírse porque la propuesta de sus padres fuera absurda o, también, por todo lo contrario, para disimular y que no supieran que acababan de acertar con el nombre.

—¿Y puedo saber a quién mencionasteis?

Paloma niega con la cabeza, tira de su marido y los dos se dirigen a la puerta. Antonio camina unos pasos por detrás de su mujer, que abandona antes la consulta. Él permanece un segundo de espaldas a mí y, aunque soy consciente de que las dudas lo dominan, finjo no darme cuenta de la tormenta que está teniendo lugar ahora mismo dentro de su conciencia. En apenas un segundo se libra un combate desigual entre sus ganas de dar con la verdad, su miedo a llegar a descubrirla y el terror que le provoca arrastrar a una persona inocente al mismo infierno en que él se halla ahora. Sabe que si me da ese nombre, no tendré otra opción que cuestionarme, de nuevo, las circunstancias de un crimen que a él le ha destrozado la vida y que, en mi

caso, aunque intente mantener cierta distancia, también sé que marcará la mía.

Puedo escuchar, sin oírlos, sus argumentos mientras empieza a girar el pomo de la puerta con intención de cerrarla y dejarme atrás. Cuando está a punto de hacerlo, se gira y dice un nombre:

—Vera.

OceanofPDF.com

2.10 p. m.

Estábamos obsesionados con encontrar la verdad de los hechos en las semanas inmediatamente anteriores al asesinato, pero cada vez cobra más fuerza la teoría de que todo se fraguó en verano, lejos de la mirada de los responsables del Stark y de los profesores de cualquiera de los dos institutos, que se han visto envueltos, de un modo u otro, en los altercados de este primer trimestre.

Si para explicar lo que ocurrió en diciembre es necesario remontarse a ese verano al que aludía el propio Asier en su críptico mensaje en Instagram, no nos queda otra opción que ganarnos la confianza de quienes lo rodeaban para que nos cuenten cómo fueron esos meses de julio y agosto. Qué cambió en sus vidas hasta el punto de que una de ellas acabara rompiéndose.

Andrea, por su parte, acaba de llamarnos para advertirnos a Víctor y a mí de que va a recrudecer los interrogatorios. La revelación del nombre de Vera, que el padre de Asier ha decidido compartir con la policía nada más pronunciarlo en mi despacho, ha dado un nuevo giro a su investigación y ahora se plantean si esa relación pudo interferir de algún modo en el devenir de los acontecimientos. Los entrenadores, especialmente Hernán, se han quejado de los modos policiales, pues no dejan de interrumpir el ritmo de los chicos y eso pone aún más en peligro el rendimiento y la continuidad del club. Saray, por su parte, ya nos ha advertido de que empieza a ser difícil contener los rumores de ciertos medios locales hasta los que también ha llegado en tiempo récord el nombre de Vera, y que han empezado a construir morbosas historias de celos y sexo a su alrededor.

Me asquea tanto la filtración policial —esa información tiene que haber salido de alguien del equipo de Andrea— como el hecho de que vayan a transformar en un serial truculento la muerte de un chico, involucrando a gente que, quizá, no tenga nada que ver con lo sucedido. Puedo imaginarme el guion de su relato periodístico y adivinar qué personaje encarnará en él Vera, condenada a ser la mujer fatal de la historia. Hablarán —si lo tuvo— de su novio anterior, que no sé si sería alguien del club o de fuera, porque Vera es bastante reservada y no da demasiadas pistas de sí misma. Pero en cuanto sepan su identidad, aunque solo fuera el rollo de una noche, contarán cómo rompió con él y comenzó una relación con alguien que acabó muerto a golpes poco después. Y algún redactor con voluntad de guionista melodramático insinuará que todo ha sido una cuestión de celos y de violencia adolescente, apuntalando —si es posible— los clichés de género y dejando, de paso, un rastro de duda sobre el comportamiento de ella, a quien se acusará —sin decirlo— de promiscua, de poco fiable y de haber enfrentado a dos hombres, a dos nobles rivales, a dos caballeros de no sé qué mesa redonda a causa de su ignominiosa actitud. Todo ello, por supuesto, figurará solo en el subtexto de la noticia, debajo de un titular sanguinolento, con el mismo tono de los que cuestionaban la veracidad de las denuncias de las mujeres a quienes yo atendía en mi anterior trabajo.

—¿No puedes hacer nada para frenar esos rumores, Saray?

—Puedo hacer un par de llamadas, pero...

—Tienes que convencerlos. No podemos permitir que publiquen nada. En cuanto arrastren el nombre de Vera por esas páginas, la habrán condenado. A ti no tengo que explicarte lo difícil que es borrar el rastro digital, ¿verdad? Y no creo que quieras que, cada vez que alguien *googlee* su nombre, encuentre toda una ristra de titulares morbosos asociados a ella.

—Lo voy a intentar, Emma. Pero también los entiendo a ellos... Son medios pequeños, con una tirada cada vez menor y que solo obtienen relevancia con primicias así.

—Vera no es ninguna primicia. Es una adolescente a la que no tienen derecho a destrozar la vida.

—Yo no soy el enemigo. No te confundas.

—Lo sé, Saray. Lo siento... —El agotamiento empieza a hacer estragos

también en mí.

—Intentaré que nos den algo más de margen, Emma. Pero no creo que sean muy generosos con el tiempo.

—Ganes el que ganes, nos vendrá bien.

Saray se compromete a ponerse en contacto con los medios a los que ha llegado la filtración y yo, a cambio, a entrevistarme con Vera. No resultará fácil que hable conmigo de cómo era esa relación con Asier. Se mostrará cerrada y orgullosa, tal y como la he conocido desde que llegué aquí, con ese caparazón que ha construido en apenas diecisiete años para protegerse de todo el daño que sabe, y tiene razón en ello, que pueden hacerle fuera. El daño que le infligen quienes la convierten en el vértice morboso de esta historia y la presentan como un trofeo por el que se peleaban dos hombres, el novio muerto y el novio despedido. Solo necesito que entienda que, aunque no lo sienta así, estoy de su lado. Porque también estuve ahí, en ese mismo lugar, y comparto esa misma rabia. Esa de la que no se habla. Algo así es lo que creo que hierve en la sangre de Vera, de ella y de casi todas las jugadoras de ese equipo al que, cosas del azar, siempre le tocan los peores horarios, las duchas sin agua caliente y los entrenadores novatos. Y por eso no voy a dejar que nadie hable de ella antes de que Vera quiera hablar conmigo. Porque, a pesar de todas las luchas, sigue siendo demasiado fácil estigmatizarnos y llevo muchos años mirando cara a cara el dolor y la sumisión que ese estigma provoca como para ayudar a unos medios sedientos de sangre a que siga ocurriendo.

—¿Vas a hablar con ella? —me pregunta Víctor.

—Si es cierto que estaba saliendo con Asier, puede que sepa algo.

—¿Me admities un consejo?

No se lo admito, pero finjo que sí.

—Escúchala con cierta cautela, Emma.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que puede ser un poco... exagerada.

—¿Exagerada?

—Hazme caso. Llevo aquí mucho más tiempo que tú.

El criterio de la experiencia y de la veteranía, cómo no. Ya echaba de menos que alguien me recriminase mis intuiciones por el simple hecho de

que lleva más días que yo en un lugar o junto a una persona. Seguimos creyendo que conocer de verdad a alguien depende del tiempo que compartimos, cuando solo tiene que ver con la intimidad de lo que decidimos compartir. Como toda esa gente con la que nos tocó convivir en clase durante años y que, una vez acabado el instituto, terminaron en algún lugar indefinido de nuestra memoria, porque jamás tuvieron para nosotros más nombre que el que sonaba cuando los profesores pasaban lista. Compañeros, amigos, parejas, familiares... Las horas que vivimos con ellos deberían asegurarnos que llegaremos a ser capaces de prever sus acciones, incluso que entenderemos sus porqués, pero siempre hay en ellos un hecho que nos sorprende, o una frase que nos desubica, o una anécdota minúscula que nos obliga a preguntarnos si no será que, por mucho que nos empeñemos en lo contrario, siempre viviremos entre extraños.

—Andrea acaba de interrogarla y no ha conseguido nada nuevo, ¿crees que tú sí?

—A lo mejor no le ha hecho las preguntas adecuadas.

—¿También vas a poner en duda la competencia de la policía?

—No estoy diciendo eso, Víctor. Pero quizá una conversación más relajada ayude a que Vera nos diga algo útil.

—¿Una conversación relajada? ¿En tu despacho?

—Pero ¿por qué estás siendo tan negativo?

—Estoy siendo realista. Nada más. Todo lo realista que puedo para dejar de agrandar esto y evitar que se convierta en una gigantesca bola de nieve que nos sepulte a todos.

—También pensabas que la segunda autopsia no iba a servir de nada. Y sin embargo...

—¿De verdad crees que ha aclarado algo?

Puede que no haya arrojado tanta luz como esperábamos, pero sí ha permitido descubrir que, según nos contaba hoy mismo Andrea, las heridas y contusiones halladas en el cuerpo de Asier ocurrieron, al menos, en dos momentos distintos. De ahí que su móvil apareciese en la piscina del club, ya que pudo ser el primer lugar donde fue agredido. Nos ha pedido que mantengamos este dato en la más estricta confidencialidad, pues es uno de los escasos detalles que han conseguido que no salte a la prensa y que

podría ayudarlos a avanzar en su investigación. Por ahora, ignoran si estamos ante un mismo agresor, ya que el intervalo de tiempo probable entre ambos momentos es más bien escaso. O puede que se trate de dos atacantes diferentes.

—Es un avance.

—Sí, Emma. Es un avance... Un avance de mierda.

Nada más decirlo, Víctor se da cuenta de la brusquedad de su reacción e intenta suavizarla sin éxito. No nos conviene seguir hablando del tema que ha monopolizado nuestra relación estos últimos días. Ni siquiera ha pasado una semana desde el 9 de diciembre y, sin embargo, parece que hubieran transcurrido meses. El tiempo se ha vuelto mucho más lento y moroso, con minutos que se niegan a avanzar y que agravan las dudas y los remordimientos de lo que pudo haberse evitado y no se evitó. El reloj es canalla y cobarde, un sádico que nos culpa de aquello que quizá jamás estuvo en nuestra mano impedir, pero se detiene lo justo como para que creamos que sí pudimos hacerlo, ofreciéndonos explicaciones que falsean la realidad y que, a causa del cansancio, acabamos asumiendo. Es la maldición de cualquier oficio con vocación de servicio social, de todos esos trabajos que nacen de una necesidad personal que, a veces, nos conduce a resoluciones satisfactorias y otras, a darnos de bruces con imposibles que nos hacen dudar de nuestra profesionalidad.

Imagino que, por ese motivo, Víctor no se muestra favorable a que hable con Vera. La aparición de su nombre vuelve a dirigir la investigación hacia los miembros del club, justo lo que él ha intentado evitar desde el principio. Se ha aferrado a todas y cada una de las teorías, por improbables que pareciesen, que alejaban el foco de la investigación de su club, de ese territorio en el que ha invertido mucho más dinero del poco que haya podido ganar con él. En realidad, su verdadero sueldo viene de su otro trabajo, ese cargo ejecutivo en una empresa de la que nunca habla porque no tiene nada que ver con quien realmente siente que es. Y dejarse la piel en algo que no da beneficios económicos ya es duro si los beneficios morales no se perciben con la suficiente claridad, pero se vuelve aún más cruel cuando esa recompensa se convierte en perjuicio. ¿Qué sentido tiene luchar por la pervivencia de un club nacido al abrigo de valores como la

solidaridad, el trabajo en equipo o la superación personal si se descubre que han enraizado en él el odio y la violencia?

Entiendo lo que Víctor está viviendo y puedo empatizar con él mucho más de lo que quiere asumir. Porque hace dos años que estuve en ese mismo lugar, en ese desierto de la fe en que no crees en nada ni en nadie, ese páramo vacío y deshabitado donde solo escuchas cómo te golpean tus reproches y tu soledad mientras te consumes en la rabia y en la impotencia. Tras la muerte de Rebeca yo también caí en las mismas generalizaciones que ahora mismo debe de estar haciendo él: nada sirve de nada, todo es inútil, nuestra lucha no ha tenido frutos. Eso fue lo que sentí cuando me enteré del asesinato de Rebeca. Y del de su hijo. Esa frustración que aún convive conmigo y que me hizo cuestionar todo cuanto hacíamos en ese punto de violencia que hoy sigue funcionando con mucho menos personal del que debiera. Y me cuestioné lo que hacíamos, lo que habíamos hecho, incluso lo que podíamos hacer. Por eso me presenté voluntaria a ese ERE y me alejé de allí. Ahora que empiezo a mirarlo con algo más de perspectiva, pienso que quizá esté llegando el momento de regresar, que a lo mejor mi estancia en este club es solo una fase y, cuando acabe el curso, debería regresar al mismo sitio del que intentaba huir, porque cuanto más tarde en afrontar mis temores, más fácil les resultará dominarme.

Salgo rumbo a casa convencida de que mañana, sin falta, le pediré a Vera que venga a hablar conmigo. No dejo de pensar en la amenaza mediática que se cierne sobre ella y sé que, cuanto más tiempo pase, menos oportunidades tendrá Saray de contener la voracidad de los buitres deseosos de nueva carroña con la que conseguir más clics en sus enlaces. Un buen titular, una protagonista adolescente, un asesinato aún sin resolver y un contenido engañoso hasta el que acercar el puntero del ratón para adentrarse en un relato donde nada tiene por qué ser verdad, basta con que resulte lo bastante atractivo como para que queramos creer que lo es.

Cuando apenas estoy a unos metros de mi portal, distingo una figura esperándome en él. Saco el móvil y dejo en la pantalla el número de Andrea, por si esa sombra que se halla medio escondida tras una de las columnas del edificio fuera quien ya me agredió antes. Pienso si debo entrar y, por un segundo, tengo la tentación de marcharme, pero estoy cansada de

dejar que el miedo decida por mí, así que avanzo y me dispongo a entrar con el teléfono en una mano y las llaves en la otra.

La silueta se mantiene hierática, de espaldas, con una sudadera gigantesca y una capucha muy similares a las de quien me agredió. Cuando llego a su altura se gira y, por fin, me deja ver su rostro. Su expresión, agitada y nerviosa, pide ayuda a gritos. Y sus ojos, enrojecidos y vidriosos, delatan que ha estado llorando. No hay nada amenazador en su gesto, solo una angustia que busca con toda su alma una confidente y está claro que, para mi sorpresa, me ha elegido a mí.

—¿Quieres pasar, Vera?

Esboza un sí que apenas puedo escuchar y subimos hasta mi apartamento, donde le ofrezco una infusión para intentar calmar sus nervios antes de que comience a contarme lo que sea que la ha traído a mí. Mientras ella bebe un par de sorbos, busco con disimulo mi móvil y enciendo la grabadora. No usaré contra su voluntad nada de lo que me cuente, pero si se le escapa algo que arroje luz sobre la muerte de Asier, recaerá en mí la responsabilidad de convencerla de que no se vuelva atrás de cuanto pueda afirmar ahora.

—Puedes confiar en mí —le aseguro a la vez que pulso el *play* de la grabación y siento una punzada de rechazo hacia mí misma, incapaz de decidir si lo que estoy haciendo es éticamente aceptable.

Vera me mira con una mezcla de necesidad y desconfianza. En su interior luchan sus ganas de abrirse con su miedo a hacerlo. No me sorprende. A los diecisiete ya te han traicionado las suficientes veces como para saber cuánto arriesgas compartiendo tu verdad. Es triste admitir que el aprendizaje no nos vuelve necesariamente más sabios, pero sí más desconfiados.

—Di solo lo que necesites, Vera. No voy a forzarte a que me cuentes nada que no quieras.

Inspira con fuerza, se frota los ojos enérgicamente, como si se avergonzara de las trazas de llanto que se adivinan en ellos y deja la taza sobre la mesa, dispuesta a hablar. Siento cierta vergüenza de mí misma cuando la grabadora comienza a registrar sus palabras y pienso que ya no hará falta que la convoque mañana a mi despacho.

La realidad siempre hace sus planes sin contar con nadie.

OceanofPDF.com

3.05 p. m.

«Asier y yo no estábamos saliendo.

»He oído que hay quien va por ahí diciendo que sí, pero no tienen ni idea de nada. A la gente le gusta mucho hablar de las vidas ajenas, porque se ve que la suya les aburre mucho.

»A mí eso me ha pasado siempre, ¿sabes, Emma? Me lleva pasando desde que dejé claro que no me gustaban los juegos a los que se supone que tenía que jugar, ni la ropa que se supone que me tenía que poner, ni el rollo ese de las princesas que me vendían primero en mi casa y luego en el colegio. A mi madre le volvían loca Cenicienta, y la Sirenita, y la Bella y la Bestia, así que llenaba mi cuarto de personajes que no tenían nada que ver conmigo y que yo cambiaba por otros que a ella nunca le gustaban. Mi habitación, durante unos años, se convirtió en una especie de campo de batalla y todavía hay marcas de chinchetas de lo que ella ponía y yo quitaba en todas las paredes. Solo tenía seis o siete años, pero ya sabía que esa Vera que ella se había inventado no era la que yo tenía pensado ser. Mi padre se mantuvo siempre al margen, la verdad, se divorciaron pronto y su espacio conmigo está en su casa, no en la de mi madre. Con él sí siento que tengo un cuarto propio, un lugar que es mío, un sitio donde no me juzgan y, aunque a veces tengamos alguna que otra bronca, hasta me entienden.

»A ella eso la saca de quicio. Le molesta que entre mi padre y yo haya tan buen rollo, supongo. Una vez le pregunté si querría que me fuese a vivir a su casa, pero él me dijo que con su trabajo y con sus viajes y con todo lo que tenía encima, iba a pasar demasiado tiempo sola. Me jodió, la verdad, pero no insistí, así que me conformé con seguir discutiendo con mi madre y

riéndome con mi padre, aunque también puede que a ella le haya tocado toda la mierda de la convivencia y a él solo los fines de semana. Los viernes son siempre más fáciles. Y hasta los sábados. Incluso los domingos por la mañana. Los domingos por la tarde ya no, claro. Los domingos por la tarde son un asco, porque lo único que puedes hacer es esperar a que se termine la semana y asumir que empieza la siguiente. Los domingos por la tarde solo sirven para engañarse creyendo que la semana que viene va a ser mucho mejor.

»Si me puse a entrenar en el club fue porque él me apoyó. A mi madre no le molaba la idea de que su hija se metiera a waterpolo. “¿No prefieres *ballet*?”, me dijo. Toma ya. *Ballet*... Y cuando le contesté que no y le confesé que estaba dudando entre eso y fútbol, le tocó todavía más la moral. “¿No serás...?”, me dijo, y esperó a que yo completara la frase cuando solo tenía diez años y ni siquiera estaba completamente segura de lo que me estaba preguntando. Luego, con el tiempo, me han hecho esa misma pregunta tantas veces que ya tengo respuestas de todo tipo preparadas. Algunas, en plan serio; otras, en plan broma; pero la mayoría, en plan borde. En cuanto puedo, suelto alguna burrada para quedarme con quien me larga esa gilipollez. No sé si la primera vez que salí con un tío lo hice porque me apetecía o, simplemente, porque quería que me quitasen la etiqueta. Nunca he sido la tía buena de mi clase, ni siquiera la medio buena, soy demasiado alta para la mayoría y, según más de uno, demasiado plana. No tienen ni idea de cómo jode cuando los oyes con esas mierdas, pero pronto te acostumbras a medirte por lo que vale tu cuerpo según sus puntuaciones. Según los *likes* que tienes en tus fotos o los chistes que, a veces, les pillas a tu costa.

»Mi primer rollo fue en segundo de ESO. El tío era un imbécil, pero la mitad de las chicas de la clase andaban detrás de él y, como estaba harta de sentirme invisible, me hice la tonta todo lo que pude y se lo puse en bandeja hasta que nos enrollamos. Fue torpe y baboso, uno de esos besos que te dejan todavía más vacía que antes de que empezaras a darlos, pero sirvió para que se corriera la voz de que era mentira eso de que yo fuera lesbiana (“la bollo”, me llamaban), aunque —eso decían— lo pareciera. Y no lo soy, pero lo importante no era eso, lo importante era que me quitaran el maldito

nombre, que me sacaran de esa lista de tías de las que hacían bromas porque no estaban en su lista guay, que se olvidaran de mí y me dejaran en paz, en algún lugar donde yo pudiera decidir quién iba a ser mi próximo rollo sin tener que renunciar a ser como soy para conseguirlo.

»El plan sonaba bien, pero no funcionó. El tío con el que me había enrollado contó cosas que no habían ocurrido y todo se volvió peor de lo que era. Ya no me llamaban “la bollo”, pero sí empezaron a creer que estar conmigo era mucho más fácil de lo que nunca insinué que pudiera serlo. No pasó nada demasiado grave, al menos, nada fuera de lo normal. Algún *wasap*, alguna foto por los mensajes directos del *Insta*, alguna nota en clase. Que si quieres que salgamos. Que si te pondría que nos viésemos luego. Que si ya me han dicho que eres una fiera. A mi compañera de mesa (y no, no la llamo amiga porque no lo era) le parecía que todo aquello, en el fondo, era una pasada. Los tienes a tus pies, tía, me repetía y le quitaba importancia a lo que yo le decía que sentía cuando me llegaba uno de esos mensajes. En ellos no había insultos. Ni amenazas. Pero a mí, al leerlos, me quedaba una sensación de suciedad que no desaparecía al borrarlos. Era como si los demás pudieran verme desnuda sin que yo quisiera que me vieran y tampoco estaba segura de si contarle aquello a alguien era una buena idea. Para que no nos hundan solo tenemos el silencio, porque en cuanto hablas, te acusan. En cuanto alzas la voz, te la ahogan.

«Desde tercero todo fue más tranquilo. La cosa mejoró en cuanto me vine al Zayas. Cuando empecé a destacar en el equipo y, gracias a las competiciones, me admitieron aquí. Por primera vez no deseaba ser invisible, ya no era ni “la bollo” ni “la caliente”. Ahora era Vera. Y todo parecía que iba mejor... Hasta este verano.

»Me sorprendió, ¿sabes, Emma? No era algo que esperaba que me fuese a ocurrir. Y menos este año. Primero de Bachillerato estaba siendo el peor curso de mi vida. Profes que dictaban apuntes por toneladas, exámenes interminables y la palabra *universidad* cada cinco minutos. Yo no tengo nada claro lo que quiero hacer con mi futuro. Voy por letras, sí, y quizá termine estudiando Comunicación, o Sociología, o Políticas, o un doble grado, o no tengo ni idea. Tampoco sé qué va a pasar con el deporte, si voy a llegar todo lo lejos que me gustaría o si es mejor que cierre esta etapa a la

vez que acabe con el *insti*. El curso pasado le di tantas vueltas a todo que cuanto más se acercaba el verano, más ganas tenía de alejarme y desfasar un poco. Tirarme en la piscina. Oír música. Salir con la gente del club. Y una noche cualquiera, en mayo, una noche de esas que crees que son solo una más y en las que luego pasa algo que hace que ya no olvides nunca esa fecha, Izan me dijo que le molaba mucho. Y me lo dijo en plan bien, sin avasallar ni tratar de hacer nada, solo mirándome como con muchas ganas de que pasara algo y dejando que fuera yo la que decidiera si pasaba.

»No me lo esperaba. En el grupo siempre nos habíamos llevado más o menos bien, pero él y yo nunca habíamos hablado demasiado. Podía haberlo pensado un poco más, haberme apartado para tratar de tomar una decisión sensata, pero eso solo pasa en los libros y en las películas; en la vida real las decisiones las tomas como puedes y cuando se te presentan, porque no puedes dejar tirado al tío más guapo del *insti* mientras tú reflexionas sobre el sentido de la vida y todo eso. No tenía ni idea de qué vio en mí cuando podía elegir a cualquier otra. Y él lo sabía. Todas estaban detrás de él desde cuarto, desde que dio el cambiazco y dejó de ser un tipo medio desgarrado para convertirse en uno de esos tíos con los que mis compañeras podrían forrar sus carpetas. Yo no, claro, que para eso soy la rara de la clase, porque prefiero poner en la mía a las deportistas que me inspiran antes que a cantantes o actores que se pasan de moda enseguida. “Y luego no quieres que te tomen por...”, insiste mi madre, que sigue sin pronunciar la palabra en cuestión, no vaya a ser que al decírla yo le confiese que sí, que me ponen las tías, o hasta que tengo novia. Por eso no le he dicho que algunas de mis amigas del equipo sí son lesbianas, porque entonces se pondría en plan detective conmigo cada vez que quedase con ellas. Mi padre, no. Mi padre creo que piensa de otra manera. Él es algo así como el siglo XXI y mi madre y su obsesión por hacerme lazos, el siglo XIX.

»Esa noche, al final, entre Izan y yo no pasó nada. Y no porque yo no quisiera, sino porque me quedé tan bloqueada que preferí reírme, tomarme a broma lo que me estaba diciendo y fingir que estaba jugando con él cuando, en realidad, solo estaba muerta de miedo. Aquello no era un rollo, aquello era un tío que me gustaba diciéndome que quería salir conmigo. Y no sabía si era buena idea contarle que me parecía que era un jugador brutal, ni que

me encantaba verlo competir, ni que hacía ya tiempo que, cuando lo tenía delante, me quedaba mirándolo como si fuera idiota. A lo mejor no era necesario decírselo, porque esas cosas se notan mucho y seguro que él ya se había dado cuenta. Puede que por eso se lanzara aquella noche, porque tenía claro que yo iba a acabar cayendo y diciendo que sí, que adelante, que a mí también me molaba él.

»La primera vez que quedamos, en medio de los exámenes finales, fue un poco rara. Estábamos estresados y, encima, él parecía sentirse incómodo, como si hubiese algo en mí que le molestara. Nos enrollamos un par de veces, pero siempre tenía la sensación de que se quedaba frío, pensando que había sido un error y que era mejor no repetirlo. Al día siguiente me mandó un par de *wasaps* para decirme que no era su tipo, que buscaba otra clase de chica. Me dolió el orgullo, pero le dije que vale, que daba igual, que a lo mejor él tampoco era la clase de chico que yo estaba buscando. Entonces me respondió que ya se había dado cuenta porque había aparecido con unas pintas un poco raras y, cuando quedas con alguien que te gusta, no te plantas así. A otro tío lo habría mandado a la mierda, pero Izan tenía algo de razón. Iba vestida más o menos como voy hoy, con esta ropa que, como él decía, uso para esconderme más que para vestirme. Le expliqué que no tenía nada que ver con él, que no me parecía normal que no hubiese una segunda vez por algo como eso, que conocerse lleva su tiempo y que una cosa era verse en el grupo y otra, a solas. Le convencí, quedamos de nuevo, ya después de los exámenes, y elegí otra ropa con la que se notaba que ya no necesitaba esconderme, porque quería que viese que me sentía bien, que tenía ganas de empezar algo con alguien que sí mereciese la pena.

»En cuanto nos dieron las vacaciones comenzamos a vernos mucho. El verano está lleno de tiempo, así que lo ocupábamos juntos. A él siempre se le ocurría algún plan. No había que pensar demasiado, solo dejarse llevar y disfrutar de alguien que me hacía protagonista de su vida. Encontré el modo de que le molara mi ropa, de que se pusiera a mil nada más verme y me esforzaba por merecerme estar allí, con él, aunque supiera que era el tío más guapo del *insti* y, en el fondo, yo siguiera sintiéndome la mediocre, la plana, “la bollo” de siempre. Él no me lo decía nunca en plan mal, pero sí que nos reíamos con mis pintas de antes. “Estabas hecha un cuadro”, y nos

partíamos, mirábamos fotos mías de entonces y nos reíamos, porque esa pánfila de la imagen no tenía ya nada que ver conmigo.

»A Asier, lo mío con Izan le dio mal rollo desde el principio. Yo no se lo había dicho a nadie, pero un día nos pilló morreándonos cerca de mi casa y preferí contárselo. Le pedí que no le dijera nada a Quique, porque, aunque es mi mejor amigo, sé que Izan le cae de pena. Ahora Quique está un poco raro conmigo, porque se enteró de todo esto por otra gente y, bueno, cree que es porque yo le he fallado, pero no es cierto. Si no le dije nada es porque Quique presume de escuchar mucho, pero al final está siempre juzgando, y cuando no haces lo que él quiere que hagas, reacciona fatal. Por eso no se lo conté a él y sí a Asier, con quien hasta entonces no había tenido tanta confianza y, de repente, los dos empezamos a compartir muchas más cosas. Era como hacer un nuevo mejor amigo, alguien más que sumar a Quique, que a ratos me carga demasiado con tanto dilema y tanta comedura de cabeza. Lo que no sabía era que Asier iba a ser también un poco como él, opinando todo el tiempo y poniendo mala cara cuando le contaba lo que hacía o dejaba de hacer con Izan.

»Yo no le hacía mucho caso, claro, porque desde fuera todo se ve distinto. Desde fuera no tienes ni idea de lo que estás hablando aunque creas que sí, que te lo sabes todo. Y Asier resumía lo que le contaba como si yo fuera una imbécil que no se enteraba de nada, una simple que se dejaba manipular y que estaba cambiando para poder salir con alguien. Eso me dolió. Me pareció injusto que fuera él, precisamente él, quien me hablaba de dignidad, y de orgullo, y de todas esas cosas. Él, que estaba lleno de secretos. Él, que nunca hablaba con nadie de las tías con las que salía. Que lo hacía siempre todo a escondidas, como si no fueran más que un trapo de usar y tirar con las que calmaba sus hormonas cuando ya no podía soportar más la presión. Él venía a darme lecciones y a cuestionar a un tío que sí que se atrevía a ir de cara, que no tenía miedo a decir que estaba “empezando a sentir algo”, eso me dijo Izan, “algo de verdad”.

»Asier se largó con sus padres de vacaciones y a mí me vino bien que se marchara lejos. En este barrio, en agosto nos quedamos los de siempre. Los que no tenemos pelas para irnos más que al pueblo un par de fines de semana o los que se van de vacaciones en julio y pringan en Madrid en

agosto. Yo era de las primeras, porque las cosas este año no han ido bien en ninguna de mis dos casas —ni en la del cuarto de las Sirenitas degolladas ni en el apartamento de mi padre—; e Izan, de los segundos, porque acababa de hacer una pasada de crucero con sus padres, que querían premiarlo por sus resultados académicos y deportivos. Sus resultados tampoco eran la leche, no te creas, pero su familia aplaude todo lo que hace. Es el niño mimado en casa y en el club. En el Stark, Hernán ya ni siquiera lo disimula: “Si hay alguien que va a conseguirlo aquí, es Izan”, ha dicho alguna vez.

»Tuvimos alguna que otra bronca, claro, pero siempre eran poca cosa y hacíamos las paces enseguida. Que si tardas mucho en contestarme el *wasap*, que si te escribes con mucha gente, que si no me mola la foto de perfil que has puesto ahora. Tonterías que pasan cuando te quieres y el tiempo te parece que va más lento de lo que va realmente, por eso acabas perdiendo los nervios cuando ves el doble tic en la pantalla, pero no te responden, como si no importase lo que has escrito, y lo que estás sintiendo, y lo que necesitas decir justo después de que, por fin, llegue la respuesta. Intenté que eso no fuera un problema y traté de estar más pendiente del móvil cuando no estábamos juntos, porque sabía que Izan lo pasaba mal y no quería que se comiese la cabeza montándose películas que no eran reales. Asier creía que todo eso era inadmisibile, así me dijo, “inadmisibile” —porque podía ser muy pedante cuando hablaba— y se empeñaba en que no podía tolerar que él me vigilara de aquella manera, pero yo intentaba demostrarle que no nos vigilábamos, solo nos queríamos. Asier no lo entendía. O no quería entenderlo. Pero él no estaba enamorado de nadie, ni siquiera sé si lo llegó a sentir alguna vez, así que podía hablar con distancia, pero yo no: cuando sientes de verdad algo por alguien, esa frialdad no existe. Y menos aún cuando llevas tanto tiempo sola y al margen de todos, cuando te has tirado años siendo “la bollo” y te ha costado tanto que alguien se fije en ti en serio.

»Todo el mundo opina. Todo el mundo juzga. Todo el mundo sabe lo que te conviene y lo que necesitas. Pero nadie presta atención a lo que dices. Solo ven en ti lo que buscan antes de conocerte. Eso es lo que hacen. Lo que hacemos todos. Imponemos lo que pensamos y cubrimos con ello lo que vemos. Porque es más importante tener razón. Hablar más alto. Gritar

hasta que solo se escuche nuestra voz. Hasta que eso tampoco importa y el grito es tan fuerte que ya no se puede escuchar nada.

»Algo así fue lo que nos pasó a Asier y a mí este verano. Creo. Algo que no puedo explicar más que desde ese ruido que lo ensuciaba todo. Sus gritos de alarma y los míos de cansancio. Porque estaba harta de que todo el mundo —mi madre, Quique, él— me tratara como si fuera una cría. De que se creyeran capaces de interpretar mis sentimientos mejor que yo misma. Como si yo no supiera lo que sentía por Izan. Como si no fuera yo quien decidía qué quería cambiar o no de mí misma para que esa relación funcionase. Porque lo nuestro, y eso es lo que Asier no quería entender, no era un simple rollo. Lo mío con Izan podía ser algo más. Solo hacía falta tiempo. Él lo necesitaba para adaptarse a mí y yo, para adaptarme a él. Los dos hicimos cambios. Los dos nos ajustamos. Los dos nos esforzábamos por que todo fuera bien. Eso es lo que yo creía. Lo que le repetía a Asier cuando, tras regresar de sus vacaciones, se enfadaba al verme con el móvil siempre cerca. No quiero que Izan se preocupe, no quiero que piense que le oculto algo, no quiero que piense que no me importa. A Asier le ponían enfermo mis razones y a mí me sacaban de quicio sus consejos. Yo no se los había pedido. Yo nunca le he pedido un puñetero consejo a nadie.

»Por suerte, se volvió a ir con su familia el último fin de semana de agosto. Una escapada breve y de última hora para celebrar que su madre había conseguido un pequeño ascenso. Son majos. Sus padres, digo. Tampoco los conozco demasiado, pero me caen mejor que los de Izan, por ejemplo, que siempre me han parecido unos estirados. “Tendrás que ponerte algo guay si te invito a cenar a casa —me dijo un día—, no te pueden ver con esos trapos”. Y a mí me parecía gracioso, porque sabía que solo bromeaba, aunque luego llegara a casa y pensara que sí, que estaba harta de esos malditos trapos, de ser la mediocre de la historia, la que acaba siempre sola y arrinconada al final del cuento. Y me comparaba con mi madre, con la vida que ella había diseñado para mí y la que yo había elegido, y a veces eso de mirarme en su espejo me hacía daño, porque me llevaba a sentirme perdida entre la identidad que se esperaba de mí y la que yo buscaba.

Y así empecé a dudar, a no saber si quería seguir siendo como era o como los demás insinuaban que debía empezar a ser.

»Me alegré de que Asier se marchara ese par de días. “Así voy a poder averiguar qué siento de verdad”, pensé, porque tenía miedo de que se estuviera mezclando todo. A lo mejor los miedos de mi nuevo mejor amigo —esto no se lo digas nunca a Quique, ¿vale, Emma?— no eran más que celos: ¿y si Asier se había pillado un poco por mí? O quizá era yo la que estaba hecha un lío entre dos historias y había escogido una para no acabar perdiéndome en la otra. Tener tiempo con Izan, solos y en nuestro barrio fantasma, parecía la mejor manera de aclararlo todo. De empezar a tomar decisiones que cobrarían sentido en el siguiente curso. A partir de septiembre. En ese mes en que todo comienza. Menos este año... Este año ha tenido el único septiembre en que no ha empezado nada. Por lo menos, nada que no doliera».

OceanofPDF.com

6.20 p. m.

Entro en el despacho de Víctor sin saludar, hecha una furia.

—¿Por qué no me lo contaste?

Tiro mi móvil sobre su mesa, sin siquiera quitarme el abrigo. Él sigue sin tener ni la más remota idea de lo que le estoy hablando.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Esto me pasa. —Y señalo con ira el teléfono, que él mira completamente perplejo.

—¿Te quieres calmar, Emma?

—Acaba de estar en mi casa.

—¿Quién?

—Está todo ahí. Grabado.

—¿Quién ha estado en tu casa? —Intenta que me siente, pero declino su ofrecimiento y me mantengo en pie, frente a él, tratando de reconocer al extraño que tengo ante mí—. ¿Me lo vas a decir?

—Y hemos hablado... Bueno, ha hablado. Ha hablado en cuanto he conseguido calmarla después de meses callando. Meses tragándose la verdad porque tú —y lo señalo furiosa con mi índice—, tú le dijiste que lo hiciera.

—¿Con quién has hablado, Emma?

—¿De verdad hace falta que te lo diga?

Su silencio es, en sí mismo, una respuesta.

—No te precipites —se defiende.

—Está ahí. Todo grabado. Palabra por palabra. ¿Quieres que lo oigamos los dos juntos?

—¿Vas a traicionar el secreto profesional?

—No estaba ejerciendo. Ha sido Vera la que ha venido a mí. Fuera de mi horario. Solo quería desahogarse y sacar toda esa basura que la está destruyendo. No traiciono nada hablando de ello si con eso consigo ayudarla a superarlo.

—¿Sabe que la has grabado?

—Eso no importa.

—Claro que sí. Estás vulnerando su intimidad.

—Estoy intentando ayudarla.

—¿Coaccionándola?

—¿Yo? —No doy crédito a su cinismo—. ¡Pero si fuiste tú quien la amenazó!

—Cuidado con lo que dices, Emma. —Su tono cambia y se vuelve inusualmente oscuro—. Mucho cuidado.

«Sabía lo que *podía* pasar, Emma.

»Sí, lo sabía.

»Pero no sabía que *tenía que* pasar.

»Ojalá a Víctor no se lo hubiera contado así. Ojalá hubiera sido capaz de mentir para que, al menos, él no me hubiese mirado con esa cara de desprecio cuando se lo expliqué. Cuando Asier, después de sacármelo todo, me obligó a reunirme con él. “Tienes que decírselo, Vera. Tienes que contarle al *presi* lo de esa noche”.

»Lo pensé tantas veces. Le di tantas vueltas... Yo sabía dónde iba. Sí, todos sabemos que hay un acceso al club que nadie controla y que, como es tan fácil colarse aquí dentro, la piscina se ha convertido en el picadero oficial cuando alguien quiere enrollarse y no tiene casa. A mí nunca me habían traído. Ni siquiera me habían invitado. Hasta que Izan me dijo que por qué no íbamos juntos. Que iba a ser divertido. Y que ese último fin de semana de agosto, con el barrio aún medio vacío, no teníamos nada que temer. Era imposible que alguien nos viese entrar. “Solo unas botellas, unos vasos, algo de música y nosotros dos, ¿cómo lo ves?”. Y yo, la verdad, dije que lo veía bien».

—¿Por eso me insistías tanto en que me centrara solo en los jugadores y no en ellas? ¿Para que no descubriese lo que estabas tapando?

—¡No estoy tapando nada, Emma!

—¿Y me quieres decir cómo llamas a esto?

—Esto es solo su versión —se defiende Víctor—. La historia de una cría despechada a la que acababa de dejar su novio y que vino a mí para que yo lo castigara a él por algo que ni siquiera sabemos si hizo.

—¿Ese es tu resumen? —Me cuesta creer lo que estoy oyendo.

—¿Le preguntaste por qué no fue a la policía?

—Tenía miedo. —En mi mente, el rostro de Vera se funde con el de todas las mujeres a quienes he tratado en estos años—. No sabía si iban a creerla... Igual que no la creíste tú.

—¿Me estás culpando a mí? —Se ofende.

—No tienes ni la más remota idea de cómo es esto, Víctor. Llevo años trabajando con chicas que han vivido algo muy parecido.

—Vera solo estaba tonteando con un tío, rompieron y ella quiso vengarse.

—¿Tú también vas a caer en ese discurso?

—Lo siento, Emma, pero aquí la única que tiene un discurso preparado eres tú. Yo me ciño a los hechos.

—No. —Y pulso con rabia el *play* de la nota de audio—. Los hechos son estos.

«La noche empezó bien. Pusimos algo de música en el móvil. Bebimos algo. Nos enrollamos. Se estaba genial allí, al borde de la piscina. En el mismo lugar donde Izan y yo nos habíamos conocido.

»Por un segundo, pensé en Asier, en que estaba deseando decirle que se había equivocado con mi chico. Y comenzaba a ir aún mejor. Hasta decidí que se lo contaría a Quique en cuanto quedase con él. Porque, de repente, allí tumbados, junto a la piscina, parecía que todo estuviera por hacer. Y no había nada contra lo que competir. Ni nadie a quien vencer. No había metas,

ni propósitos, ni objetivos. No había exámenes, ni obstáculos ni preguntas sobre qué íbamos a hacer en el futuro. No había etiquetas, ni rumores, ni mi madre con su ejército de chinchetas y de frustraciones porque su hija, aunque no me lo diga a las claras, no le gusta del todo. Allí solo estaba la noche. El agua donde nos reflejábamos Izan y yo. Y nuestros cuerpos respirando juntos. Cada vez más fuerte. Y la música que seguía sonando. Y una copa más. Y un vaso de plástico que se derramó sobre el suelo. Y los dos nos reíamos. Y lo llenamos otra vez. Y la noche era cada vez más elástica, como si pudiera extenderse hasta envolvernos por completo. Como si fuera tan libre como sentía que, en ese momento, también lo eran nuestros dos cuerpos».

—¿Hablaste con Izan?

—Hablé con todos, Emma.

—¿Con todos? ¿Estás seguro de eso?

El desconcierto se suma a mi rabia ante la respuesta de Víctor.

—Reuní al equipo de los chicos en septiembre y hablé con ellos de lo que suponía estar en el club. De los valores que había que respetar y de las conductas que no se iban a tolerar bajo ningún concepto.

No solo siento náuseas por su forma de manejar el tema con Vera, sino también perplejidad ante la respuesta que acaba de darme. ¿Qué interés podría tener esa charla colectiva cuando lo que resultaba necesario era una conversación individual?

—¿Aludiste explícitamente a temas sexuales?

—Les hablé de valores y de actitudes. Eso lo incluye todo.

—¿Hiciste alguna referencia concreta al consentimiento o no?

—Captaron el mensaje.

—No doy crédito, Víctor. En serio...

—Pero ¿qué más quieres que hiciera, Emma? ¿Un careo? Esto es un club, no una comisaría.

—Pues haberla llevado a una.

—Vera no tenía pruebas.

—Ella confiaba en ti.

—No te equivoques, solo estaba buscando un verdugo.

—Así que, en vez de hablar con él, la juzgaste a ella.

—Bebieron, se colaron en una instalación privada, tuvieron relaciones sexuales. ¿Querías que le diera un premio a Vera por todo eso?

—¿Y por qué no los sancionaste a los dos?

—Porque, si transcendía, el ayuntamiento me habría cancelado nuestro acuerdo —al fin dice algo que sea verdad—, ¿lo entiendes ahora?

«Cuando llegué allí pensé que querría hacerlo. No soy tan ingenua. Sabía lo que podía pasar si me colaba con él en el club. De verdad que sí, que lo sabía. Pero una vez allí... Estaba mareada. Yo no suelo beber casi nunca. O no solía... Ni siquiera me gusta. Y esa noche habíamos bebido algo... De repente, el agua que antes me hacía sentir libre, ahora me daba asco. El suelo de la piscina estaba húmedo. Sucio. Y yo no quería que ocurriera allí. Teníamos tiempo. Acabábamos de empezar y yo, eso me decía Izan, le gustaba. Claro que le gustaba. Por eso respondía a sus *wasaps* cuando tenía que responder. Por eso me vestía como sabía que le molaba que lo hiciera. Porque nosotros nos queríamos y todo lo que hacíamos significaba algo. Significaba la noche. Significaba el lugar. Significaba hasta la piel. Y no había prisa, aunque él tuviera muchas ganas y comenzase a apretarse contra mi cuerpo. Me costaba contenerlo. Cada vez más. Al principio, hasta me reía. Me hacía gracia vernos tan torpes, entre vasos de plástico y en un lugar prohibido. Era divertido imaginarnos desde fuera, como dos fugitivos que han encontrado un lugar en el que refugiarse.

»Hasta que noté que él ya no se reía. Sentía sus piernas rodeando las mías, apretando y empujando con fuerza, clavándome contra el suelo que me helaba la espalda. Sucio. Húmedo. Agarraba mis brazos y, cuanto más intentaba yo soltarme, más me dolían las muñecas. Va a parar, me dije. Va a parar ya, lo sé. Y tardé en luchar porque quería creer que no iba a ser necesario, que lo que teníamos, aunque acabase de empezar, era demasiado real como para ensuciarlo de aquella manera. Hasta que me di cuenta de que Izan iba a seguir hasta lograrlo. El juego había acabado hacía tiempo. Entonces fue cuando intenté zafarme. Soy fuerte. Soy muy fuerte. Pero él

me gana en peso y en altura. Y esa noche, también en lucidez. A él no le había cansado tanto como a mí el alcohol. O había bebido menos o lleva más tiempo practicando, así que podía controlarme mientras seguía empujando, apretando, manoseándome. “Hemos venido a esto, tonta, no lo niegues. No te hagas la estrecha, venga, que no te pega”. Aún le oigo decir eso cada vez que lo veo, cada vez que me lo encuentro desde entonces. Desde que, cuando acabó, me dejó allí en el suelo, tendida como un trapo y dolorida, entre sus babas y un hilo de sangre que limpié, muerta de vergüenza, antes de marcharme. Antes de llegar a casa y lavarme para no dejar rastro de lo que acababa de ocurrir. Para que mi madre no supiera. Para que, cuando me tocara la siguiente visita a casa de mi padre, tampoco él me preguntara. ¿Todo había ocurrido porque yo había dejado que ocurriese? Repasé sus *wasaps*. Las horas. El lugar. Yo sabía que allí podía suceder algo, no que estaba obligada a que sucediese».

—¿Por qué no hablaste con Izan a solas?

—Porque no me pareció oportuno. ¿Sabes cómo puede afectar a la vida de un jugador de su edad una historia como esta?

—¿Y tú sabes cómo le ha afectado ya a ella, Víctor?

Ahora, ya sé que no me inventé nada. Que lo que escondía Vera en la fiesta del club en el mes de octubre era una botella. Tras haberla escuchado, resultaba tristemente fácil interpretar las secuelas de la agresión en su comportamiento. Sus arrebatos de ira, el consumo de alcohol, su reticencia a mantener con cualquier miembro del club una cercanía superior a la estrictamente necesaria... Todo nace de aquella noche del 26 de agosto. De esa madrugada de sábado que nadie la animó a denunciar.

—¿Tan bueno es Izan, Víctor? ¿Tanto miedo tienes a perderlo?

—No solo es eso...

—¿Entonces?

Víctor busca una carpeta en su escritorio y la arroja sobre la mesa.

—Ten.

Es un dossier con toda la *info* sobre el patrocinador del equipo masculino. Lo abro y, nada más leer los créditos de la primera página, entre

los principales inversores de la empresa que, hasta la fecha, nos esponsoriza, reconozco un apellido que me resulta familiar.

—¿Es el padre de Pau?

—El mismo.

—El mejor amigo de Izan...

—Y las familias de ambos, por si no lo sabes, también tienen una estrecha amistad.

Necesito sentarme para procesar toda la información. Siento tanto asco ahora mismo que me cuesta reprimir mis ganas de hacerlo estallar contra alguien a quien, hasta hace apenas unas horas, admiraba. Alguien a quien, ahora mismo, ya ni siquiera creo conocer.

—Por eso le dijiste a Vera que lo dejara pasar...

—Vera no estaba segura de lo que había ocurrido. Y vino a mí dos semanas después. Si fuera verdad, ¿crees que habría tardado tanto en decirlo?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—No puedes ponerte de su parte porque sea mujer.

—Ni tú tienes derecho a juzgarla por eso mismo.

—Emma, por favor, no hagas de este asunto un mundo...

—Escucha la grabación íntegra, Víctor.

—Paso.

—Escúchala.

—¡No necesito una maldita grabación! —Y empuja el móvil en mi dirección con tanta fuerza que está a punto de hacerlo estallar contra el suelo—. Vera habló conmigo cuando todo estaba mucho más reciente de lo que lo está ahora. Antes de que tú la sonsacaras, Emma. Antes de que tuviera tiempo de reconstruir los hechos y tú la ayudases a hacerlo. Y entonces, cuando se sentó en este despacho, ni ella misma sabía si era una agresión o si había consentido.

—Ni ella ha inventado ni yo la he influido. ¿Está claro? Tan solo la he ayudado a interpretar lo que ocurrió. ¿O crees que una experiencia tan traumática se digiere enseguida?

—Pero ¿qué querías? ¿Que la animara a acusar a Izan por algo que quizá no hizo? ¿Que cabreara a sus padres y a los de Pau para que dejaran

de patrocinar el club? ¿Dejamos a todos estos chicos en la calle por una acusación de la que no hay, te repito, ni una sola prueba?

—Tienes la palabra de Vera.

—Lo siento, Emma, pero no es suficiente. Su palabra me vale tanto como la de Izan. Yo necesito pruebas.

—Ya, lo malo es que cuando se trata de nosotras, esas pruebas nunca os bastan.

—No conviertas esto en una guerra de bandos.

—Pues yo juraría que lo es, Víctor. Y lo que más me duele es que tú ya has elegido el tuyo.

«El día siguiente lo pasé encerrada en casa. En el baño. Ahí fue cuando empecé a ducharme compulsivamente. Como si el agua pudiese llevarse el recuerdo de la noche anterior.

»Después de aquello, él no dejó de mandarme *wasaps*, aunque yo no podía responderle ninguno. Creí que aquello pararía pronto, pero no lo hizo. Ha seguido ocurriendo. Ahora ya menos, a pesar de que a veces todavía me encuentro un mensaje suyo. Nunca son amenazas. No hay nada que suene mal en ellos, Emma. Izan no es tan idiota como para hacer algo así. Es un capullo, sí. Pero no es idiota. Tardé casi una semana en coger fuerzas para hablarlo y, cuando las tuve, dudé si debía contárselo a Quique o a Asier. Quique era mi verdadero mejor amigo, pero, si se lo decía a él, tenía que confesarle que le había ocultado algo durante todo el verano y me pareció más sencillo abrirme con Asier. Él, nada más oírme, me dijo que deberíamos ir a la policía. O, por lo menos, hablar con el *presi*. “Víctor seguro que se pringa. Él siempre se pringa”. Y eso pensaba yo. Me costó días decidirme, una semana, dos, no sé, hasta que al final lo hice.

»Fui a su despacho. Me senté con él. Intenté describirle lo que me había pasado y Víctor me dijo que no estaba bien que acusara “impunemente” a un compañero y, mucho menos, destrozarle la vida por algo de lo que ni siquiera estaba segura. Me amenazó con que podía salirme muy caro haber confesado que me había colado en las instalaciones del club y consumido alcohol en ellas. Le enseñé los mensajes que me mandaba Izan, pero

tampoco le pareció que hubiera nada raro en ellos. No eran a horas extrañas. No había alusiones sexuales. No me insultaba. Que me llamara guapa de vez en cuando no se podía considerar una agresión, me dijo, e insistió en que no podía estar segura de lo que decía, porque yo misma había dicho que había perdido la noción de la realidad a causa de la bebida. “¿De verdad te quieres jugar tu futuro y el suyo por un simple polvo?”. Esa frase se me quedó grabada. “Un simple polvo”. A eso se reducía todo. A un simple polvo.

»Desde ese momento ya nada ha sido lo mismo. Todo se hizo más complicado. Y más oscuro. Todo se rompió un poco porque yo dejé de creer en la verdad y Asier, en la justicia. En el grupo le pedí que no dijéramos nada, mucho menos a Quique, así que los dos nos hemos pasado todos estos meses fingiendo normalidad y yo, cuando las fuerzas me fallaban, bebía algo o me iba pronto a casa. Aún me tiemblan las piernas cada vez que entro en el club y me cuesta mirar, sin sentir vértigo, esa piscina.

»Pero hoy he decidido que no voy a permitir que todo esto, además de dolerme, me hunda, porque lo peor es que no he sido capaz de borrar los mensajes, y a veces hasta necesito leerlos de nuevo para creermelo que fui esa persona de la que habla en ellos, que ocupé un lugar en su vida igual que él ocupó un lugar en la mía. Entonces es cuando esa noche de agosto duele más, porque el suelo se vuelve tan duro y cortante como el silencio que vino luego, como la soledad de ahora, como la mentira que él me hizo creer y que yo me empeño en intentar que sea verdad. Porque yo valgo, ¿sabes, Emma? Yo sé que valgo. Y necesito creérmelo para tener ganas de levantarme cada mañana. Para que respirar, tan solo respirar, no me duela tanto».

—Le he pedido a Vera que hable con Andrea.

Víctor se queda lívido.

—¿Que has hecho qué?

—Ya me has oído.

—No tenía que haberte hecho venir, Emma. La culpa es mía, claro...

—¡Pero si te estoy ayudando, Víctor!

—¿Ayudando? —Se levanta y se acerca a mí invadiéndome con su presencia—. ¡Lo estás destrozando todo! ¡Todo! ¿No te das cuenta?

Salgo de su despacho sin despedirme, llena de dudas y preguntándome si mi consejo a Vera no ha sido excesivamente temerario. Y no porque ponga en duda su testimonio, sino porque me inquieta que encuentre en la policía el mismo escepticismo que ha mostrado hoy Víctor. Dónde están las pruebas, dónde está la sangre, cómo opusiste resistencia, cuántas veces dijiste que no. La historia de Vera, por desgracia, es de las que serán objeto de vacilación en la comisaría o, peor aún, de sorna. ¿Por qué tardaste tanto en defenderte? Pareces una chica fuerte, ¿cómo es que no luchaste por quitártelo de encima? Y todo empeorará si ese medio local publica algo.

Empezarán con la compasión: adolescente agredida.

Seguirán con las dudas: adolescente envuelta en un romance turbio.

Y acabarán con el juicio y la condena: adolescente despechada acusa a su novio de una supuesta agresión.

Al final, la sombra la devorará a ella y lo exonerará a él.

Mientras conduzco a casa, me planteo si no debería ser yo quien se reúna antes con Andrea para valorar cómo manejamos esta información del modo más sensible y práctico posible. Necesito evitar que conviertan a Vera, por segunda vez, en víctima de algo que le va a llevar mucho tiempo superar. Así que, aún con dudas, la llamo desde el coche y le digo que espere, que lo deje en mis manos, que confíe en mí. Vera guarda silencio al otro lado del teléfono y, presa de la culpa, de esa maldita culpa que solo hiere a quien es inocente, accede a mi petición.

—Está bien, Emma, como tú digas. Pero, por favor, no me falles.

—Tranquila, Vera, no voy a hacerlo.

Nada más colgar, dejo un mensaje en otro buzón de voz.

—Necesito verte cuanto antes, Andrea. Es urgente.

Algo me dice que, ahora que el dolor y la rabia han empezado a hacerse visibles entre nosotras, comenzamos a acercarnos a la verdad en este caso. Una verdad que temo que está a punto de llevarse consigo mi amistad con Víctor. Para siempre.

15 de diciembre

OceanofPDF.com

6.05 p. m.

Hoy ha sido un día *Matrix*. Uno de esos en que pasan tantas cosas buenas y malas a la vez que al final no sabes con cuál quedarte. Ahora mismo no sé si estoy bajo los efectos de la pastilla azul o de la roja, porque la realidad de esta mañana era lamentable y la de la tarde, sin embargo, hasta me ha parecido esperanzadora. Incluso mi padre me ha dicho que está orgulloso de mí, literalmente ha dicho:

—Enrique —cuando me llama Enrique en vez de Quique es porque va a decirme algo muy importante—, estoy muy orgulloso de ti.

He fingido que no me afectaba oírsele, claro, y me he hecho el duro delante de él porque no me van las movidas sentimentales, pero la verdad es que me ha gustado que, al menos por una vez, piense así de mí. Estoy tan acostumbrado a sentir que solo me acepta por obligación que me ha sentado bien creer que, por una vez, lo hace por instinto.

Pero eso ha sido a primera hora de la tarde, en la parte buena del día, mucho después de que esta mañana nos hayan reunido en el instituto a los de segundo de Bachillerato para decirnos que querían hablar con nosotros acerca de Asier.

Ha sido la tercera vez que nos reúnen en una semana y tengo la sensación de que, cada vez que lo hacen, es peor. Nos juntan a todos en el salón de actos, nos sueltan un rollo interminable sobre cicatrizar heridas, *shocks* postraumáticos y la importancia de atreverse a pedir ayuda, pero no prestan atención a las miradas que cruzamos, ni a la cantidad de sospechas y de malos rollos que se han despertado esta semana, como si todos estuviéramos convencidos de que hay un asesino escondido junto a

nosotros. O puede que sí lo vean, es cierto, quizá sí se dan cuenta y fingen que esa tensión no existe para intentar que recuperemos una normalidad que, por mucho que se esfuercen en fingirla, no es real. Cuando algo sucede se queda contigo. Y te cambia. No podemos ser los mismos después de haber perdido a un compañero. Es absurdo que pretendan que el curso continúe tal y como había empezado, porque al principio estábamos todos y ahora ya no, ahora nos falta alguien que ha sido asesinado, alguien a quien le han robado lo único que tenemos y que importa. Los días por hacer. Las noches por vivir. Las madrugadas. La vida sería ridícula sin madrugadas. No se puede volver a la normalidad cuando le quitan todo eso a alguien que conoces. O, peor aún, a alguien que era tu amigo.

Después de la charla, el orientador del *insti* se ha acercado a mí y a Vera. «Sé que teníais una relación más estrecha con él», nos ha dicho, y nos ha insistido en que podemos hablar con él cuando queramos (aunque eso, si somos sinceros, es más bien relativo, porque siempre tiene el despacho lleno de gente). Yo no puedo decir que Asier fuera mi mejor amigo, pero sí que era uno de los pocos que me apetecía que siguieran en mi vida después del instituto. Incluso después de que hubiésemos salido del club. Cuando tire la toalla y deje el waterpolo definitivamente. Con el resto no lo tengo tan claro. Con los demás nos une lo que compartimos cada día, la rutina de las clases y la de los entrenamientos, pero cuando eso desaparezca ya no tendremos mucho más que decirnos. Con gente como Pau, como Izan, como Alicia o como Dani, no tengo inquietudes comunes, ni juegos de palabras privados, ni confidencias como las que sí nos llegamos a hacer Asier y yo. Tampoco muchas, porque ni a mí se me da bien abrirme ni él era el rey de la transparencia y siempre tuve la sensación de que ocultaba todo lo que no quería que los demás viésemos, como si le asustase que abriese un poco más pudiera volverlo vulnerable. Asier no hablaba mucho de su familia. Ni de si tenía o no amigos fuera del equipo. Ni de las tías que le gustaban o con las que se enrollaba. En su manera de callar nos parecíamos mucho y por eso la amistad era tan real.

En la reunión de hoy, la policía nos ha insistido en que hablemos con ellos si recordamos algo. Además del equipo directivo, en el salón de actos del *insti*, estaban también el *presi* del club, nuestro míster, Emma —que

luego se ha quedado un buen rato hablando con el orientador— y la inspectora que lleva el caso, que es la que más ha insistido en que cualquier dato que tengamos puede ser de gran ayuda.

—Todos lo conocíais. Todos sabéis a qué sitios vais y qué tipo de gente los frecuentan. Cualquier cosa que creáis que pueda resultar mínimamente relevante nos ayudará.

La reunión ha sido muy larga. Se sentían en la obligación de animarnos y, en lugar de eso, lo único que han conseguido es transmitirnos sus dudas. Está claro que se sienten tan perdidos como nosotros, aunque nos subestimen porque somos más jóvenes y crean que asimilar todo esto nos va a costar aún más de lo que les está costando a ellos. Me habría gustado que nos hablasen desde otro lugar, alguno que sonara a verdad y no a manual de autoayuda, mirándonos a la cara y sin tratarnos como si fuéramos niños a quienes hay que salvar de sí mismos. No se nos puede proteger de estar vivos y eso supone aprender a enfrentarse a realidades como esta, aunque crean que su discurso *buenrollista* va a ayudarnos y se va a convertir en un salvavidas en medio del naufragio. Pero no es verdad, porque cuando pasa algo así solo puedes hundirte, es más, necesitas hacerlo, abrazar la tristeza hasta que, cuando ya no te pueda doler más, empieces a reconstruirte. No ayuda que te nieguen la opción del dolor, que te hablen de la normalidad, que cuestionen si puedes o no puedes estar triste. Y yo estoy hecho polvo, yo estoy intentando no ahogarme en la rabia y en la impotencia, estoy luchando por comprender cómo es posible que un amigo fuera agredido por un salvaje que le quitó la vida.

Vera tampoco se encuentra bien. Ayer le debió de pasar algo que la ha afectado y, al acabar la reunión, se ha acercado a Emma, que estaba con nuestro orientador, y han estado charlando un buen rato. Me ha dado la sensación de que pretendía hablar también con la inspectora, pero Emma la ha frenado y, al final, han ido las dos hacia ella. Luego se han marchado las tres del *insti* y no he conseguido que Vera me responda ni un solo mensaje, así que no sé bien de qué iba eso.

El resto de la mañana ha sido como siempre. Con esa falsa tranquilidad que parece que tuviéramos ensayada y que es la única que evita que todo esto acabe en una tormenta colectiva. Pau e Izan han vuelto a la carga con

su teoría de que fueron los del Távora los que se metieron con Asier y ya hay más de uno al que han empezado a convencer de que «hay que parar a los moros esos». Hace un mes sé que me habría callado. Que habría fingido no oír lo que decían, ni ver los brazaletes con la bandera y el aguilucho que Izan se ha traído hoy a clase y, por supuesto, tampoco le habría dicho que sí a la locura que se le ha ocurrido a mi padre. Hace un mes, ese otro Quique se habría largado de donde esos dos estuvieran dando rienda suelta a su odio para que nadie me apuntase con el dedo y les recordase que soy el hijo del jefe de estudios del centro enemigo. De ese *insti* donde, según ellos, están todos los que nos odian a nosotros, a nuestras familias y, cuando a Pau se le va directamente la olla, a nuestra civilización. Pero hoy no me he largado. He seguido allí, escuchando todas las chorradas que tenían que decir. He aguantado mientras recordaba todas las otras veces que callé. Todas las veces que, en otros de mis días *Matrix*, escogí la pastilla equivocada. La que te vuelve mudo y ciego. La que te hace cómplice.

Hoy era distinto. Hoy sentía tanta tristeza por Asier, y por quienes lo queríamos, que me he atrevido a decirles lo que de verdad pienso. Y me he llevado algún insulto, y la amenaza de que, si no me iba de allí, me partirían la cara, y la mirada de asco que me ha dedicado Izan después de escupirme por ser «amigo de los moros» y que ha aplaudido Pau. Pero ha merecido la pena reaccionar, porque los que nos rodeaban no se han quedado indiferentes. Al corro de gente que escuchaba sus gracias les ha surgido la duda de si esos dos no se estarían pasando, de si no estamos haciendo con esa gente a la que no conocemos lo mismo que hacen con nuestra vida quienes hablan, sin saber nada, de nosotros.

—Somos carne de prejuicio, ¿no os dais cuenta? Todos.

Lo de «carne de prejuicio» me ha salido demasiado intelectual, ya lo sé, pero con esta gente es mejor pasarse que quedarse corto.

—¿Te ha lavado el cerebro tu padre? —Pau, como es incapaz de desarrollar ideas propias, no puede creer que los demás sí podamos tenerlas.

—Pasa de mí, tío.

—¿Y qué me vas a hacer? ¿Me van a poner una bomba tus amigos del Távora?

—Gilipollas.

He intentado dar media vuelta y alejarme. Es lo que me han enseñado, lo que intento hacer en ocasiones como esa. Y eso que ni siquiera imaginaban lo que iba a hacer esta tarde. Ninguno de mis compañeros tenía la más remota idea de que había dicho que sí a participar como voluntario en un programa de mediación entre el Távora y el Zayas. Una iniciativa que se le ha ocurrido, cómo no, a mi padre y que Mónica, nuestra jefa de estudios, también ha creído que podría ser muy útil. La idea es crear dos equipos de trabajo que puedan ayudar a mejorar el clima entre ambos centros, aislando a «la minoría radical» —así la ha descrito mi padre— que existe en cada uno de ellos. «La minoría radical» del Távora no tengo muy clara cuál es, pero la del Zayas sí que la conozco. Aquí es evidente qué gente forma parte de ella y, por eso mismo, me esfuerzo por no hacer caso a las provocaciones de Izan, que sigue hablando a mis espaldas mientras me alejo de ellos.

—Lo tuyo tiene que ser el síndrome de Estocolmo ese, ¿no?

Pero a veces, me temo, hacerse el sordo es imposible.

—¿Qué has dicho?

—A tu madre se la cargaron ellos, ¿no?

He querido volverme y darle un puñetazo. He sentido ganas de abalanzarme sobre él y tirarlo al suelo y patearlo hasta que se comiera sus palabras. He notado cómo se me calentaba la sangre hasta que la rabia me hervía por dentro. Y he tenido que hacer un esfuerzo enorme por controlar esa fiebre que, hasta ahora, no había sentido nunca, por no cometer un error que le habría dado la razón y habría conseguido que Izan aumentase el ejército de descerebrados que lleva intentando reclutar desde que llegó a este instituto. Le habría partido la cara con todas mis fuerzas, lo habría dejado tirado en el suelo, a ser posible inconsciente, y me he asustado al descubrirme fantaseando con algo así al darme cuenta de que encontraba satisfacción en ejercer la misma violencia que llevo toda la vida detestando.

Así que he apretado el paso y me he largado de allí. He aguantado sus risas, sus alusiones a que soy un cobarde, su basura y su soberbia. Lo he aguantado todo porque hay temas que son demasiado profundos como para traicionar lo poco en lo que creo y, aunque me cueste, hay algunas ideas que pienso defender a muerte. Lo peor de ser fuerte es que exige apretar los

puños y guardarlos en los bolsillos para impedir que salgan.

Puede que esa idea de la mediación no sea más que uno de esos planes ingenuos que se ponen en marcha sin tener ninguna fe en que resulten eficaces. Pero yo no puedo fallarle a mi padre. Ni a mí mismo. Y tampoco al recuerdo de mi madre. Aunque no la llegase a conocer. Aunque haya tenido que inventármela y ese sea uno de esos vacíos de los que no hablo para que no me tachen de aburrido. Ni de mono tema. Porque hablar del dolor, si no es el nuestro, cansa.

Pero esta mañana ha sido solo la primera parte de mi día. La parte gris. El resto ha transcurrido diferente, en ese otro lugar de *Matrix* donde las cosas, de repente, parece que sí tuvieran solución. O que, por lo menos, pueden hablarse.

OceanofPDF.com

6.45 p. m.

Después de mi mañana de pura y dura supervivencia entre los salvajes de más allá del Muro, esta tarde me ha tocado una dosis de civilización y charla tranquila que, a lo mejor, sí nos acaba llevando a algún lugar que merezca la pena.

La reunión ha sido en el IES de mi padre. Habría preferido un lugar más neutral que el Távora, la verdad, pero tenía claro que tampoco quería que el encuentro fuese ni en mi *insti* ni, mucho menos, en el Stark, para evitar más movidas con quienes ya han juzgado los hechos antes de conocerlos. En teoría, iba a haber alguien más con nosotros dos, ya que, según el programa de mediación que están poniendo en práctica, se necesitaba la figura de un adulto responsable. A los dos nos ha parecido que esa presencia resultaba insultante (¿por qué tutelarnos como si fuéramos unos críos en lugar de darnos de una vez la palabra?) y hemos protestado hasta que nos han dejado solos, a cambio —eso sí— de que les entregásemos un informe detallado de la reunión. Tenéis una hora, nos ha dicho mi padre, antes de cerrar la puerta del gimnasio, y allí, entre colchonetas y espalderas, hemos tratado de ponernos de acuerdo y de ver cómo podemos conseguir que nuestros compañeros también lo hagan.

—Sabía que ibas a ser tú —le he dicho a Karim nada más llegar.

—¿Y eso?

—Fácil. Eres el favorito de mi padre.

—¿Te ha hablado de mí?

—Alguna vez solo. Pero tampoco te lo creas mucho, ¿eh?

—Ernesto es el mejor profe que hay aquí.

—Eso díselo a él... Yo paso de hacerle la pelota en tu nombre.

Nos hemos reído y hemos sacado un par de cuadernos dispuestos a tomar notas de un montón de ideas brillantes con las que ayudar a mejorar la convivencia entre nuestros dos centros. Ideas brillantes no hemos tenido ninguna, pero por lo menos le hemos puesto ganas. Los dos hemos coincidido en que los problemas, en realidad, no habían sido tan graves hasta el verano pasado, justo después de que se armara el follón en el parque y todo se nos fuera de las manos. A nosotros. Y a ellos.

—Aquí la gente sigue enfadada por lo de las pintadas, Quique.

—Fueron cuatro imbéciles los que las hicieron.

—Ya —Karim me mira muy serio—, pero nadie se ha disculpado por ellas.

—Es que no podemos pedir perdón todos por algo que solo han hecho unos pocos.

—A nosotros sí que nos lo exigís.

—¿A vosotros? Venga, no fastidies. ¿Cuándo hemos hecho eso?

—Cada vez que hay un atentado, por ejemplo.

Por un segundo no sé qué responder, así que recurro al primer tópico que se me ocurre.

—No mezcles temas.

—No mezclo. Todo forma parte de lo mismo.

—Vosotros también nos dais caña. Y eso lo sabes...

—Son siempre los mismos.

—¿Entonces lo reconoces, Karim?

—Claro. Pero es exactamente igual que en vuestro caso. ¿Me lo vas a reconocer tú también, Quique?

—Esos grafitis no son más que una gamberrada.

—Con fondo político.

Ahora sí que no puedo evitar reírme ante el comentario de Karim.

—¿De verdad crees que quienes hacen esas pintadas tan patéticas tienen ideas políticas?

—Ideas propias, no. Pero sí de otros. Consumen la basura que les cuentan. Igual que los que montan bronca aquí contra vosotros. También son solo unos pocos, pero por su culpa nos miran mal a todos.

—¿Entonces me vas a justificar la movida entre nuestros institutos en términos geopolíticos? —pregunto impostando la voz para que la pedantería resulte completa.

—No te lo tomes a broma, Quique.

—No lo hago, pero en el Távora y el Zayas es lo mismo, en serio. Son los descerebrados de siempre, Karim. Los que ya metían bulla en la ESO por cualquier idiotez. Ahora hacen lo mismo de antes, solo que ya no se conforman con esas gansadas y por eso se han vuelto más peligrosos.

—No solo es lo que hacen, es lo que hay detrás. Y lo que mueven. Tú y yo sabemos quiénes son. Pero quienes se convierten en testigos de sus acciones, no. Y por eso se suman. Por eso acaban viniendo en masa a grafitear nuestro instituto o deciden organizar una quedada para ir a armar jaleo al vuestro.

—Eso no ha pasado.

—¿Y por qué crees que te lo estoy diciendo? —Breve pausa: Karim es consciente de que, de algún modo, acaba de traicionar a parte de sus compañeros y sabe que, si llega a saberse que él ha sido la fuente de ese aviso, le pasará factura—. Porque va a ocurrir.

—¿Estás seguro?

—Tú díselo a vuestro *dire*, ¿okey? Por si acaso. Yo intentaré que se les quite la idea de la cabeza.

—Nosotros no os hemos hecho nada.

—Tampoco lo habéis impedido... —Vuelve a pensar lo que está a punto de decir pero, finalmente, lo hace—: Ni siquiera tú... Y estabas allí.

—¿Cuándo?

—Este verano.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí.

Alguien le ha hablado de ese enfrentamiento. Quiénes estábamos allí, quiénes respondieron con violencia, quiénes intentaron frenarla y quiénes, como yo, permanecieron al margen, incapaces de tomar partido aun cuando sabían qué lado era el correcto.

—¿Te acuerdas de la chica del pañuelo?

Agacho la cabeza. Con vergüenza y con rabia. Claro que la recuerdo. Y,

sobre todo, recuerdo cómo no hice absolutamente nada para defenderla.

—Es mi hermana.

—Lo siento. Ya sé que no sirve de nada... Pero lo siento.

—Yo tampoco sé lo que habría hecho si hubiera sido al revés... Pero no vamos a parar esto negando lo que ya ha sucedido.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Dejar claro que los violentos son una minoría. Aislarlos, tío. Eso es lo que quiero que hagamos con ellos.

—¿Señalarlos con el dedo? Venga ya, Karim, que no somos chivatos.

—No hace falta que señalemos a nadie. Solo que nos mostremos abiertamente a los demás. Que hagamos algún gesto.

—Los gestos no sirven para nada. Se olvidan pronto.

—Si son sinceros, no.

Pienso que quizá tenga razón y me pregunto si el hecho de que mi padre elija curso tras curso este mismo centro para desempeñar su trabajo es uno de esos gestos.

—Mientras no se aclare lo de Asier, Karim, da igual lo que hagamos.

—No fue nadie de aquí.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—La gente miente bien.

—Me habría enterado, Quique.

—O no. De lo de Izan tampoco habéis dicho nada.

—No fue Said.

—¿Quién es Said?

—El hijo de los dueños del kebab. La policía no ha dejado de molestarlos..., pero él no le hizo daño a tu amigo.

—Ni siquiera es amigo —le confieso.

—Además...

—¿Qué?

—Da igual.

—No, Karim, no da igual. ¿Además qué?

—Vamos a centrarnos en lo nuestro.

—Lo nuestro, Karim, va a ser un fracaso hasta que sepamos qué ocurrió

esa noche. La gente sospecha de vosotros. Y si montáis jaleo en el Zayas, vais a terminar de liarlo aún más.

—Por eso tenemos que organizar algo juntos.

—¿Una marcha?

—O una sentada.

—No sé... —Me cuesta pensar que vaya a ser realmente útil.

—La mayoría de los míos irían, Quique. ¿Y los tuyos?

—Ni siquiera son míos. El único que tenía madera de líder era Asier...

—Ya se te ocurrirá cómo convencerlos.

—¿Además qué, Karim? ¿Qué ibas a decir antes?

—El día del asesinato...

Imposible olvidarlo. Ni el día. Ni la fecha. Ese maldito sábado. El 9 de diciembre... Cuántas veces he vuelto a aquella noche. A veces dudo de si lo que cuento es lo que realmente viví o lo que he acabado creyéndome que ocurrió, después de repetir hasta el cansancio el mismo relato. Entre todos hemos sumado tantos detalles y hemos construido en tantas ocasiones, oficial y extraoficialmente, la misma historia que nos hemos llegado a creer que somos testigos de una única narración cuando, en realidad, vimos los hechos desde ángulos distintos.

Si intento olvidarme de los datos que han aportado los demás y centrarme en lo que yo recuerdo, sé que ese día habíamos quedado los de siempre, que Marta parecía que empezaba a hacerme caso, que Asier llegó tarde porque dijo que se había enredado estudiando y que todos nos reímos de él, porque nos pareció una excusa barata, ya que acabábamos de terminar los finales de la primera evaluación. Y recuerdo que estuvimos en el parque de siempre haciendo lo de siempre, que Pau e Izan propusieron ir a un local donde nos colaban unos amigos suyos, pero ninguno se animó, así que seguimos tirados en los bancos hasta que llegó la hora de largarnos a casa. No hay nada especial en la parte que yo sí vi, en ninguno de los momentos de esa noche en la que, como tantas otras, nos esforzábamos por pasarlo bien aunque eso no fuera del todo cierto, porque se respiraba una tensión rara en el ambiente. Desde lo del partido, Pau estaba especialmente borde. Lo de haberlo perdido por tan poco lo había cabreado muchísimo y se pasó toda la noche codo a codo con Izan, dando la brasa con sus bromas de mal

gusto. Javi lo único que hizo fue enrollarse con Alicia y largarse enseguida, diciendo que se encontraba mal. Vera no se separó de Asier, como si los demás no existiésemos, e Izan no dejó de hablar del campeonato, y de su lesión, y de la putada de haberse quedado fuera del único partido al que habían ido ojeadores. De todo ese sábado solo se salvaron los momentos que, en medio de tanto ruido, sí pude compartir con Marta. Aunque no hayamos dado ni un paso desde entonces y a veces dude de si lo que creo que le pasa a ella solo lo creo porque es lo que me pasa a mí.

—El día que lo mataron...

—¿Sí?

—Ese día —asegura Karim— Asier iba a hacer algo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Nos conocíamos.

—¿Asier y tú?

—¿Y por qué no?

—Nunca me dijo que...

—De mí no hablaba. Ni yo de él. Pero estos últimos meses nos habíamos visto alguna que otra vez.

—¿Ese día también?

—También.

Por eso llegó tarde. No se retrasó porque estuviera estudiando. Eso ya lo sabíamos. Y nos mintió para que nadie preguntase. Para que Izan no se pusiera nervioso, porque estaba especialmente exaltado con el tema desde lo de su lesión. Ahora tiene sentido. Asier llegó tarde ese sábado porque había quedado antes con Karim.

—¿Y desde cuándo quedabais?

—Desde lo del verano. Mi hermana me contó que Asier había intentado detener la pelea y, bueno, ya lo sabes, este barrio es pequeño... Nos cruzamos por aquí un par de veces y, al final, los dos nos acercamos para hablar. Yo quería darle las gracias por su reacción y él, disculparse por lo que había pasado.

—No me dijo nada.

—¿Tú siempre lo cuentas todo?

—A mis amigos, sí.

—¿De verdad?

No respondo porque es evidente que miento. Todos guardamos una parte de nosotros mismos que no compartimos con nadie. Asier tenía su propio laberinto. Como yo tengo el mío. Como Karim esconde el suyo. Ese espacio donde guardamos lo que no queremos que nadie descubra porque creemos que así no podrán hacernos daño. Del laberinto de Asier nunca pude ver más que lo que él quiso mostrarme y no fui capaz de imaginar algunos de los caminos que ocultaba en él.

—Pasó algo, ¿sabes?

Karim me analiza con atención. Siento que está valorando si puede o no confiar en mí, consciente de que está a punto de compartir algo lo bastante íntimo como para que no le resulte sencillo hacerlo.

—¿Entre Asier y tú?

—Entre Asier y yo.

Dejo que se explique, aunque me cuesta seguirlo entre incisos, paréntesis y circunstanciales. Al final, deduzco que lo que ha querido decirme Karim es que Asier y él se cruzaron en el camino. Se pidieron perdón. Se descubrieron. Y, sin saber muy bien cómo, se enrollaron. Ninguno de los dos quería que se supiese que eso había sucedido, así que mantuvieron la amistad y el secreto. A Asier le daban miedo las consecuencias que admitirlo pudiera tener en el club. E imagino que a Karim le daba miedo la reacción de su familia y de sus amigos. Los vestuarios pueden ser un lugar muy difícil. La religión, también.

—En Marruecos es delito, ¿no?

—¿Y?

—Solo digo que en tu país...

—Mi país es este —me corrige Karim—. Nací aquí. Vivo aquí. Soy de aquí. ¿Por qué os cuesta tanto entender eso?

Intento disculparme y caigo en la cuenta de lo profundo que es el abismo que nos aleja de la meta de nuestro encuentro. Una mediación que, según mi padre y mi jefa de estudios, está destinada a fomentar la interculturalidad. Pero resulta difícil fomentar algo cuando hay tantos lugares en sombra, tantas zonas grises que nacen de la ignorancia y de lo difícil que es ponerse en el lugar de alguien que no eres tú. Si su instituto no

fuera un gueto, si el nuestro no se hubiera convertido en otro, si la realidad tendiese a la mezcla en vez de a la división, a lo mejor nos conoceríamos más y ese mito de la interculturalidad no me sonaría utópico, sino posible, porque podría creer que lo estamos haciendo bien, si no tuviéramos tantas pruebas de que lo estamos haciendo mal.

—Ese día Asier estaba muy raro... Como nervioso. Con ganas de ver a alguien.

—¿No te dijo a quién?

—Nunca le puso nombre. Creía que yo me iba a molestar, que me pondría celoso. Pero lo nuestro no fue más que una vez. Como si necesitáramos que ocurriera para coger fuerzas y no dar marcha atrás. Él iba a hablarlo en casa, me dijo. Yo, no. Yo no puedo decir eso en casa. Si lo digo, me caerá la *hshuma*.

—¿La *hshuma*?

Karim mastica con rabia las palabras.

—La culpa y la vergüenza.

Por un segundo, pienso en Lucas, en lo bien que le va después de que, según me dijo el otro día, lo haya hablado a las claras con sus padres y con casi toda la gente que lo rodea. Pienso que él y Karim deberían conocerse. A lo mejor le ayuda encontrarse con alguien de nuestra edad que vive como le apetece. Sin ocultarse.

—Si quieres, te puedo presentar a un amigo —me ofrezco.

—¿Me vas a buscar novio?

—No me refería a eso.

—Como quieras... Lo echo de menos, ¿sabes?

—¿A Asier?

Karim asiente.

—No lo conocí mucho. Solo fueron tres meses, pero muy intensos. Teníamos tantos miedos comunes que... Y era un buen confidente. Sabía escuchar.

Me habría gustado que Asier hubiese confiado en mí para haberlo escuchado a él. Nunca fue un cobarde, así que, si no dijo nada, estoy convencido de que no fue por miedo, sino porque no quería que le cayera otra etiqueta más. Ya tenía la de jugador estrella, la de chico simpático, la

de alumno responsable. La siguiente podía desestabilizarlo todo y convertirse en un problema en los vestuarios. En el siguiente partido. En los rumores que hay en cada nuevo campeonato. Y él no quería ser conocido solo por ser el jugador que había salido del armario. Él quería que se hablara de lo lejos que iba a llegar y de lo brillante que era. De lo bien que lo hacía. No de a quién deseaba.

—¿Y qué te dijo que iba a hacer ese día, Karim?

—Solo me contó que era algo «definitivo». Eso lo repitió un par de veces. «Definitivo».

Hemos decidido quedar de nuevo mañana para intentar diseñar una acción concreta para los dos institutos que involucre a la mayor cantidad de gente posible. De momento, solo tenemos alguna que otra idea difusa, porque hemos pasado más tiempo hablando de Asier y de nuestra relación con él que del proyecto que nos ha traído hasta aquí. Y quizá sea esa conversación lo que necesitaba esa tarea, porque nos ha permitido encontrar puntos en común entre vidas que, en principio, no parecían por qué tener tantos vértices compartidos. A los dos nos habría gustado que esas intersecciones nacieran en un área diferente, lejos de la realidad a la que responde el miedo de Karim y el silencio de Asier, de esa semejanza siniestra que hizo que surgiera una especie de amistad de conveniencia entre ambos, un entorno no hostil donde abrirse a escondidas de quienes temían que no entendiesen su forma de ser y de sentir. Si Karim no miente, Asier estaba a punto de abrirse y allanar el camino, pero algo debió hacer que se reprimiera. Y no sé si fue solo la presión de los entrenamientos y el miedo a que cambiara la relación con el resto del equipo.

Solo sé que eso que iba a hacer esa noche, ese algo «definitivo» que le dijo a Karim, puede ayudarnos a entender por qué salió de casa esa madrugada.

—Piénsate lo de la marcha. Necesitamos hacer algo donde quienes nos oponemos a la violencia demos la cara.

—Para que nos la rompan.

—Venga ya, no exageres... Y, por favor, Quique, de lo mío no...

—No te preocupes, Karim. No diré nada.

—Si mi padre se entera... —Y en su mirada puedo leer algo muy

parecido al pánico.

—Tienes mi palabra.

Chocamos puños y nos despedimos con la sensación de que, a pesar de la profundidad que hemos atisbado en el abismo que nos separa, hoy hemos encontrado las primeras piedras para construir un puente que acabe con él de una maldita vez.

OceanofPDF.com

10.35 p. m.

Había pensado enviarle un mensaje a Vera para hablar con ella después de clase, pero se me ha adelantado y me ha pedido que me acercara a su casa hoy mismo.

«Dile a tu padre que tengo que dejarte unos apuntes o algo».

«No va a colar».

«Ya verás como sí...».

«Bueno, en una hora estoy en tu bloque».

«Ok».

No sé si mi padre se ha creído la excusa (probablemente no), pero ha fingido hacerlo. En realidad, mi padre es un tío bastante fácil de llevar. Si no fuera por sus gustos musicales viejunos (ir con él en coche roza el concepto de tortura cuando le da por sus *playlists* de cantautores mustios) y por su manía de que todo sea siempre éticamente irreprochable (cosa que no consigue él y, mucho menos, yo), podría decir que, a veces, mola vivir con él. Compartimos series (ni él me las *espoilea* a mí ni yo a él, por supuesto), hablamos a ratos (sin pasarse, que cada uno necesita su espacio) y, de cuando en cuando, hasta consigo que me mire con algo parecido al orgullo.

Me gustaría que valorase el esfuerzo deportivo, que entendiese todo lo que hay detrás. No sé si es consciente de que eso sí es algo excepcional, de que no todo el mundo tiene las agallas para sacrificar tanto por algo que no deja de ser un ideal. La gente se rinde en todo antes, lucha solo lo justo, en sus pasiones, en sus causas, en su vida, luchan hasta que se dan cuenta de que algo no va a suceder, pero aquí rendirse no es posible. «El año que viene lo dejas, ya lo verás», me dijo el otro día Lucas y yo no supe qué

responderle. Él tiró la toalla mucho antes, cuando yo ni siquiera había entrado en el club. Y entiendo que lo hiciera, pero yo no. Yo he llegado hasta aquí. Y no sé si el momento de ser realista con mis capacidades es ahora. A lo mejor ese momento no tendría que llegar nunca. A lo mejor ser realista no es más que una forma de rendirse.

—Yo también quería verte, Vera.

—Mejor.

Me pide que la acompañe a unos bancos que hay justo detrás de su portal. Son casi las once de la noche y, salvo una pareja empalagosa que ocupa uno de los que están más alejados de nosotros, no hay nadie por aquí.

—Tengo que volver pronto. Mi padre solo se lo ha creído a medias...

—Igual que mi madre. Se deben pensar que en vez de diecisiete tenemos doce.

—Están algo alterados. Lo de estos meses los tiene muy inquietos.

—Lo de estos meses ha sido una mierda, Quique.

—Eso seguro.

—¿Por qué has dicho que querías hablar conmigo?

—¿Tú sabías lo de Asier?

—¿A qué te refieres? —Vera no disimula su sorpresa.

—Me lo ha contado Karim.

—No te sigo. —O es una actriz fantástica o no tiene ni idea de lo que le estoy diciendo.

—Da igual... ¿De qué querías hablarme?

Vera me mira extrañada y, por suerte, prefiere contarme lo que sea que la ha hecho buscarme antes que seguir preguntándome por algo que, en realidad, ya no sé si tiene sentido compartir. Para qué hablar con ella de cómo era Asier cuando, sencillamente, ya no es, cuando ya no importa a quién deseara, o con quién soñara, o con quién le hubiera gustado pasar el resto de una vida que ya no existe. Así que, por puro egoísmo, porque me da rabia sentir que no supe ver o que, quizá, no supe demostrar que al menos sí que podía escuchar, le ahorro a Vera lo que he averiguado tras hablar con Karim. Y lo que, en cuanto he llegado a casa, me ha confesado Lucas.

Le he llamado, claro. Porque quería que alguien me dijese que no soy

tan mal amigo. Que se me puede contar algo y yo sé reaccionar. Que a lo mejor se me da mal entrarle a las tías, que incluso puede que no sea el ideal de tío sensible que venden por ahí, en esas revistas donde todo el mundo tiene los abdominales perfectos, los verbos perfectos y el peinado perfecto. En mi caso, voy mejor de abdominales —el deporte cunde lo suyo— que de verbos, así que soy consciente de mis limitaciones, sí, pero también de que si Asier necesitaba un apoyo para romper un tabú en el club, podía haber contado conmigo.

—No me hagas reír —se ha burlado Lucas—. ¿Estás seguro de que no te habrías callado? A veces lo haces, Quique...

Y me ha dolido, sí. Porque las verdades que no nos gustan duelen, y ese silencio, que forma parte de lo que más detesto de mí, a menudo sí es cierto.

—Tú no montaste tanto drama, tío. —Es lo único que se me ha ocurrido decirle—. Y te va genial, ¿no?

—Ahora sí, Quique. —Y Lucas ha dejado entrever que hubo un tiempo anterior a ese ahora donde todo iba un poco peor.

No ha hecho falta que le pregunte mucho más. Enseguida se ha remontado a la época en que aún no nos conocíamos, cuando teníamos nueve, diez años y él ya destacaba en waterpolo.

—Si lo dejé no fue porque no me gustara. Ni porque no tuviera tiempo. Ni siquiera lo dejé porque ya supiera que era gay. Entonces lo intuía, pero no estaba muy seguro de eso. ¿Sabes por qué lo dejé, Quique? Porque tenía pluma. La tengo, sí, ¿y qué? —Su voz se vuelve orgullosa y áspera, con una seguridad que a veces me gustaría demostrar también a mí—. Pero ya bastante me puteaban en el colegio como para dejar que siguieran haciéndolo fuera.

Lucas nunca ha hablado conmigo demasiado de aquella etapa, hasta hoy siempre lo había resumido diciendo que era un crío, que apenas se acuerda y yo sospechaba que lo hacía para evitar envenenarme. Sabe lo importante que es el Stark para mí y él es un tío cero tóxico. Por eso estoy seguro de que es uno de los pocos colegas que seguirán estando ahí cuando pasen los años, cuando dejemos atrás esta etapa de acné, de límites y de dudas para convertirnos en alguien a quien todavía no conocemos.

Lo que Lucas me ha contado hoy me enferma, pero no me sorprende. Sé

cómo son los vestuarios. Y sé que cada vez que hay que reírse de algo o de alguien, hay quien suelta un «es muy gay» que hace tiempo que ya no significa nada. Lo que no imaginaba es que eso podía ir más allá, que se podía convertir en algo que hiciese verdadero daño.

Oficialmente había buen rollo, pero a mis compañeros no les molaba que un chaval afeminado formase parte del equipo. Dejaban siempre una taquilla de distancia entre la suya y la de los demás. Intentaban que se duchara solo. Y hacían chistes estúpidos continuamente. No todos, pero sí unos cuantos. El bocazas oficial era Izan y la mayoría le seguía el rollo. Nadie quería quedarse con el lugar de Lucas y quien se atreviera a defenderlo se arriesgaba a heredar su puesto. Cuestión de supervivencia, supongo.

—¿Y tú por qué no te quejaste?

—Claro que me quejé. Hablé con el míster, pero Hernán me dijo que estaba sacándolo todo de quicio. Y que, si no me encontraba a gusto en el equipo, lo mejor era que me largara. Que nadie me obligaba a estar allí.

—Así que te fuiste.

—No tan deprisa... —Se ha parado un segundo, ha pensado si quería o no seguir hablando y, tras respirar hondo, ha decidido que sí—. Intenté seguir en el club durante un par de meses más. No quería irme de allí con la sensación de que me hubieran vencido un par de cafres a quienes los demás solo bailaban el agua por no atreverse a plantarles cara. Pero las bromas empeoraron y, poco a poco, se convirtieron en situaciones cada vez más incómodas. Hasta el día en que abrí mi taquilla y la encontré llena de mierda. Literal. Víctor buscó a los responsables y amenazó con expulsarlos, pero nadie dio la cara por mí ni tampoco hubo quien señalara a quienes lo habían hecho... La lealtad a las fieras, siempre por delante, ¿verdad, Quique? No vayan a acusarnos de ser personas. Fue entonces cuando lo dejé. Y hasta hoy.

A Vera no le digo nada de todo esto. Solo sé que, tras hablar con Lucas, me cuesta menos entender que Asier callara algo que, supuestamente, ya nadie calla. Algo que debería ser una emoción limpia y libre y no una mancha como la describía Karim, que hablaba con verdadero miedo de la reacción de su familia, ni una diana a la que pueden disparar hasta

destrozarte la autoestima como la que sintió sobre sí Lucas.

Omito cualquier referencia a todo eso y me limito a dejar que sea Vera la que hable. Intenta hacerlo, pero o yo estoy muy cansado o ella no consigue explicarse. Da vueltas alrededor de las mismas palabras una y otra vez. Noche. Agresión. Izan. Piscina. Agresión. Izan. Noche. Al final, tras tropezar con sus propias frases, rompe a llorar sin que pueda entender por qué y yo, que soy un torpe consumado a la hora de consolar a quienes me importan, fuerzo un abrazo que, de puro incómodo, roza los límites de lo ortopédico. Cuando Vera, por fin, se calma, confiesa que tiene algo que contarme sobre el día en que lesionaron a Izan. Ese día que le costó el partido, la temporada y, quizá, hasta el futuro deportivo. Un día cuya verdad solo conocen quienes estaban allí: Izan y la persona que lo agredió.

—Yo también, Quique.

—¿Cómo dices?

—Que esa noche —Vera traga saliva— yo también estaba allí.

¿Qué ocurre cuando un amigo te decepciona?

Me gustaría pensar que con el tiempo se olvida, pero no sé si siempre funciona así. A lo mejor esa sensación de que te han mentido no desaparece y se te queda encima, pegajosa, como una mancha que, aunque nadie vea, tú sabes que sigue ahí.

Y lo peor es cuando ese amigo ya no está y no puede defenderse, porque entonces eres tú quien se decepciona, lo acusa, le busca excusas, lo defiende y, si lo considera oportuno, lo perdona. Todo a la vez. Con Vera es distinto, porque ella sí ha podido darme su versión y, cuando volvamos a vernos, podré seguir preguntándole lo que me apetezca. No lo haré, creo, porque no quiero que sienta que es una especie de interrogatorio, aunque sí le he insistido en que debería hablar con la inspectora o, si no, con Emma. O hasta con Víctor. Tiene que hablar y contarles lo mismo que a mí sobre la agresión a Izan.

—Ni de coña, Quique. Si lo cuento, estoy fuera.

—Si les explicas la historia completa, no.

—Que ya se la conté a Víctor. Y pasó... Emma va a ayudarme con eso, ¿sabes? Pero en lo del club, aunque quisiera hacerlo, ella no puede intervenir. Y ahora mismo el equipo es lo único que merece la pena en mi vida, así que no me voy a arriesgar a perderlo.

Entiendo su miedo y admito que es mucho más sencillo dejar que la sospecha siga recayendo en ese enemigo desconocido al que nadie ha logrado poner rostro y que Izan continúe repitiendo que fue «el del kebab». Las palabras de Vera me ponen en una situación incómoda. ¿Qué hago la próxima vez que vea a Karim? O paso del tema y seguimos buscando ese evento que organizar juntos entre los dos *instis* como primer paso de la

mediación, o le digo que tengo que contarle algo y le suelto que la acusación de Izan contra uno de sus compañeros es completamente falsa. Y, peor aún, que solo ha servido para encubrir a quien de verdad lo hizo.

—Vera, lo que pasó es muy serio.

—Ya lo sé...

Izan no ha vuelto a ser el mismo desde ese día. Y no solo porque se haya perdido el partido más importante de la temporada. Ni porque eso hiciera que nos cayéramos del campeonato definitivamente. Ni siquiera por la oportunidad que no tuvo con ese ojeador que nunca llegó a verlo jugar. Lo que en realidad le ha afectado es que no sabe cuánto tiempo va a tener que pasar hasta que pueda entrenar de nuevo al mismo nivel al que estaba hasta ahora. Ese plazo puede determinar la (infinita) distancia entre quedarse para siempre en el terreno *amateur* o dar el salto a lo profesional. De momento, ya hay dudas sobre su presencia —que solo hace un par de meses era segurísima— en los campeonatos europeos de este verano y, si al final no lo convocan, habrá dado el paso hacia atrás más peligroso de toda su carrera.

—Estaba con Marta. Habíamos salido un rato juntas... Esa noche no nos apetecía quedar con nadie, queríamos estar solas, así que nos buscamos un lugar tranquilo en una de las plazas que están más apartadas del club.

No me lo dice, pero deduzco que, en realidad, lo que estaban haciendo era esconderse. Pero ¿de quién? Reviso mi comportamiento de aquellos días y, aunque ya estaba tan pillado por Marta como lo estoy ahora, no creo haber hecho nada que mereciera que se escondiese de mí. La verdad es que apenas habíamos cruzado más de diez frases en todo ese tiempo... Debía de ser Vera quien buscaba ese refugio. ¿Se protegía de alguien?

—Ya nos íbamos a ir a casa. Y justo en ese momento pasó Izan. Nos vio a las dos y... —Busca su móvil y, mientras sigue hablando, me enseña algunos de los *wasaps* que le mandó ese día—. Desde que rompimos, me escribe, me mensajea... Me agobia, Quique. Me agobia mucho.

—¿Por qué no lo bloqueas?

—¿Y si es peor? Esto puedo ignorarlo. Pero ¿y si le da por empezar a llamarme? —Hace una pequeña pausa y baja inconscientemente la voz—. ¿O por publicar por ahí alguna foto mía?

Quiero creer que Izan no sería capaz de hacer algo tan rastrero como eso, pero lo único que he aprendido esta semana es que ni siquiera nosotros mismos somos conscientes de lo fácil que nos resulta traicionarnos.

—El chico ese del kebab...

—Se llama Said —la corrijo, cansado de tanta mentira y tanta anonimia.

—Bueno, pues ese. Estaba currando, así que tenía coartada... La poli lo interrogó, pero no pudo hacerle nada. Cuando nos enteramos, Marta y yo decidimos que lo mejor era callarnos. A él no le fastidiábamos y nosotras nos librábamos de una movida en el club.

—Pero ¿tú eres consciente del mal rollo que hay entre su *insti* y el nuestro por culpa de ese rumor?

—El mal rollo es anterior a esa noche, Quique.

—Pero vosotras no habéis ayudado a mejorarlo.

—¿Y qué querías que dijésemos?

—La verdad.

—La verdad a las tías nos sale siempre demasiado cara.

Los hechos, según me los describe Vera, fueron escasos, veloces y absurdos. Todo sucedió lo bastante deprisa como para resultar ridículo: un futuro profesional destrozado por un momento impulsivo donde nadie supo frenarse a tiempo.

—Izan llevaba todo el día mandándome mensajes y yo no había respondido ni uno. Cuando nos encontró, parecía algo bebido. Pero eso ya había dejado de ser una novedad. Sus padres deben de hacer la vista gorda, igual que el míster, mientras que no aparezca colocado en un entrenamiento, jamás le dirá nada. De repente, Izan empezó a gritarnos. Que si por qué no me contestas cuando te escribo, que si ahora te vas enrollando con otras zorras, que si al final van a tener razón mis amigos y eres otra bollera de mierda, que si te voy a partir la boca, hija de puta.

Después de las circunstancias, vienen las acciones. Y ahí, aunque Vera me lo cuenta todo con mucha seguridad, a mí me surgen ciertas dudas. Intentaron irse. Se pusieron en pie y le dieron la espalda a Izan:

—Íbamos a marcharnos, pero él se me echó encima y me tiró al suelo.

Según Vera, no hubo elección: ante la violencia, reaccionaron. Marta, sin pensarlo y con el único afán de protegerla, cogió una piedra, se lanzó

sobre Izan y le golpeó con ella en el hombro con tanta fuerza que estuvo a punto de rompérselo. Salieron de allí corriendo antes de que aquella situación fuera a más y acordaron que, si era posible, guardarían el secreto.

—Hay una cosa que no entiendo, Vera. ¿Cómo es que Izan no os acusó de nada?

—¿Estás de coña? ¿Te lo imaginas admitiendo que lo había lesionado una tía?

—Suenas como si te alegraras de haberlo hecho.

—Suenas como si fuera necesario que lo hiciéramos.

No sé si debería creerla, ni tampoco si será verdad que hay una atracción oscura en la venganza de la que resulta difícil protegerse. Me asusta comparar el tiempo que se tarda en volverse inmune contra la violencia y en lo rápido que, en cuanto estalla, se contagia.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Porque desde que murió Asier no he dejado de pensar en ello... A Izan le ponía enfermo vernos juntos. No soportaba que él y yo nos lleváramos tan bien... No sé, Quique, le he dado tantas vueltas a todo. Yo creo que Asier había empezado a sentir algo por mí, algo muy profundo. Incluso me llegó a insinuar que tenía algo que contarme, aunque nunca lo hiciera...

Podría sacar a Vera de su error, lo sé, pero me parece que, además de inútil, también sería muy cruel hacerlo, así que callo cuanto sé y me limito a seguir escuchándola.

—A Izan le molestaba lo que estaba pasando entre nosotros. Y a veces lo pienso, Quique. A veces creo que le hizo daño a Asier para hacérmelo a mí.

—¿Lo estás acusando?

Vera se queda mirándome fijamente, sin decir ni una sola palabra, como si esperase que fuera yo quien respondiera a mi propia pregunta.

—Piensa lo que quieras, Quique —dice al fin—. Yo ya te he contado todo tal y como fue. Ahora ya es cosa tuya decidir el resto.

Los dos nos despedimos mientras, en mi cabeza, escucho una y otra vez ese «tal y como fue» de Vera. «Tal y como fue» en su versión, sí. «Tal y como fue» en su memoria, también. Pero no recordamos las cosas como de

verdad han pasado, sino como nos acostumbramos a contárnoslas. Cuando hablo con mi padre siempre me ocurre. Los dos hemos vivido momentos muy duros juntos y ninguno es capaz de resumirlos del mismo modo. Tampoco Asier o Izan coincidirían en todos los detalles de la historia que me ha contado Vera. Me pregunto si realmente estaban los tres, si no sucedería de otra manera. ¿Y si se trató de algo premeditado? Entonces puede que Vera o Marta llevaran esa piedra consigo, que buscaran a Izan porque Vera estaba harta de sus mensajes, que lo pillaran desprevenido y que lo agredieran entre las dos. Incluso puede que sea verdad que, como decía Izan, llevaban un pasamontañas, que sea cierto que no pudo distinguir si era un hombre o una mujer quien le golpeaba el hombro, porque jamás vio sus caras ni oyó sus voces. Si Izan cree realmente que fue Said quien lo lesionó, es poco probable que ese incidente explique el asesinato de Asier, como venganza contra Vera. Pero si Vera me ha dicho la verdad y él ha conocido siempre la identidad de sus agresoras, entonces sí puede que en esa noche de noviembre se halle la clave del crimen.

—Por favor, Quique, no se lo cuentes a nadie —me pide Vera—, tampoco a Emma. Me da miedo que saquen conclusiones raras...

—¿No quieres que se sepa la verdad sobre quién asesinó a Asier?

—Claro que sí. Lo que no quiero es que mi vida se destrozase por culpa de una verdad que a él ya no le va a servir de nada.

Siempre creí que Vera era más valiente que yo. Y más directa. En realidad, es algo que pienso de casi todo el mundo. Me comparo con la gente que me rodea y, cuando lo hago, deduzco que soy el más cobarde, el más apocado, el que esconde la cabeza cada vez que surge una realidad que no deseo mirar o una batalla que no tengo fuerzas para luchar. Pero cada día compruebo que no soy el único en este lado de la trinchera, que todos estamos manchados de barro, que es difícil resumirnos en el bando de los buenos y de los malos, porque esto no es Invernaba, porque aquí no hay vivos que se enfrenten a los muertos, sino muertos que reclaman la verdad a los vivos y vivos que no tienen la valentía de afrontar a sus muertos.

Vera prefiere callar para proteger su vida antes que hablar para hacer justicia con la de Asier. Y ni siquiera sé si puedo culparla por ello. ¿Qué haría yo? Hablar es arriesgarse a ser, seguramente, expulsada del Stark. Y

no solo ella, también afectaría a Marta, que —en su relato— solo intentaba defenderla. Callar es un modo de permitir que la verdad siga enterrada. Una forma de dejar claro que importan más las mentiras con que seguimos vivos que las verdades que podrían reconciliarnos con la memoria de los muertos. Por eso también callo yo y no le digo ni una sola palabra sobre los verdaderos sentimientos de Asier. Sobre lo que he descubierto a través de Karim. Quizá no lo sepamos, pero, desde hoy, Vera y yo formamos parte del grupo del silencio.

No sé si es el efecto secundario de tanta basura y de tanta mentira. O, tal vez, el miedo a que la vida se me haga —quién sabe qué pasará mañana— demasiado corta. Incluso puede que solo se trate de un momento de locura transitoria en el que obedezco a mi instinto en vez de a mi cerebro. Pero en cuanto llego a casa necesito hablar con dos personas.

El primero es Karim. Estoy decidido a decirle que sí a su idea de esa marcha pacífica entre su instituto y el mío.

Cuando lo comuniquemos en nuestros centros, seguro que habrá quien lo acuse de vendido a él y de traidor a mí, pero merecerá la pena poner a prueba nuestras convicciones y comprobar si, como queremos creer, somos más los que estamos hartos de la violencia que quienes disfrutan ejerciéndola. Pienso en mandarle un *wasap* pero, al final, prefiero llamarlo:

—¿Te lo has pensado ya, Quique?

Intento sonar todo lo rotundo que puedo llegar a ser:

—Cuenta conmigo, tío.

Karim, al principio, duda.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

—¿En serio que no te vas a rajar, Quique?

—Pues claro que no.

Tarda en responder.

—Entonces, creo que antes debería hablar con alguien.

Ni idea de lo que Karim quiere decir con eso.

—¿Hablar de qué?

—Pronto sabrás a qué me refiero.

—¿Y no me lo puedes contar ahora?

—No. Pero es importante que lo haga antes de que nosotros demos la cara.

—Somos muchos los que estamos hartos de tantas movidas.

—Eso espero, porque aquí no les va a gustar nada que os tendamos la mano.

—Lo sé. Calmar los ánimos va a ser complicado, así que cuanto antes empecemos, mejor.

—Te aviso cuando haya hecho lo que tengo que hacer. Cómo me fastidia que no quiera explicármelo.

—Está bien, Karim. Pero date prisa en hablar eso que tengas que hablar. A ver si ahora el que se va a echar atrás vas a ser tú.

—Ni en broma, Quique. Te lo aseguro.

La segunda persona a la que tengo algo que decirle es Marta. Pero en su caso sí que sustituyo la llamada por el *wasap*. Así, por lo menos, no tartamudearé... Omito todo lo que me ha contado hoy Vera y pienso en ella como la chica de melena rabiosamente corta y mirada azul que me tiene enganchado desde la primera vez que la vi. Esta noche no quiero saber nada de la sordidez. Ni de los secretos. Ni de esa parte en sombra que todos escondemos como podemos en nuestra vida. Decido no dar más rodeos y le pregunto que si quiere que salgamos juntos este sábado.

«Los dos solos», especifico.

«En plan solos», añadido en un mensaje redundante que, por supuesto, era innecesario.

«Ya me entiendes», vuelvo a insistir en mi último y patético *wasap*, con el que, gracias a mi impaciencia, consumo mi humillación tecnológica.

No tengo ni idea de qué voy a hacer si Marta me dice que sí. Ni sé si buscaré algún momento para hablar de lo que hoy me ha confesado Vera. O si fingiré que no tengo ni idea.

Primer tic. Recibido.

Segundo tic. Leído.

Unos minutos de espera. Bueno, más bien, de angustia.

Escribiendo...

Angustia elevada al cuadrado. Al cubo. A la novena potencia.

El tiempo es eterno cuando esperas la respuesta de alguien que te gusta.

Y, por fin, el sonido —bendito sonido— del *wasap* entrante.

«¿Y por qué no?».

¿Eso es un sí?

«Mañana nos vemos».

Sí. Eso es un sí.

Y, por primera vez en muchos meses, me vuelvo a sentir bien. Porque puede que su respuesta no haya sido la más poética del mundo. Ni la más entusiasta. Pero, de repente, este sábado acaba de convertirse en el día en que me gustaría pasar el resto de mi vida.

OceanofPDF.com

16 de diciembre

OceanofPDF.com

8.25 p. m.

Estas han sido, seguramente, las horas más angustiosas del mes. Salgo agotada del club, después de la reunión con Andrea y con Víctor, y subo al coche camino a casa, sintiendo cómo lo que he averiguado hoy ha terminado reabriendo todo el dolor que pretendía olvidar aquí.

El nombre de Asier se ha sumado al de Rebeca y al de Miguel, al de todas las víctimas que, cuando cesa la oportunista ola mediática, regresan al silencio habitual. A ese lugar donde se entierran las vidas calladas de quienes no formamos parte de la noticia porque nuestra tragedia no es más que el ejemplo singular de ese mar de incompreensión que asumimos como una presencia inevitable, como parte de un paisaje urbano que nos hemos acostumbrado a mirar desde la desidia, hasta que la tormenta estalla de nuevo y la lluvia nos devuelve una nueva víctima que arrojar en él.

Se han efectuado las pertinentes detenciones y Andrea, antes de irse, ha querido darme las gracias por mi colaboración. No he respondido nada. Ni siquiera he esbozado una sonrisa, porque no puedo sentirme satisfecha cuando tengo la certeza de que acaban de romperse tantas vidas a la vez, así que su agradecimiento casi ha llegado a hacerme daño. Sus palabras han abierto en mí una herida sorda que no sé describir y que tiene que ver con las dudas que me suscita la culpabilidad de los detenidos. Y con la desazón que me provoca conocerlos.

—Ellos lo mataron —me insiste Andrea—, tienen que responder ante la justicia por algo tan grave.

Yo asiento, y le aseguro que estoy de acuerdo, y hasta he dado pruebas de ello facilitándole el acceso hacia los sospechosos, pero sigo sin saber

cómo van a responder por ese asesinato: ¿hay algo que tenga sentido hacer una vez que la violencia lo ha devorado todo? Víctor ni siquiera ha dicho nada. Nos ha dejado con la palabra en la boca y se ha marchado furioso a casa. Va a tardar mucho en asimilar todo esto.

Todo se precipitó esta mañana, mucho antes de la reunión de la tarde con Andrea, antes también de que yo la llamase para contarle lo que, nada más llegar al club a mi hora habitual, estaba a punto de saber.

Este sábado se había aplazado el partido del club y se decidió que en la liga habría un minuto de silencio en todas las piscinas por la muerte de Asier. En momentos así es cuando el silencio, además de significar, también dignifica. En los instantes en que se frena el bullicio habitual y se sustituye por una muestra de respeto que tiene mucho que ver con los verdaderos valores que sostienen el deporte y de los que sé que son un buen ejemplo gran parte de los jóvenes que entrenan aquí. Llegué temprano, con la intención de aprovechar la mañana y poner al día mis papeles. Supongo que necesitaba llenar mi tiempo para evitar que los demonios que me persiguen en estas noches de insomnio acaben pudiendo con mis nervios. Y, justo cuando abría la puerta de mi despacho, he visto a alguien de espaldas allí dentro. Esperándome.

—Cierra —me ordena sin darse la vuelta.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Que cierres la puerta, coño.

Estaba desencajado. Se golpeaba las piernas con los puños como si de ese modo pudiese evitar que su rabia fuese a parar a otro lugar. O, peor aún, a otro cuerpo.

—Si quieres que hablemos, Javi, primero necesito que te calmes.

No me respondía. Se balanceaba sobre sí mismo como un niño pequeño, un crío dotado de una musculatura imponente y una fuerza que, en ese momento, no controlaba. He dejado cerca el móvil por si finalmente sí que necesitaba acudir a Víctor, pero confiaba en que no fuera necesario. Puedes hacerlo, Emma, me he repetido y he buscado en mí la confianza profesional que estos meses no conseguía encontrar.

—Tómate tu tiempo, Javi. No hay ninguna prisa. De verdad.

Parecía que se estaba calmando cuando, de repente, ha vuelto a estallar,

se ha puesto en pie y se ha dirigido a la pared, dispuesto a darle una patada.

—No lo hagas.

He temido que pudiera golpearla con tanta fuerza como para provocarse una lesión y ahora, precisamente, contar con otra baja más es lo último que necesitan en su equipo.

—Podemos estar aquí toda la mañana si quieres, pero hasta que tú no empieces a hablar...

Javi sigue sin decirme nada, calándose la gorra sin que apenas pueda verle la cara.

—Has venido tú a mí. Y, si has venido, es porque quieres hablar de algo.

He puesto a su alcance, sin siquiera ofrecérsela, una botella de agua. He esperado a que la abriese, bebiese algo, tirase el tapón contra la pared que antes quería golpear y tampoco he dicho nada de su gorra, ni de por qué se afanaba en bajar la visera tanto como para que no pudiera mirarlo a los ojos. Seguramente creía que así me impedía ver que uno de los dos estaba claramente magullado por lo que debía de haber sido un puñetazo. Los nombres de los posibles agresores han pasado por mi cabeza con rapidez (¿Izan?, ¿Pau?, ¿alguien del Távora?, ¿sería posible que Quique...?) y, de algún modo, he creído que iba a escuchar la verdadera identidad de quien atacó a Asier, como si el puñetazo que había recibido Javi no fuera más que otra consecuencia de la misma onda expansiva que había provocado aquel estallido de violencia.

—Si hablo —me mira muy serio—, tienes que prometerme una cosa.

—Esto no funciona así, Javi.

—Tienes que prometérmela.

—No puedo darte mi palabra sin saber qué me vas a pedir.

—No es nada chungo.

—Eso tengo que decidirlo yo.

—Si hablo, tú la proteges. —No especifica quién se esconde tras el pronombre, pero apenas tardo unas décimas de segundo en adivinarlo—. Trabajabas en eso, ¿no? Protegiendo gente.

En ese momento, he sido yo la que ha tenido que contenerse para no darse de bruces con la maldita pared. Llevo tanto tiempo obcecada en buscar en lo que sucedía dentro del club que me había olvidado de mirar lo

que sucede fuera. O quizá no es eso. Quizá es que me daba tanto miedo comprobar que lo que ocurría estaba tan estrechamente vinculado con aquello de lo que había venido huyendo que preferí fingir no darme cuenta.

Durante las veces que nos habíamos visto desde septiembre hasta hoy, siempre interpreté cada entrevista con Javi a partir de las claves que él me ofrecía sobre su relación con los compañeros, ya fuera su relación con Alicia, o sus celos de Izan y de Asier, con los que rivaliza por esa excelencia a la que aspiraban los tres. Estudié lo que Javi me decía a partir de esa realidad, como si las paredes del club y las de su instituto fueran el único contexto que pudiera explicar su conducta, obviando ese otro entorno, el familiar.

El club. El instituto. Su casa. Los dos primeros espacios son casi indisolubles para estos chicos, pasan tanto tiempo juntos y tantas horas encerrados en ambos que ni siquiera tengo muy claro que puedan diferenciarlos de verdad. En sus vidas, el Stark es al Zayas lo que el Zayas es al Stark. Tampoco sé si las calificaciones que más les importan son los tantos en un partido o las notas en sus exámenes, pero imagino que los segundos son solo una valla que saltar para seguir conquistando los primeros. Es duro jugárselo todo a los quince. A los dieciséis. Y todos lo hacemos cuando estamos ahí, solo que hay quien pasa por esa disyuntiva casi de puntillas, fingiendo no darse cuenta, lo suficientemente alienado como para no asumir que cada camino que escoges esconde otro al que renuncias. Pero ellos no. A ellos, con su don para el deporte también les ha tocado la molesta lucidez de la conciencia, porque saben desde muy pronto que si su sueño no ocurre ahora, ya no ocurrirá nunca. En el resto de los ámbitos no suele ser así. La edad no pesa tanto y crees que puedes llegar lejos en la música, o en el arte, o en la ciencia, o en la literatura aunque no seas tan joven. Incluso cuando, durante años, el éxito se muestra esquivo. A pesar de no haberlo conseguido, ese sueño sigue existiendo. Y con él, la posibilidad. Quizá más débil. Quizá más apagada. Quizá más próxima a desvanecerse porque, aunque prefiramos el cuento de hadas, la realidad acaba pesando mucho y tiene la pésima costumbre de demostrarnos que no es cierto que todo pueda suceder. Pero aquí esa realidad no solo es incómoda, sino también inoportuna. Porque se presenta demasiado pronto,

justo cuando están llenos de ganas de comerse el mundo y con pocos medios para intentar hacerlo. Una realidad que les roba el futuro antes de que haya podido comenzar y les avisa de que si no ha ocurrido ahora, ya no ocurrirá nunca. ¿Era eso lo que estaba destrozando a Javi?

Puede que sí. Que todo eso también forme parte de lo que hace que le hierva la sangre con tanta furia. Pero tras su petición —«Si hablo, tú la proteges»—, he tenido claro que, en realidad, había venido a hablarme de algo muy diferente. Y he visto en él, en solo unas décimas de segundo, a Miguel con diez años más, a él y a todos los hijos de las mujeres con las que estuve trabajando cuando sentía que mi labor sí servía para algo. En cuanto Javi ha hecho presente a su madre en mi despacho, he entendido por qué llevaba meses faltando a algunos entrenamientos, por qué sus amigos insisten en que, desde el curso pasado, es el primero en volverse a casa, por qué su rendimiento académico y deportivo ha empeorado. Si antes no era así, es porque no era del todo consciente de lo que sucedía en su casa. Puede que su madre consiguiera ocultárselo. O que la situación se haya vuelto más evidente. Pero si Javi falta alguna tarde o se va antes cuando queda con sus amigos un fin de semana es porque se siente responsable y posee la firme convicción de que puede evitarlo si él está presente, si no la deja sola, si no permite que su padre la insulte, o la asuste, o la agreda. Así que le he dicho que sí, que por supuesto que voy a ayudarle a protegerla y, en vez de preguntarle por su ojo morado, he preferido que siguiera hablando.

—Ella me dice que va a parar... Está empeñada en que esto va a pasar y yo... Es como... No sé... Yo ya no sé...

Ahí sí que no ha frenado la patada. Algo más suave que la que hacía un minuto quería lanzar contra la pared, aunque ha hecho tambalearse la estantería que hay justo al lado de la puerta.

—Lo siento —se ha disculpado sorprendido de su propia reacción.

—Tranquilo, Javi. Tienes mi palabra de que iré a hablar con ella.

—Cuando vayas, Emma, no puede estar él en casa. Si está él...

—No te preocupes. He trabajado muchos años en esto. Confía en mí.

—A mí me da igual lo que me haga —y a la vez que lo decía se llevaba la mano, inconscientemente, al ojo lesionado—, pero a ella no. A ella no

quiero que la toque más.

—Puedes contar conmigo, Javi. De verdad.

Solo entonces, cuando ha estado seguro de que sí podía contar conmigo, ha empezado a hablar. Y yo, después de nuestra entrevista, he sentido que tenía una única prioridad: no traicionarle.

He hablado por teléfono primero con su madre. Y después, con Andrea. No va a ser un proceso fácil, pero al menos vamos a intentarlo. No quiero otro fracaso más en mi lista. Y el esfuerzo que hoy ha hecho Javi abriéndose ante mí tiene que servirnos para algo. La policía no se lo puede haber llevado para nada, como si el riesgo que ha corrido diciendo la verdad careciese de valor. Como si nuestro encuentro de esta mañana, y todo lo que estaba a punto de descubrir gracias a él, nunca hubiera ocurrido.

OceanofPDF.com

7.40 p. m.

La disputa que había creído ver entre Javi y Asier fue real. Los dos se pelearon, cuando creían que nadie los estaba viendo, en aquella fiesta del mes de octubre. Tras escuchar esta mañana a Javi, es obvio que sí acerté en los hechos, pero me equivoqué por completo en los motivos.

Ha dado muchas vueltas hasta llegar a ese día y, en realidad, apenas lo ha mencionado en su discurso nervioso y atropellado. Javi solo quería llegar al final, a la noche en la que ocurrió todo, para culparse y poner palabras, de una vez por todas, al silencio que lo estaba devorando desde hace, exactamente, siete días. Desde esa madrugada de sábado en la que su vida cambió para siempre.

Estaba segura de que iba a hablarme del campeonato, de la tensión que había desatado en el equipo la visita del ojeador, de los problemas en el club o de cualquier otro dato deportivo que me permitiera trazar un hilo lógico entre la pelea que creí ver en la fiesta del 20 de octubre y lo que Javi me iba a contar que sucedió el 9 de diciembre. Pero como su historia no parecía avanzar por esos cauces, me trasladé mentalmente al Távara, a ese instituto con el que la rivalidad se ha vuelto enfermiza y donde acabamos de poner en marcha un programa de mediación para el que, de momento, solo se ha ofrecido Quique como voluntario. Cuando he apoyado ante Víctor su idea de la marcha pacífica, a la que pretenden invitar a alumnos, docentes y familias de ambos centros, él me ha mirado con la misma reprobación con que valora todo lo que hago y digo estos días.

—Cuando esa marcha acabe como una pelea campal, ya me dirás si te parece una idea tan brillante.

A Víctor, la propuesta de Quique le gusta tan poco como casi todo lo que tiene que ver conmigo últimamente, pero, por suerte, Ernesto sí que ha apoyado la iniciativa y, en cierto modo, supongo que eso ha ayudado a agravar aún más las diferencias entre Víctor y yo. Convertirme en la cómplice del jefe de estudios del centro rival es un modo de certificar mi naturaleza de traidora, revelada tras no acatar la ley del silencio que, según él, garantiza el futuro del club.

Al comprobar que ese tampoco era el cauce por el que transcurría la historia de Javi, me he instalado en el último de los caminos previsibles, el de una historia de celos y de despecho que nos condujese a su actual relación con Alicia, aunque el hecho de que se acaben de conocer y de que no haya constancia de que Asier tuviera el menor interés en ella hacían que esa fuera la menos plausible de todas mis hipótesis.

—Hay cosas que pasan, ¿sabes, Emma? Cosas como en plan de... A ver... Son cosas que sabes que no deberían pasar, pero que al final pasan. Igual que en verano. Estábamos de vacaciones. Hacía mucho calor. En julio todo el tiempo hacía mucho calor. Y ese día no quería salir nadie. Vera y Alicia se vinieron un rato, pero se fueron enseguida. Pau se había largado con Izan, Dani y otros del club a su chalé. Y Quique, bueno, ese siempre ha ido a su bola, así que no es raro que nos deje colgados la mitad de las veces. Así que salimos Asier y yo, nos cogimos unas birras, nos tiramos en el césped y empezamos a hablar de tonterías. Estábamos solos y, no sé, cuando estás solo como que parece más fácil decir cosas porque en grupo, a ver, en grupo todos opinan de lo que piensas, pero cuando estás solo, ya no. Entonces es —a Javi le costaba encontrar las palabras y las llenaba de incisos y titubeos—, no sé, es como si fueras un poco más libre, como si no tuvieras tanto miedo a que vieran lo que estás pensando de verdad.

Evitaba, sin lograrlo del todo, mencionar su nombre. Cada vez que pronunciaba la palabra *Asier*, casi podía oír cómo sus letras lo arañaban por dentro, como si cada una de ellas escondiese demasiadas verdades para ser compartidas de una sola vez.

—Pasó algo. Pero no tuvo importancia. Me entiendes, ¿verdad? —Miento y digo que sí con la cabeza—. Ninguna importancia. A ver, no sé. Habíamos bebido. Y era muy tarde. Solo éramos dos colegas pasando un

buen rato. En vacaciones. Nada más. Y entonces... Bueno, pues empezó.

No sé cómo dejé que empezara, pero de repente, su mano estaba en mi pantalón. No llegamos a hacer nada. Nos fuimos y punto. Pero Asier luego empezó a decirme que sí, que nos habíamos pajeado juntos, aunque era mentira. Él solo acercó su mano y quiso darme un pico, pero yo pasé. Me lo dio, vale, pero porque no pude apartarme a tiempo. Eso no es que allí ocurriera nada. Eso es que él era maricón. Nada más. Y como yo no soy un mal tío, no se lo he dicho a nadie. Pero a Asier le dio fuerte con que nos habíamos enrollado, que había sentido algo y que yo solo mentía porque no me atrevía a ser de verdad.

Por eso se pelearon en la fiesta. No eran celos deportivos. Ni tampoco una rivalidad motivada por una tercera persona. Era el deseo insatisfecho de uno frente a la negación de sí mismo del otro. En el relato de Javi había demasiados noes. Todos subrayados. Todos anteriores al enunciado. No soy. No siento. No te confundas... Sus palabras comenzaban negando para después buscar el qué negar. Y su cuerpo no parecía darle la razón, sino — al contrario— quitársela.

Sería apresurado por mi parte valorar la verdad de sus emociones, pero tampoco creo que sea inteligente rechazar mi intuición. Ya lo he hecho demasiadas veces a lo largo de estos meses y quizá ese afán por silenciarme, tan semejante al que ahora encuentro en Javi, haya ralentizado todo el proceso. Así que prefiero escuchar lo que me decía mi experiencia profesional esta mañana, lo que he creído encontrar debajo de su maraña verbal, y pensar que la versión más veraz es la de Asier, en la que sí hubo deseo compartido, sexo consentido y, quizá, incluso algún tipo de enganche emocional. En Javi, el rechazo está tan enraizado en cuanto dice que resulta poco probable que no sea él mismo el objeto de esa censura. No soy, en su caso, parece significar no quiero ser. No voy a ser. No estoy dispuesto a ser. Puedo equivocarme con él, desde luego, puede que esté cayendo en la misma trampa en que cayó Asier cuando pensó que ese amigo con el que había compartido esa noche de verano era algo más que eso, pero dudo que ese adolescente que conocí, y que destacaba por una notable inteligencia emocional, se confundiera en su interpretación de algo tan simple, y a la vez tan complejo, como el sexo.

—Desde esa noche en que nos *enro...*, bueno, desde la noche en que él me metió a traición ese pico, Asier se puso muy pesado. Decía que yo era como él. Que yo lo sabía. Siguió dando la brasa todo septiembre. Y en el cumple de Alicia, lo mismo. Esa noche también... Bueno, no fue gran cosa. Estábamos de fiesta. Salimos juntos y cuando nos despedíamos, ya cerca de su casa, me volvió a dar un pico en un portal. Yo le dije que pasaba, claro, que no se equivocase. Pero Asier... Era todo una movida suya. Hasta que pasó lo de octubre, en la fiesta del club. Ahí sí que estaba raro. Y hasta me regaló un libro que había pillado de no sé dónde para tratar de comerme la cabeza con su movida. Mira.

Lo ha sacado de su mochila y lo ha dejado sobre mi mesa. Es un ejemplar de *Maurice*, de E. M. Forster, un libro que me sorprende que estuviera en la biblioteca de Asier y que, más tarde, he entendido que ha debido de llegar a él a través de su madre, pues figura en los créditos como la traductora de esa edición. En la novela hay un pósit, justo al final de la primera vez que Maurice y Hall, su compañero en Cambridge, se atreven a expresar lo que sienten. Y subrayada, una frase:

«Nunca antes habían pasado un día así, y nunca volvería a repetirse».

Sobre ella, Asier había dibujado dos signos de interrogación alrededor de ese segundo *nunca* que, si por él fuera, se habría limitado a tachar. Dejó la pregunta en manos de Javi, aunque intuyera cuál sería su respuesta. Ahora entiendo el texto que colgó junto con su última foto de Instagram: «¿Volverá a haber otro verano?». Asier llegó a obsesionarse con regresar a las emociones, reales e íntimas, de aquella noche de julio, aquella ocasión en que encontró algo que supo que iba a perder tan pronto como empezaran el curso y los entrenamientos. No había lugar para una historia como la suya en los vestuarios del Stark.

—Ese día, el de la fiesta del club, Asier me pidió que habláramos a solas un momento. Yo no quería, pero casi era peor no hacerlo, porque estábamos dando la nota todo el rato... Al final, bueno, pues al final como que me apartó del resto, ¿vale? Y, para evitar que los demás notasen algo raro, yo le seguí el rollo. Me dijo que ya no podía más, que prefería tacharme a seguir esperando, eso dijo, tacharme, como si yo fuera una puta frase, pero que sabía que había algo entre nosotros, aunque yo no quisiera

admitirlo. Entonces fue cuando me sacó el libro este y empezó a contarme la historia de estos dos tíos, dos ingleses que van a la universidad y se enrollan, pero que al final acaban lejos, porque uno resulta que sí es gay y el otro no. Vamos, que yo no la he leído. Pero si tengo que ser alguno de esos, pues soy el otro. El que se llama Hall.

Para no haberla leído, Javi recordaba bien el desenlace. Y hasta el nombre de uno de sus protagonistas. Hall. Justo el personaje que Asier había intentado atribuirle. O, más exactamente, del que había intentado salvarlo.

—Desde lo del libro todo se puso peor... Hasta el día del partido, el día que perdimos el campeonato todo se hundió. Todo se fue a la mierda. Ya no tenía sentido seguir esforzándonos. Para qué, Emma. Era como si se hubiera acabado todo. No sé. Estábamos raros. Cabreados. Y él colgó luego la foto esa en su *Insta*. La del verano. Que si volvería a ver un verano... Y no sé, le di un *like*, pero no por lo que él pensaba. Le di *like* porque yo también quiero que haya veranos, y que estemos bien, y que todo esto pase de una vez... Pero Asier lo interpretó de otra manera y, cuando estábamos en el parque, me mandó un *wasap*. «Vamos a hacer algo». Qué movida, Emma... Porque en cuanto lo propuso, yo supe que, dijera lo que me dijera, no iba a ser una buena idea. Nada que tuviera que ver con aquella noche de julio podía ser una buena idea. Y es un asco, porque a mí julio antes sí me gustaba. «Esta madrugada en la piscina. A las tres», escribió. «A esa hora no habrá nadie que pueda vernos». Y yo le contesté que pasaba, claro. Pero él siguió. «Si vienes, es que nuestro verano puede seguir siendo». Asier, a veces, hablaba así. Creo que era porque leía mucho. Por eso le daba por hablar como si se hubiera tragado un libro. «¿Y si no voy?», le dije. «¿Y si no voy?». «Si no vienes, dejo de molestarte definitivamente».

Ni siquiera me ha dado tiempo de responder a Javi con un obvio «Pero tú fuiste», pues me ha justificado su presencia en la piscina esa noche del 9 de diciembre como un último intento de explicarle a su amigo que lo de julio nunca ocurrió.

—No me molaba dejarlo tirado, Emma. Yo no soy como él. Yo no tacho a la gente, ¿sabes? Yo no he tachado nunca a nadie.

Según Javi, solo acudió a esa cita para dejar claro a Asier que ese pico

no fue el beso que él recuerda y que nadie rozó la piel de nadie. Que no hubo sexo, ni deseo, ni mucho menos una primera vez. Y me pregunto si no hubiese sido mucho más fácil negar todo eso no acudiendo. Optando por el silencio en que llevaban ya tanto tiempo refugiados: ¿para qué romperlo la noche en que esa ruptura resultaría mucho más ambigua? Las explicaciones que Javi me ofrecía sonaban inciertas, mientras que las razones que no pronunciaba, las que nacían del rechazo que siente hacia sí mismo, sí explicaban que hubiera acudido al encuentro de Asier. Incluso justificarían que le hubiese permitido tomar la iniciativa, que hubiese dejado que su verdad saliese momentáneamente a la luz para, justo después, sentir tanto pánico como para apartarlo de sí con violencia. A fin de cuentas, resulta más sencillo odiarnos a nosotros mismos en el reflejo ajeno.

—No se apartaba, Emma, tú me entiendes, ¿no? Dime que tú me entiendes. Además, habíamos bebido un poco... Después de estar todos juntos, quiero decir... Yo fui sabiendo lo que quería decirle, pero cuando lo vi allí... No sé... No sé qué nos pasó. No sé por qué me acerqué tanto a él. No sé por qué nos enrollamos. Pero me aparté. Me alejé porque yo no había ido allí a eso. Pensé que él me repetiría el rollo de siempre. Que forzaría las cosas. Pero no dijo nada. «Si es lo que quieres», y me dio la espalda como si fuera a marcharse. A tacharme, joder. Iba a tacharme. Entonces puede que yo perdiera un poco los nervios, sí, vale, puede que me lanzara contra él porque me parecía que era un capullo. Un egoísta. Puede que lo golpeará, que le diera unos cuantos puñetazos y hasta que él, que no quería devolvérmelos, me agarrara para inmovilizarme, que me agarrara como si estuviéramos en un partido de esos donde a veces hay que provocar una falta si quieres ganar. Y yo quería ganar. Yo siempre necesito ganar... Así que conseguí que cayésemos al agua. Y habíamos bebido, sí... Habíamos bebido y por eso cuando nos vi a los dos en la piscina, no sé, allí era como si nada fuera real, como si al salir se pudiera borrar lo que hubiera ocurrido dentro, así que supongo que por eso fui yo quien no le dejó salir hasta que nos enrollamos otra vez. Toma, ahí tienes lo que buscabas. Eso le dije antes de marcharme, después de que estuviéramos un buen rato en el agua, después de que sintiera cosas que yo sé que no sentí de verdad. Yo solo quería que no me tachara, no podía perder más gente que me importa...

Antes de largarme, le hice jurar que jamás le contaría a nadie lo que había pasado. Porque ese no era yo. Ese era la versión jodida de Javi. No el Javi de verdad.

«No es su padre», me he dicho. «Javi no es su padre», me repito. Pero me costaba no relacionar su reacción con los estímulos que lleva recibiendo en casa desde que es un niño. Dudo que se pueda construir una sexualidad fácilmente si alguien no te ayuda a salir de ese infierno doméstico del que eres testigo y, a la vez, víctima hasta que te atribuyes el rol del protector dentro de casa y el rol del verdugo fuera de ella.

—Me largué rabioso. Harto. Me marché tan rápido como pude y lo dejé ahí tirado. Solo. Pero yo no fui, Emma. Yo no fui quien hizo lo que luego...

El testimonio de Javi de hoy respondía a un trueque muy meditado: estaba dispuesto a romper el silencio a cambio de que yo lo ayudase. Pero no solo ha obtenido de la desesperación el valor que le faltó hasta hoy. Si ha hablado es, además, porque en él conviven una mezcla de tristeza y de culpa que necesitaba compartir con alguien antes de que lleguen a desembocar en un nuevo estallido de violencia. Posiblemente, mucho más radical. Y, espero equivocarme, contra sí mismo. Javi ha perdido a alguien que le importaba, ya fuera solo un buen amigo o una promesa de algo más, y le atormenta que su reacción de aquella noche sea una de las causas de esa pérdida. ¿Y si ese encuentro en la piscina fue uno de los resortes que activó la violencia posterior?

—Por eso no había dicho nada. Porque no fue eso lo que... No fui yo, Emma. Estoy seguro. Yo no... ¿Tú me crees?

He intentado calmarlo y le he asegurado que sí, que le creo. Puede que aquellos golpes se sumaran a los que recibiría después, pero eso solo hace aún más difícil valorar su responsabilidad en lo sucedido.

Lo que ni él ni yo sabíamos es que la suya solo era la primera de las dos confesiones que iba a escuchar este sábado.

La segunda, la que acabaría por explicarlo o confundirlo todo, solo tardaría unas horas en llegar.

9.15 p. m.

En mi móvil, una llamada perdida. Ni siquiera miro de quién. Apago el teléfono —no puedo más por hoy— y me sirvo una copa de vino mientras trato de organizar mis ideas en un intento frustrado por empezar a distanciarme de una historia que aún me va a llevar mucho tiempo cerrar. Quizá porque está hecha de esa violencia que nace de la cotidianidad, ese horror minúsculo que surge de resortes tan estúpidos que cuesta asumir la gravedad de sus consecuencias. Esa violencia que nos convierte en piezas de un siniestro tablero donde el azar y el instinto pugnan por dirigir nuestros movimientos.

La noche del 9 de diciembre todas las fichas se hallaban en el lugar y en el momento equivocados. Y con los sentimientos equivocados... Eso es lo más importante —y lo más triste— que he sacado en claro de nuestra reunión con Andrea. Se pudieron evitar la brutalidad de entonces y las detenciones de ahora. Se pudo impedir el crimen y el castigo. Se pudo haber tomado otro camino que no desembocase en Dostoievski, y en la tragedia, y en el horror de quien ha perdido la vida —que, por poco que sea, es lo único que realmente tenemos— y en la amargura de quienes igualmente pierden —o, al menos, ven gravemente socavada— su libertad.

Mañana, según nos ha adelantado Andrea, ofrecerá una rueda de prensa para satisfacer la curiosidad mediática y, de paso, evitar que surjan nuevos rumores que alimenten el morbo vecinal. Antes, sin embargo, ha tenido la deferencia de reunirse con Víctor y conmigo para ofrecernos un relato mucho más completo y detallado de todo lo que sucedió aquella madrugada. Los dos hemos simulado la mayor cordialidad posible, aunque

esta misma mañana le haya comunicado mi decisión de abandonar el club a finales de junio y él haya sugerido que, en realidad, es mejor que lo haga tan pronto como termine diciembre. No sé si nuestra amistad sobrevivirá — quizá nuestra relación sea otra de las víctimas de aquella noche—, pero sí tengo la certeza de que ambos necesitamos distancia, pues solo con la perspectiva suficiente podremos saber si somos capaces de volver a acercarnos o si lo que hemos descubierto en los últimos siete días es tan grave como para ponerle fin a una amistad de más de veinte años. Me empeño en creer que no, porque si no creyese que se puede cambiar tampoco tendría mucho sentido mi profesión. Trabajo para eso, para que la gente supere sus traumas y pueda volver a ser, si no como antes, sí como querría ser desde ahora.

Las compañeras del punto me han dicho que desde enero habrá una vacante y sé que, si quiero, podría incorporarme, recuperar mi puesto y transformar mi rendición en una simple tregua. La estancia en Madrid no habría sido más que un paréntesis para reponer fuerzas y volver al lugar del que salí. Eso, claro, siempre que logre encauzar el tema de la madre de Javi. Él no se arriesgó confesándome su verdad para que le decepcionase y yo no pienso seguir huyendo y dejando cabos y vidas sueltos a mi paso.

Mientras Andrea nos hablaba, me han surgido muchas preguntas que, de momento, prefiero no hacer. Habría podido interrumpir su relato a cada palabra, buscando razones para entender lo que, seguramente, sea incomprensible. Me resultaría más sencillo si mis hipótesis resultaran equivocadas, si los agresores fueran anónimos, si los cómplices no estuvieran muy cerca y el relato se convirtiera en algo lo bastante ajeno como para que pudiéramos concentrarnos en el duelo de la pérdida y no en la angustia de sus causas.

Su versión corrobora las palabras de Javi. Es cierto que se fue antes del parque donde estaban todos y también que Asier lo citó a las tres en la piscina. Andrea se ha ceñido a los horarios y a los encuentros: Asier estaba, Javi fue, los dos se vieron. No ha entrado en los detalles que realmente explican por qué se encontraban allí, no tiene noticia alguna de las dudas de Javi, ni del deseo de Asier, ni de cómo se odia a sí mismo el primero o de cuánto necesitaba el segundo que ese odio cesara. Víctor tampoco ha

preguntado, prefiere no saber y, a su modo, se sabe cómplice del secretismo y el miedo que habita en el vestuario de sus jugadores.

—Javi agredió a Asier —ha afirmado con rotundidad Andrea tras haberle tomado declaración gracias a mi llamada—, pero como él mismo dice, no fue el culpable de su muerte.

Me alegra saber que, tras los últimos hallazgos, Javi volverá mañana mismo a su casa, donde espero que la justicia intervenga pronto para alejarlos a él y a su madre de quien, en este momento, sí constituye una verdadera amenaza. Quizá, cuando él esté lejos, Javi disponga del tiempo y del espacio necesarios para asumir lo que le está sucediendo y verse a sí mismo en un espejo que no deforme sus emociones y, sobre todo, donde no sienta miedo al comparar el contorno de su identidad con la que los demás han pretendido dibujarle. Intuyo que la suya era tal y como la había percibido Asier, y que, cuando Javi lo dejó solo en la piscina, más que rabia, debió de sentir tristeza, la amargura de haberse enamorado de alguien que, por cobardía, jamás iba a corresponderle.

Tratando de digerir todo lo vivido ese sábado, desde el partido que aún sentía que habían perdido por su culpa hasta su encuentro con Javi, Asier se puso en pie para volver a casa. Andrea —centrada exclusivamente en los hechos— no ha adjetivado su regreso, pero yo sí puedo imaginarlo rabioso y humillado, con la autoestima quebrada y la necesidad urgente de resarcirse de uno de los momentos más miserables de su vida.

Aquel había sido un mal sábado. Un sábado de mierda, en realidad. El Stark acababa de perder el partido más importante de la temporada. La lesión de Izan había pasado factura a todo el equipo, que acusó su ausencia y fue incapaz de superar una actuación, en conjunto, mediocre a pesar de los destellos brillantes de Javi, al que también perjudicaba su irregular asistencia a los entrenamientos. Y, si Asier no hubiera fallado, si el jugador en quien todos confiaban no hubiese puesto en bandeja la victoria al equipo rival con esa torpeza de principiante, todo podía haber sido diferente. Víctor había intentado disimular su decepción tras el partido, pero Hernán, según Javi, fue mucho menos sutil y los acusó de ser, cito textualmente, «una pandilla de fracasados y maricones». Con semejante individuo al frente del equipo (¿Víctor no es consciente de qué clase de entrenadores contrata?)

resulta sencillo entender que ni Asier se decidiera a mostrarse ni Javi esté dispuesto a hacerlo.

El peor partido en el último año. En el último curso. Aquella era la despedida más amarga posible y la culpa era de quienes, solo un mes antes, habían lesionado a Izan. No era difícil que estallara la tormenta. «Si no me hubieran atacado. Si esa morralla del Távora no me hubiese lesionado...». Eso les había repetido Izan hasta la saciedad. Y el mensaje había cundido muy rápido entre quienes no necesitaban mayores argumentos para sumarse al odio. Una adición tristemente sencilla, porque resulta cómodo encontrar una diana a la que disparar nuestra frustración, un lugar contra el que golpear con tanta fuerza como para creer que estamos rompiendo las cuerdas que, en realidad, nos atan. Izan aseguraba continuamente que había sido «el del kebab» junto con alguien más.

El futuro asesino de Asier, que entonces aún ni siquiera sabía que iba a serlo, no buscó cómplices. Tampoco intentó implicar a nadie.

«Solo pretendía darle una lección a ese cabrón», ha confesado. Y, para eso, después de despedirse de sus compañeros de equipo, se quedó dando vueltas por el barrio, agazapado entre las sombras de los portales y sin llegar a entrar en su portal, a pesar de que sus padres afirmaran que sí. Esperó hasta que Said, el chico del kebab, salió del restaurante a eso de las tres y cuarto para acorralarlo en su camino de vuelta a casa. Sabía que tenía que pasar por ese parque donde, a esas horas, nunca había nadie. Sin edificios lo suficientemente próximos como para que alguien pudiera ver u oír algo. Un rincón a oscuras y sin testigos que pudieran entorpecer su afán justiciero.

El trazado de la ciudad tuvo la culpa. Las calles acabaron siendo demasiado próximas y el barrio, demasiado claustrofóbico como para que tres trayectorias diferentes no coincidieran en un mismo lugar. Tres caminos que confluyeron en la peor de las madrugadas posibles.

La ruta de quien volvía a casa despechado por el deseo insatisfecho y el miedo ajeno.

La de quien regresaba agotado y harto tras matar el sábado trabajando en el local familiar.

Y la de quien culpaba a los demás de que su sueño deportivo estuviera a

punto de desvanecerse para siempre.

Los tres peones podían no haberse encontrado en aquel macabro tablero urbano, pero la ciudad acabó siendo demasiado pequeña.

«Solo quería asustarlo», ha insistido. Andrea cree que no miente, que todo se les fue de las manos y que lo más probable es que fuera la primera vez que usaba ese puño americano, el objeto contundente que la policía sospecha que empleó en el ataque y que, de momento, siguen buscando. Han pedido una orden de registro en su domicilio, incluso en la empresa familiar, porque Andrea sospecha que han sido sus padres los que se han ocupado de esconderlo, al igual que inventaron una coartada para asegurar que su hijo se encontraba en casa cuando ellos dos, tal y como se ha comprobado, no estaban allí. Intento entender su instinto protector, su actitud de leones que quieren preservar a sus cachorros (¿fue su padre quien envió a alguien para que me amenazase en el descampado?, ¿fue el propio Pau?), pero solo consigo sentir desprecio hacia quienes, en vez de ayudar a encontrar la verdad, han intentado ocultarla. «El otro ya estaba muerto, pero mi hijo no, ¿no se dan cuenta?», ha sido la defensa de su madre cuando Andrea la ha acusado de obstrucción a la justicia. «Solo buscaba darle un escarmiento», ha sido la que ha esgrimido su padre.

El agresor estaba a punto de lanzarse sobre Said, cuando desembocó allí la tercera e inesperada trayectoria. Y, en ese momento, todo se volvió aún más confuso e incontrolado. Porque, en vez de contar con un aliado, el atacante se dio cuenta de que se hallaba ante alguien que, una vez más, pretendía evitar que se cometiera una injusticia. «Era un cobarde, eso es lo que era Asier, un puto cobarde», ha declarado su verdugo. Andrea nos ha dicho que le ha preguntado en más de una ocasión si se había arrepentido de lo que había hecho, pero solo ha conseguido que resoplase y se encogiese de hombros. Algo en él le dice que hay cierta equidad en lo que sucedió y sus padres, aunque no lo expresen, parecen coincidir en ello.

«No iba a hacerle nada. Solo quería darle un susto. Se lo merecía... Esos cabrones del Távora llevaban todo el año molestando. Y si habíamos perdido era por su culpa. El partido, el club, todo. Izan iba a ser profesional

y ahora, por culpa de esa lesión, ya no sabe si lo va a conseguir. Porque va a estar fuera meses y en lo nuestro el tiempo cuenta mucho. Aquí te lo juegas todo en un día, en un solo partido. Entrenas meses para jugártelo todo en unos minutos. Pero eso no lo entiende casi nadie. Yo sí, claro. Yo sí porque lo vivo, porque Izan es mi colega y porque estoy hasta los huevos de que todo el mundo nos pise y no pase nada. Por eso cogí el puño y me fui allí, porque sabía que había sido él. El del kebab estaba blanco de miedo, menudo capullo, solo le faltó chupármela para que le dejara en paz. Pero entonces apareció Asier, él y su complejo de héroe, siempre con su rollito de salvador, como si los demás fuésemos imbéciles. Venía raro, como bebido, con la ropa mojada y medio rota. Como si se hubiera dado con alguien... Se puso en medio y yo quise apartarlo. Vete, le dije, vete que no quiero tenerla contigo, tío, pero insistió en no moverse. Aparta. Que te apartes, joder. Pero él seguía allí y, por su culpa, al otro mierda le dio tiempo de escaparse y salir corriendo. Y entonces fue cuando... Entonces pasó».

Nunca sabremos qué habría sucedido si, esa noche, Asier no hubiera llegado hasta esa encrucijada tan magullado física y emocionalmente. Si no hubiera aparecido despechado y dolorido tras su encuentro con Javi. Ni qué habría ocurrido si esa mañana no hubieran perdido el partido. O si Izan no hubiera acusado «al del kebab» de su lesión. O si Said, en vez de salir corriendo, se hubiera quedado al lado de Asier. O si los verdaderos responsables y testigos de la agresión a Izan hubiesen confesado la verdad.

—Ha sido clave la cooperación de Said —nos ha informado Andrea.

—Tarde —se ha quejado Víctor—. Si estuvo allí, ¿por qué no dijo nada hasta ahora?

—Por puro miedo. Verse mezclado en un asesinato era lo último que podía soportar...

—Si no hizo nada, no tenía por qué temer.

—Hasta hoy, era su palabra contra la de quien de verdad lo hizo. ¿Y a quién hubierais creído, Víctor?

—A quien dijera la verdad.

—No seas iluso —me indigno.

—Lo dejó tirado como un perro.

—Estaba asustado. Es normal que saliera corriendo.

—¿Por qué lo defiendes tanto?

—Porque Said no fue quien acabó a golpes con Asier.

—Hay muchas formas de golpear. Y dejar tirado a alguien también es una de ellas.

No quiero admitirlo, pero Víctor apunta a una zona gris, donde no es posible el juicio obvio, que cobra sentido. Y todo se vuelve aún más complejo. Con víctimas que quizá sean verdugos y verdugos que ni siquiera se saben víctimas. Pau creía vengar a un amigo a quien le habían destrozado la vida y Said solo trataba de proteger la suya en medio de un barrio cada vez más enrarecido. Todo es una gigantesca suma de equivocaciones fatales cuyo resultado es que alguien acaba perdiendo la vida. El peor error de todos.

—Si no hubiera sido por Karim, uno de sus amigos del Távora, ni siquiera creo que Said hubiera venido a hablar con nosotros.

—¿Vinieron juntos?

—Aparecieron aquí en cuanto se enteraron de que ya habíamos detenido a un sospechoso. Venían dispuestos a contarnos su versión, aunque es cierto que parecía que fuera Karim quien le obligara a hacerlo.

—Entonces está claro que vinieron solo para asegurarse de que Pau cargaba con la culpa. Además, ¿cómo podemos estar seguros de que nos está diciendo la verdad?

—Todos los datos que nos ha ofrecido Said sobre esa noche cuadran.

—¿Tanto como los del día en que lesionó a Izan?

—No fue él —lo defiende—. Nos han dicho mil veces que esa noche estaba trabajando.

—Se cubren entre sí, Emma.

—Lo hemos verificado todo, Víctor —intenta calmarlo Andrea—. Y no hablaba coaccionado, pero sí está claro que ha sido Karim, aún no estoy segura de por qué, quien le ha impulsado a dar ese paso. No debe de haber sido nada fácil para Said alzar la voz, te lo aseguro. A fin de cuentas, también estaba allí y temía que pudiéramos acusarlo a él de algo. O que su familia se tomase mal su declaración cuando se enterase. Su ambiente en casa no parece que sea muy sencillo.

—Su silencio también lo hace cómplice —insiste Víctor, incapaz de soltar a su presa, quizá como un resorte ofensivo con el que pretende defender al verdadero agresor de Asier.

—¿Solo a él? El silencio es lo único que comparten todos los implicados en esa noche. —A mi pesar, en eso tengo que darle la razón. Demasiadas omisiones que me plantean complicadas cuestiones éticas a las que, ahora mismo, no sé si puedo responder. Demasiada gente que calla lo que ha vivido o a la que le han pedido que no lo verbalice y asume, por miedo o por comodidad, ese chantaje—. Pero tampoco creo que sea solo culpa suya. Callar es de lo poco que les enseñamos. Y, por lo que se ve, lo hacemos a conciencia.

Cuando nos hemos quedado solos, Víctor y yo hemos guardado silencio durante unos minutos. No es que no supiéramos qué decirnos, es que teníamos tanto que nos costaba elegir el qué.

—Nunca imaginé que Pau...

—Ya.

Evito ser hiriente. Entiendo que, en su mente, ninguno de los chicos que conoce encaja en ese perfil. Nunca lo hacen. O porque no lo parecen o porque disimulamos tanto lo que no funciona que al final nos olvidamos de que eso que no funciona también existe. Por eso se nos escapan las grietas: porque estamos demasiado ocupados tapándolas.

—Lo que más me jode es que esto podría haber pasado en cualquier otro sitio. No hay ningún motivo que haga que estos chicos sean peores o mejores que los de otro lugar. Pero nos ha pasado a nosotros y ahora, maldita sea, ahora vamos a pagarlo todos. De momento, ya me han llamado del ayuntamiento... Mañana quieren verme.

—¿Para?

—No te hagas la ingenua... Si querían remunicipalizar el club, este es el momento.

—También podrías aprovechar esto a favor de tu club, Víctor.

—¿Aprovecharlo? —Su sorpresa ante mi verbo ha rozado la indignación—. ¿Aprovechar un asesinato? ¿Aprovechar que un chaval va a acabar en la cárcel por haber sido un descerebrado?

—No simplifiques lo que ha sucedido...

—Tienen solo diecisiete años.

—Tienen *ya* diecisiete años. Es muy distinto. Y, si dejas de tratarlos como niños, quizá ellos también dejen de comportarse como tales.

—No hay nada que aprovechar aquí.

—Claro que sí. Puedes quitarte de encima a la gente tóxica que te rodea... Porque Pau no se incendió solo, hubo alguien más que prendió la mecha. Alguien que, ya que hablamos tanto de edades, no tiene diecisiete.

—Es el mejor en lo suyo.

—Hernán es un machista. Es un homófobo. Y un déspota con sus jugadores.

—Esto es alto nivel, ¿todavía no te has enterado? El éxito exige sacrificio y disciplina.

—Seguro que sí, pero no humillación. ¿Quieres que te recuerde la lista de lindezas que les suelta a tus jugadores?

—¿Eso también te lo ha contado Vera?

—¿Y qué importa?

—Si tan mal la tratamos, debería dejar de inventarse historias y largarse del club de una vez.

—Renunciar a esto sería rendirse. Y yo no pienso sugerirle que lo haga. ¿Sabes que ellas sí van a ganar el campeonato?

—Pues si no encontramos patrocinador pronto, dudo que lleguen a jugar los partidos que faltan.

—Pero...

—Es mejor que te vayas, Emma. Tengo mucho que hacer con todo esto.

—Está bien. Mañana, sin falta, te traeré mi carta de renuncia.

Se ha hecho un brevísimo silencio. Ni él se ha sorprendido al oírme ni yo al decirlo.

—Será lo mejor.

He salido de su despacho y, antes de abandonar el mío, he anotado algunos teléfonos y correos electrónicos.

Seguramente, regresaré al punto de violencia, aunque sepa que eso requerirá ciertas dosis de autoconvicción y un trabajo personal que deberé hacer a la vez que preparo las maletas y cambio, de nuevo, Madrid por Santander. Pero en esta ocasión no haré ese viaje sola, me llevaré conmigo

una amistad rota y, a cambio, también el cariño hacia gente que cuatro meses atrás no formaba parte de mi vida. No es lo más sensato, ni siquiera creo que sea profesional, pero lo que hemos vivido aquí también ha trascendido los límites de lo que esperábamos, así que me gustará tener noticias de ellos en los próximos meses.

Quiero saber si Vera consigue llegar lejos en el waterpolo y supera, al fin, lo que le ocurrió con Izan. Si Andrea logra que él confiese que la agredió sexualmente. Si Quique y su padre obtienen algún fruto con el programa de mediación y si la marcha de la diversidad —así la han llamado— ayuda a reducir las hostilidades entre la gente del Zayas y del Távora. Si Víctor llegará a darse cuenta a tiempo de que ese programa de mediación que menosprecia es, en realidad, la única opción de pervivencia del club: si se implica en él, puede que la concejalía renuncie a remunicipalizar sus instalaciones.

Y, junto a todo lo que quiero saber, está todo lo que quiero pensar. Y quiero pensar que Hernán será cesado y sustituido por alguien que no convierta los vestuarios en un lugar donde solo se respiren la presión de la victoria y el miedo de la identidad, sino la pasión por el equipo y las ganas de superarse. Y quiero pensar que Javi conseguirá encontrarse, sea cual sea su camino. Que su madre se alejará del monstruo que le ha destrozado la vida y que ambos podrán iniciar una nueva etapa y una nueva partida en su tablero.

Antes de irme, he redactado mi carta de renuncia y la he dejado, impresa y firmada, en la mesa de Víctor. He cerrado la puerta de mi despacho sabiendo que era la última vez que lo hacía y he salido del Stark convencida de que estos meses, aunque menos de los esperados, también me han transformado. Y sé que, en mi equipaje emocional, me llevo el recuerdo de Asier, en el que se funde la desolación por su muerte con cierta admiración hacia su sentido de la justicia.

Pero esta vez no dejaré que esas sensaciones se conviertan en certeza, no volveré a ceder ante lo irracional ni a convertir en culpa mi lucha. Esta vez me llevaré conmigo sus nombres para recordarlos cuando necesite motivos por los que seguir peleando. Y los repetiré en voz baja, como si fueran un sortilegio, un hechizo que me devuelva al día en que nos

conocimos. Al enfado de Vera porque las habían dejado sin sus vestuarios. A la gorra calada hasta las orejas de Javi. A la timidez casi cómica de Quique (¿habrá conseguido pedirle esa cita a Marta?). O a la honestidad y el carisma de Asier.

Cuando sienta ganas de rendirme, cuando la vida amenace de nuevo con romperme, pensaré en sus miradas. Escucharé sus palabras. Imaginaré todo lo que aún nos queda por hacer y lo mucho que merece la pena intentar hacerlo, porque no quiero que las encrucijadas se impongan al camino, ni los gentilicios posesivos —los nuestros, los vuestros— a la ciudad. Y, si alguna vez me faltan las palabras, rescataré las tuyas. Las que compartimos. Las que no me dijeron. Incluso las que no oí a tiempo. A lo mejor es tan sencillo como reservar el silencio solo para aquello que no sea necesario verbalizar, y rasgarlo cuando nos dé miedo decir.

Mañana, cuando abandone Madrid y regrese a ese mar que tanto he echado de menos estos últimos meses, intentaré olvidar el horror que ha sucedido para imaginar todo lo que deseo que llegue a suceder. Porque no necesito que la memoria me recuerde heridas de las que ya guardo cicatrices, sino que me susurre todo lo que aún me queda por vivir.

Agradecimientos

Cada libro tiene tras de sí su propia historia. Encuentros, a veces buscados y a veces azarosos, que me permiten imaginar las vidas que recorrerán sus páginas. Y en la escritura de *Nadie nos oye* fue esencial que la casualidad me permitiese conocer a cinco jóvenes extraordinariamente talentosos en lo deportivo y muy lúcidos en su visión de la realidad. Gracias, Iván Alcón, Eva Arteaga, Daniel Blázquez, Lydia Fraga y Marta Ojeda, por ser, para mí, un referente de madurez, coherencia y afán de superación. Y por haberme regalado, entre batidos y risas, las ganas de escribir esta novela.

Una historia en la que, además, reconozco la amistad de alguien a cuyo lado no he dejado de aprender en estos años. Gracias, Camino, por abrir mi mirada y recordarme tanto las batallas pendientes. Como las que me relataba la psicóloga Carmen Lamana, profesional con amplia experiencia en la lucha contra la violencia machista que me ilustró con datos, cifras y circunstancias tristemente reales sobre el largo y árido camino que aún nos queda por recorrer. Gracias por tu asesoría en la documentación de esta historia donde la ficción, como en todo cuanto escribo, nace de la herida que nos deja lo real.

Gracias también a mi querido equipo de Loqueleo —Maite, Eusebio, Yolanda, Elena, Marta—, porque es vuestra confianza la que hace que sienta las fuerzas para embarcarme durante meses en historias que siento tan personales como esta. Y a mi agente y amiga Palmira, porque con este título comenzamos viaje juntos y los inicios, cuando suceden en tan buena

compañía, siempre hay que celebrarlos.

Y, por supuesto, gracias a ti. Gracias por haberte asomado a las vidas de Emma, Quique y los demás. Y gracias por haber permitido que alguien, por fin, los oiga...

Nando López

OceanofPDF.com



Nando López (Barcelona-1977) es novelista, dramaturgo y *Doctor Cum Laude* en Filología Hispánica. Considerado por la crítica como una de las «voces más sobresalientes de su generación» (ABC Cultural), fue finalista al Premio Nadal 2010 con *La edad de la ira* (Booket Planeta), hoy convertida en una obra de referencia entre docentes, padres y alumnos por su crudo retrato de la realidad educativa del siglo XXI.

Entre sus novelas, que «abordan muchos de los grandes problemas de nuestra sociedad» (Revista Leer), destacan títulos como *Cuando todo era fácil* (Tres Hermanas Ediciones), *El sonido de los cuerpos* (Editorial Dos Bigotes), *Las vidas que inventamos* (Espasa) o *La inmortalidad del cangrejo* (Baile del sol). Además, ha participado en antologías de relatos como *Lo que no se dice* o *El cielo en movimiento*.

También es autor de títulos juveniles con gran éxito entre los lectores

adolescentes, como *El reino de las Tres Lunas* o la novela transmedia *Los nombres del fuego*, ambas editadas por Loqueleo (Santillana) y con múltiples ediciones en España y México. Desde 2016 coordina y prologa para este sello la colección Clásicos en el tiempo, destinada a fomentar la lectura de los grandes títulos de nuestra Literatura entre los más jóvenes.

Como dramaturgo, ha estrenado y publicado más de una veintena de obras dentro y fuera de nuestras fronteras. Entre ellas figuran *#malditos16* (coproducción del Centro Dramático Nacional representada en el Teatro María Guerrero), *Las grietas del mar* (monólogo incluido en el montaje colectivo Home, una producción del Teatro Español), *Los amores diversos*, *Tour de force*, *Cuando fuimos dos*, *De mutuo desacuerdo* (estrenada simultáneamente en España, Panamá y Venezuela), o *La edad de la ira*, basada libremente en su propia novela. También es autor de versiones y adaptaciones de clásicos como *Las harpías en Madrid*, (XXXIX Festival Internacional de Teatro de Almagro), *Yerma* (2015), de Lorca (galardonada con el Premio Helen Hayes 2015 al Mejor Espectáculo Teatral) o *Don Juan Tenorio* (2017), de José Zorrilla, estas dos últimas estrenadas en el Gala Theatre de Washington.

OceanofPDF.com

Table of Contents

Nadie nos oye	
10 de diciembre. Las imágenes	
Prólogo	
Primera parte. Los gritos	
Ahora	
1	
2	
3	
Antes	
4	
5	
6	
Ahora	
7	
8	
9	
10	
Antes	
11	
12	
13	
14	
El partido	
15	
Segunda parte. Los silencios	
14 de diciembre	
16	
17	
18	
19	
20	
15 de diciembre	
21	
22	

23

24

16 de diciembre

25

26

27

Agradecimientos

Autor

OceanofPDF.com